

SAGITARIO

CeDi CI



REVISTA DE HUMANIDADES

M. y B. Palabella y Cia.

Almacén por mayor

Aceite Pelicano

Vino Barrancas

Verba 43

U. T. 231

Calle 49-432

La Plata

Representantes de SAGITARIO

En Europa: ESPAÑA: Angel Dotor—Madrid.

En América:

URUGUAY: Leonardo Tuso - Montevideo.

CHILE: Camilo Quinzio - Viña del Mar.

PERÚ: M. Lorenzo Rego - Lima.

« Antenor Orrego - Trujillo.

COLOMBIA: Germán Arciniegas - Bogotá.

MÉXICO: Enrique González Rojo.

CUBA: Emilio Roig de Leuchseuring - Habana.

BOLIVIA: Juan Paz Rojas - La Paz.

En la República Argentina:

Don Alfredo Goldsack Guinazú - Mendoza.

» Manuel Oliva - Córdoba.

Dr. Martín Ardenghi - Neuquén.

Dr. Pedro Pablo Olivera - Santiago del Estero.

» E. Sánchez Ceschi - Viedma (Río Negro).

» Hernán F. Gómez - Corrientes.

Don Ismael Dozo - Santa Rosa del Toay (Pampa Central).

Dr. Carlos Cossio - Tucumán.

» Martín Gómez Rincón - Salta.

Don Horacio L. Peludero - Río Cuarto (Córdoba).

» Juan De Matta Ibáñez - Victoria (Entre Ríos).

» Luis Doello Jurado - Gualaguaychú (Entre Ríos).

Dr. Juan A. Godoy - Concepción del Uruguay (Entre Ríos).

Don Eleodoro Martínez - San Juan.

Dr. Eduardo M. Grané - Posadas (Misiones).

Don Jorge R. Forteza - Rosario (Santa Fé).

Provincia de Buenos Aires:

Dr. Mariano Irisarri - Mercedes.

» Juan D. Pozzo - Bernal y Quilmes.

» Estanislao de Urraza - Chivilcoy.

Doña Rosa Pura F. de Vergara - Pergamino.

Don Félix Esteban Cichero - Junín.

» Wasghinton Desbouts - Zárate.

» Francisco A. Rosito - Bahía Blanca.

» Gonzalo Ballesteros - Dolores.

» Salomón Rodríguez - Arroyo Seco - F. C. C. A.

» Salvador Bassi - Azul.

» Francisco J. Fígoni - Ensenada (Puerto La Plata).

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

República Argentina, suscripción anual (6 números) . \$ 5.—^m/_n.

Exterior » 3.—^o/_s.

Número suelto » 1.—^m/_n.

Toda correspondencia administrativa, dirijase a nombre del secretario señor Verde Tello, Calle 45 N° 734, La Plata.

Dr. Eusebio Albina

CIRUGIA EN GENERAL
SEÑORAS — RAYOS X

Diploma de honor de la Facultad
Lunes, Miércoles y Viernes de 13 a
15. — Demás días a hora pedida ::

Calle 46 533-681. T. 1248 La Plata

ENFERMEDADES DE LOS OJOS
ANTEOJOS Y OPERACIONES

Dr. Diego M. Argüello

MEDICO OCULISTA

Consultas todos los días de 15 a 18
Calle 51 N.º 458 T. 272 La Plata

ANALISIS

Doctores Grau y Arena

Extracción de sangre. Lunes,
Miércoles y viernes, de 17 a 20.

Diag. 74 N.º 1117 U. T. 1956

(Plaza Italia)

Dr. Alejandro Riglos

MEDICO VETERINARIO

Diagonal 79 N.º. 657. — La Plata.

Dr. Simón Mendy

CIRUGIA GENERAL — PARTOS
GINECOLOGIA

Horas de consultas: 14 a 18

Calle 7 1082, Teléf. 10 La Plata

APREDA A. e hijos

PAPAS, SEMILLAS Y LEGUMBRES

Calle 48 N. 426 U. T. 408 LA PLATA

E. CARASSALE PONS y Cía.

ASUNTOS ADMINISTRATIVOS Y JUDICIALES, REPRESENTANTES Y CORRESPON-
SALES DE DIARIOS, GESTIONES DE COBROS, DE SUELDOS Y SUBVENCIONES.

Escritorio: 7 - 775 - U. T. 3250 - LA PLATA

Guillermina Isla Vieyra

Traductora e intérprete Francés
Traducciones judiciales, comerciales y literarias

56 N.º. 625. La Plata.

LA NORMAL

Librería y Papelería,

Obras de

Texto, Científicos,

Literarios

y Artísticos

MANUEL GARCIA

CALLE 7 NÚMERO 1119

U. T. 663 — LA PLATA

BUSCAGLIA Hermanos

FRFRRETERIA Y BAZAR

43 esq. 4

La Plata.

ATORRASAGASTI, BARGUES, PIAZZA Y Cia.

ALMACEN DE SUELAS Y CURTIEMBRES

Cangallo 1363/1371.

Buenos Aires

RAFFO, ROSSO, GERINO Y Cia.

MOLINOS HARINEROS

Constitución 2345. - Buenos Aires - U. T. 23. - Buen Orden 2608.

MINETTI Y Cia.

MOLINOS HARINEROS

Buenos Aires.

Rosario.

CASIMIRO GOMEZ

ARTICULOS DE VIAJE

Bernardo de Yrigoyen 161.

Buenos Aires.

J. BAUTISTA GUZZETTI

Sucesor

FERRETERIA - PINTURERIA - BAZAR

51 - 8 y 9 N.º. 686

Telef. 88 y 89

La Plata.

Ortopedia y Corsetería
— DE —
CESAR ARCHETTI



Corsés
Fajas
Piernas
Brazos
Bragueros
—
Artículos
de goma
—
Muletas,
etc.

Avenida 51 N.º 637 - Tel. 818 - LA PLATA

BOCCIA Hnos.
POMPAS FUNEBRES

CARRUAJES PARA CASAMIENTOS
Y BAUTISMOS

Calle 57-13 y 14 - N.º 918 - U. T. 1056

SUCURSAL:

Calle Barcelona 4452 - Berisso
U. T. 222 - Ensenada

Servicio Nocturno

Compañía Argentina de Electricidad

PARA TARIFAS E INFORMES

DIRIGIRSE A:

Calle 4 esquina 45

LA PLATA

AGENCIA
NAUMANN

Una Máquina perfecta en todo sentido

Cuiden que ingrese en su hogar para compañera de los suyos una máquina como la "NAUMANN" que es de intachables antecedentes.

PUEDE VD. adquirirla mediante una modesta cuota mensual sin mayores exigencias ni trámites molestos.

¿Dejará pasar esta oportunidad?

Antes de comprar otra marca coteje precio y calidad de la "NAUMANN"

PARA

Coser
Bordar
Vainillar
Festonear
Zureir
etc., etc.



Agujas
y
repuestos
para
toda
máquina
de coser

Lecciones de Bordados gratis hasta terminar.

ENSENADA, BERISSO, MAGDALENA, CORONEL BRANDZEN

CONCESIONARIO:

J. Deolindo Repetto

DIAGONAL 80 N.º 635 - LA PLATA

VALORACIONES

REVISTA DE HUMANIDADES

CRITICA Y POLEMICA

Editada por el grupo de es-
tudiantes Renovación de
La Plata

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle 56, N°. 989 La Plata

ESTUDIANTINA

DIRECTOR:

JUAN MANUEL VILLAREAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle 49, esq. I (Coleg. Nacional)

"LAS FAMILIAS"

ROTISERIA Y CONFITERIA

ESPECIALIDAD:

Pollos allo Spiedo
y Pavos Rellenos

Variada Repostería
Vinos y Licores Finos

PENSANDO Hnos.

Diag. 80, Núm. 824 - U. Telt. 1736

LA PLATA

AMÉRICO VALENTINI

EMPRESARIO DE OBRAS

CALLE 63 NÚM. 518, U. T. 1941 - LA PLATA

HUGHES

EMPRESARIO DE OBRAS

CALLE 115 NÚM. 727, U. T. 1475 - LA PLATA

Oficina de Propaganda Comercial

La primera de la Provincia de Buenos Aires

FUNDADA Y DIRIGIDA

POR

LUIS SALA Y ESPIELL

Calle 9 N°. 972 — LA PLATA

Especialista en campañas originales e inéditas,
con renovación diaria de textos y grabados, sobre
cualquier institución, negocio o producto de carácter
científico, industrial y comercial :: :: :: :: :: ::

Carlos Servente

LA PLATA - CALLE 7 N. 783 Tel. 400

Cambios

Titulos

Operaciones de Bolsas y Bancarias

PASAGES

Para Europa de 1^a 2^a y 3^a

AL FREDO LUCHETTI

MOLINOS A VIENTO

LUCHETTI

Marca Registrada

Tanques Australianos,
Bebedores, Flotantes,
Bombas y Cilindros,
Depósitos, Subestructu-
ras para depósitos,
Caños y accesorios,
Norias y Máquinas
agrícolas de reconoci-
da superioridad :: :: ::

6 Esq. 55 - Unión Telefonica 452 - La Plata

J. SAMET: LIBRERO EDITOR

AVENIDA DE MAYO 1242 — BUENOS AIRES

EDICIONES Y EXCLUSIVAS DE ESTA CASA

R. Sáenz Hayes — Blas Pascal y otros ensayos	\$ 2,50
E. Gonzalez Lunaza — Prismas	1,80
Hector I. Eandi — Pétalos en el estanque	2,00
Nora Lange — La calle de la tarde	1,00
R. Zapata Quesada — La infidelidad de Penélope. (Primer Premio del Concurso Literario Municipal de Cuyo)	2,50
Pedro Kropotkin — Etica (Origen y evol. de la moral)	2,50
G. Gabal Ercasty — Vidas	1,50
„ „ — Libro del mar	1,50
„ „ — Poemas del Hombre	2,00
Pedro L. Ipuche — Alas Nuevas	2,00
„ „ — Tierra Honda	2,00
J. Palazzo — La casa por dentro	2,00
C. Delgado Fito — Sed. (Poemas)	1,50
F. M. Piñero — Cerca de los hombres	0,40

NOVEDADES:

Maria Luisa Carnelli — Rama frágil	\$ 2,00
R. Jijena Sanchez — La locura de mis ojos	1,50
Silverio F. Vazquez — Lluvia Negra	1,20
M. Kantor — Lenin (Edición especial)	1,50
Lorenzo Stanchina — Inocentes	1,50
M. A. Salvat — Esmaltes (Ilustrado)	2,50

AGENCIA CENTRAL (Venta, Suscripciones y Avisos)

DE

“SAGITARIO”

C. BOZZOLO é Hijos

Administración de Propiedades

CALLE 54 Núm. 588 - U. Teléf. 1454

LA PLATA

Ing. Jaime Vieyra

TASACIONES Y PERITAJES

Escritorio:

Buenos Aires: Victoria 571 — La Pla-

ta: 53 N.º. 678 — Teléfono 2130.

Revista de Cirugia

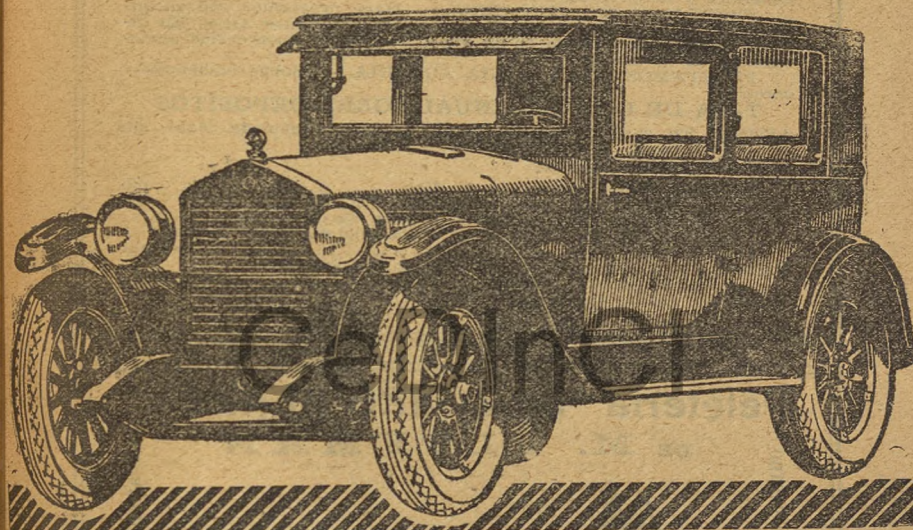
DE BUENOS AIRES

Director: Dr. Alberto Gutierrez

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Victoria 1189 — Buenos Aires

HUDSSON Y ESSEX



AGENTES — ZANOLLI Hnos. — 47-835 — Tel. 1492

DOCTORES COPPOLA Y ESCASANY

ANÁLISIS CLÍNICOS

CERRITO 167

BUENOS AIRES

BANCO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

La Plata: venida Independencia 726 Buenos Aires: Calle San Martín 137 y 153

CORRESPONSALES. — En los demás pueblos de la provincia y en los principales puntos del interior de la república y territorios nacionales y en las más importantes plazas comerciales del exterior: en Europa, Estados Unidos de América, Méjico, Panamá, Cuba, Costa Rica, Guatemala, San Salvador, Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Bolivia, Uruguay y Paraguay.

Tiene corresponsales y gira sobre los puntos de España y los de Francia e Italia que tienen oficina postal.

OPERACIONES. — El banco se ocupa de todas clases de operaciones: descuentos, cauciones, recibe depósitos, abre cuentas corrientes, emite giros y cartas de crédito. Se encarga de cobranza de documentos, cupones y cuotas de terrenos, de administración generales y de propiedades.

PRESTAMOS HIPOTECARIOS. — Hace préstamos con garantía de inmuebles ubicados en la Provincia de Buenos Aires. En dinero efectivo amortizable en 10 años. En bonos hipotecarios amortizables en 33 años.

PRESTAMOS CON PRENDA AGRARIA. — Sobre haciendas y cereales.

TASA DE INTERES ANUAL SOBRE DEPOSITOS

ABONA: En cuenta corriente a oro sellado y moneda legal, sin intereses.

En Caja de Ahorros:

Hasta \$ 10.000 después de 60 días 4 o/o

Por las sumas que excedan de \$ 10.000 hasta 20.000 3 o/o

A plazo fijo de 30 días.... 1 o/o A plazo fijo de 60 días.... 2 o/o

A plazo fijo de 90 días.... 3 o/o A plazo fijo de 180 días 3 1/2 o/o

Mayor plazo Convencional

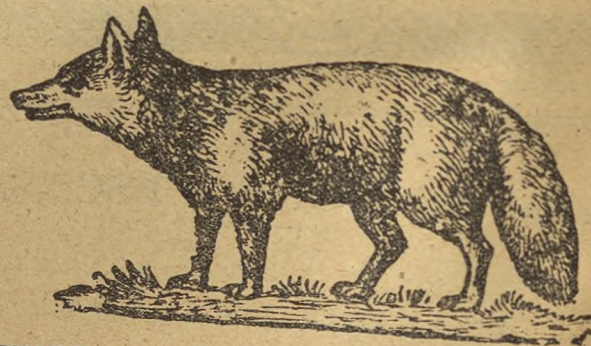
COBRA: Por adelantos en cuenta corriente, Descuentos, cauciones, etc. Convencional

Casa La Plata, diciembre 30 de 1924.

ANTONIO PICAREL Gerente

Peletería "EL ZORRO BLANCO"

DE M. ELFFMAN



Se guardan pieles durante el verano

Se atiende toda clase de composuras

PRIMER ESTABLECIMIENTO DE CONFIANZA

Diagonal 80 Núm. 1010

U. Telef. 2361

TELÉFONO PARTICULAR: 3069

LA PLATA

SAGDARIO

SAGITARIO

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

DIRIJIDA POR: CARLOS AMÉRICO AMAYA, JULIO V. GONZÁLEZ, CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE
SECRETARIO DE REDACCIÓN: PEDRO A. VERDE TELLO

LA PLATA (R. A.)

DIRECCIÓN: AVENIDA 53 N° 538

TODA CORRESPONDENCIA DE REDACCIÓN Y CANJE, DIRIJASE A LA DIRECCIÓN

AÑO I	SEPTIEMBRE - OCTUBRE 1925	NÚM. 3
-------	---------------------------	--------

ÍNDICE DE ESTE NÚMERO

	Pag.
RAÚL A. ORGAZ	Filosofía de la religión y sociología 281
ANGEL DOTOR	Las ciudades españolas (Visión de Segovia) 285
CARLOS ASTRADA	La estética de Croce 291
ANGEL LICÍTRA	El genio de Leonardo Da Vinci. 303
FERNANDO LLES	En elogio de la inteligencia utilitaria. 321
V. R. HAYA DE LA TORRE	Mis recuerdos de González Prada. 329
FELIX ESTEBAN CICHERO	La vejez del ensueño... (A la manera de Azorín) 335
ALBERTO GUILLEN	Del libro «Larvas» 340

BIBLIOGRAFÍA

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI	<i>Panañ Istrati</i> 346
ARTURO VAZQUEZ CEY	<i>I canti Dell' Isola</i> , de Ada Negri. 349
M. LÓPEZ PALMERO	<i>Poesías</i> (opera omnia lirica), de M. Machado 352
ADOLFO KORN VILLAFÑE	<i>La triple revolución</i> , de Walther Rathenau 355
ALFREDO FERNÁNDEZ GARCÍA	<i>Alcándara</i> (Imágenes), de F. L. Bernardes 357
J. M. F.	<i>Cantos y cuentos del antiguo Egipto</i> 360
SISLÁN RODRÍGUEZ	<i>La política exterior N. A. de la post-guerra</i> , de Camilo Barcia Trelles 361
C. A. A.	<i>La sinergia social argentina</i> , de Raúl A. Orgaz 365

COMENTARIOS

Destruyendo dogmas, por Ronald de Carvalho — El canto del cisne (Intelectualismo justificador), por Pedro A. Verde Tello — Carta al Dr. Palacios, por José Vasconcellos — Aspectos de la Rusia de hoy, por Hellmut Simons — Cosas del Perú (Carta a las directores de SAGITARIO), por V. R. Haya de la Torre.

UNIVERSITARIAS

El estudiante peruano Manuel Seoane en Bolivia, — Pablo Vrillaud.

NOTICIAS

Temas de América (Los problemas de México), por Enrique González Martínez — Homenaje a Zorrilla de San Martín, por Rafael Alberto Arrieta.

SAGITARIO

DIRECTORES

CARLOS A AMAYA

JULIO V GONZALEZ

CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

CeDInCI



LA PLATA
R. ARGENTINA
AV 53 N°538

REVISTA DE HUMANIDADES

Filosofía de la religión y sociología

POR

RAUL A. ORGAZ

SE atribuye a Rousseau, viejo, una frase que encierra mucha sustancia y que define a maravilla los varios aspectos de la religión. Habría dicho Rousseau: «He creído en mi niñez por autoridad; en mi juventud, por sentimiento; en mi edad madura, por razón; ahora creo porque siempre he creído».

Por poco que se medite la frase de Rousseau, se percibirá cómo en asuntos de religión la vida social dice la primera y la última palabra ¿Qué otra cosa es sostener que en nuestra infancia participamos (del modo que pueden participar los niños) en los ritos y creencias que totalizan el mundo de la fé, sólo por obra de la presión o coacción colectiva?... ¿Y qué otra cosa que apelar de nuevo al fenómeno social es reconocer esa fuerza incontrastable del hábito, que nos lleva a seguir viviendo a los sesenta años como hemos venido viviendo desde los treinta?... Autoridad al nacer, hábito y rutina al morir: he aquí cerrado el círculo de la vida religiosa normal. Lo cual no es negar, por cierto, que ella se nutre del *sentimiento*, pues cuando éste falta, la participación del creyente se conviente, *ipso facto*, en obra del cálculo, que aja y agosta todo místico florecimiento.

La religión ha sido la matriz de la cultura. En el regazo de aquella ha crecido ésta hasta independizarse. La vida moral, la vida estética, la vida intelectual, han existido bajo forma religiosa. La religión es así lo que Höf- ding llama la «condensación de muchas cosas que parecen o han parecido a los hombres buenas, verdaderas y hermosas»; y el conflicto entre la religión y la ciencia se produce, justamente, cuando por la división del trabajo espiritual, el arte, la moral y el saber se disocian y se tornan autónomos: la religión quiere siempre expresar la vida mental entera; pero el conflicto se produce cuando aquel movimiento de autonomía se inicia.

Esa importancia histórica de la religión y su valor actual como fuerza de la cultura, han justificado siempre la existencias de cursos universitarios consagrados a su estudio. En los países de Sud América se vive todavía — a este respecto — casi en las tinieblas. La pasión religiosa, el fanatismo rojo y el negro, han levantado tal polvareda, que nuestros ojos requieren el medio purificante de la filosofía para tornar a ver claro en el fenómeno religioso, racionalmente concebido.

La religión, como el arte, el derecho, etc, ofrece un tema concreto a la investigación y al análisis; mas este conocimiento así obtenido, parcial por su objeto, aspira a ser un conocimiento integral, unitario y sintético: aspira, en suma, a ser *conocimiento filosófico*. La fastidiosa cuestión de la validez o ilegitimidad de las filosofías particulares ha sido resuelta hace tiempo: No es lícito, en sentido riguroso y estricto, hablar de filosofías particulares por el simple motivo que la filosofía es una y que el saber unitario es también único; no obstante lo cual, desde un punto de vista convencional, cabe hablar de una filosofía de la religión, como nos entendemos sobre una filosofía del derecho o una del arte.

Por consiguiente, la Filosofía de la Religión, en cuanto estudio *integral* del fenómeno religioso comprende:

A) un estudio *epistemológico*: ¿Es la religión una manera de comprender la realidad o de valorarla? — estudio de la religión como *explicación* de lo real;

B) un estudio *psicológico*: ¿Es la religión un aspecto de la vida espiritual, distinto del intelectual? — estudio de la religión como *sentimiento*;

C) un estudio *sociológico*: ¿Es la vida religiosa una forma de la vida histórica y social? — estudio de la religión como *institución*; por fin;

D) un estudio *moral*: ¿Sirve la relación para descubrir nuevos valores humanos y para mantener los antiguos? estudio de la religión como *valor* ⁽¹⁾.

En este esquema ideal de un programa serio de Filosofía de la Religión, hay que subrayar vigorosamente la importancia del estudio de las condiciones sociales que definen el área del misticismo en su significación más extensa. Es una zona casi inexplorada todavía, pues si hay muchos y capitales estudios sobre la historia de las religiones, el espíritu con el que tales investigaciones se han cumplido es muy otro del espíritu científico que preside hoy la explicación de los orígenes, organización y desarrollo de las instituciones, asunto propio de la ciencia social. La consideración sociológica ideal de la religión debe consistir en una fusión armoniosa de los elementos y sugerencias que suministra la historia comparada de las religiones positivas, con los que se obtiene de la etnografía, esto es, de la observación penetrante y exacta de la vida de los pueblos llamados, un poco impropriamente, pueblos *primitivos* (otros los llaman *degenerados*).

En esta novísima corriente, no será posible olvidar los esfuerzos de Emilio Durkheim y de su escuela. Y si bien el malogrado maestro de la Sorbona fué tenazmente combatido por su audaz tesis según la cual «la divinidad es

(1) Tres de estas investigaciones figuran en el profundo libro consagrado por Harald Höfding a la Filosofía de la Religión.

la sociedad transfigurada y pensada simbólicamente» la vía que inició es amplia y conduce a conclusiones de gran fecundidad.

El error de Durkheim no radica en su concepción de la naturaleza social de la religión, sino en la forma particular que en él adquiere la doctrina. Es claro que si la religión había sido estudiada hasta aquí — sobre todo — como un asunto de química mental (si puede decirse), como un producto del genio místico y de su influjo sobre el grupo, era indispensable complementar esa posición con la que se adopta cuando se estudian tales manifestaciones como cristalizaciones sociales, creadas anónimamente en un incesante e infinitesimal trabajo del espíritu de los hombres, cuyo más alto clarín es el genio religioso. Nada hay de particular en esto. Lo falso radica en la tesis de Durkheim según la cual la religión es exclusivamente creación colectiva.

Para ello, el filósofo francés comienza por darse de antemano una definición de lo religioso. La encuentra en la noción de «lo sagrado», no en la idea de Dios, pues esta idea, falta — puede decirse — en ciertas religiones orientales. Mas Durkheim olvida que si lo religioso supone lo sagrado, lo sagrado — a la inversa — no siempre supone lo religioso. Esta doctrina sociológica de la religión explicaría, en el mejor de los casos, el génesis social de la idea de «lo sagrado», no de la religión misma.

De todos modos, en la constelación de ideas generales que forman la Filosofía de la Religión, lo social no había sido percibido con suficiente nitidez. En adelante, al lado de William James — el teórico de *Varieties of Religious Experiences* —, habrá un sitio, en esta materia, para Emilio Durkheim, el investigador de *Les formes élémentaires de la vie religieuse*.

Las Ciudades Españolas

Visión de Segovia

POR

ANGEL DOTOR

HE aquí la población española por antonomasia, la más romántica e impregnada de recuerdos de la madre Castilla. Difícilmente se encontrará en el mundo ciudad que infunda una impresión tan severa de señorío, de nobleza como esta antigua capital española. Emplazada galanamente de manera tal que hace de plinto de su catedral, entre dos profundos valles, sobre una enorme peña prominente en forma de esquife, cuya proa — el Alcázar — mira a Occidente y la popa a Oriente, hállase circundada al Norte por el Eresma y por el Clamores al Sur, ríos que confluyen allí mismo, aportando el primero las cristalinas y turbulentas aguas del próximo Guadarrama, y tras de haber recorrido el segundo una cuenca llena de cavernas donde se descubrieron preciados restos prehistóricos. No solo la situación, sinó la perspectiva de maravillosa teatralidad, es pasmo de los ojos en todo visitante de la dorada Segovia. Encuétranse en ella reunidas las más puras y varias manifestaciones artísticas, los testimonios siempre vivos del desenvolvimiento cultural de la raza en su devenir secular. Aunque no ha sido todavía expresamente reconocida, unanimemente elogiada en la justa medida de

sus méritos incomparables, no faltan los que, con autoridad para ello, llámanla «ciudad-museo» y «Meca del Arte ibérico», admirando, a más de su situación y su ambiente, el conjunto de monumentos que atesora de los más varios estilos y épocas, evocadores todos de nuestro patrimonio esplendoroso de pretéritas grandezas.

Día llegará, pues, y no lejano, en que todo éste *summun* de circunstancias que ponderamos — sucintamente, ¡hay!, por la obligada concisión del artículo — hagan de Segovia la ciudad más conocida y visitada de la madre Castilla, y en la que el turista encuentre, no ya una particular sensación determinada y predominante, como acontece en otras tan decantadas, sino la evocación de todo el sentido de la compleja formación de nuestra estirpe: pasadas contiguas, cultura secular, fé y religiosidad ancestrales, agrarismo... Tal cree quien conoce la sin par ciudad con fervida dilección, pero con sereno espíritu crítico, encontrándose siempre en el límite comprensivo y ecuaníme donde se armoniza el afecto y la imparcialidad.

Segovia es el rincón que más conserva el pristino ambiente del romanticismo pretérito, a pesar del triunfo positivista de la época moderna. Como ha dicho un escritor contemporáneo, que es a nuestro juicio quien condensó con más fuerte intensidad la visión de lo que es la ciudad: Cabello Dorado, ésta constituye «lindo museo donde las obras de arquitectura no se presentan alineadas en dos largas filas, como en las ciudades modernas, que semejan una formación de soldados gigantescos, ante los que desfilan, indiferentes, las muchedumbres, sino que, por el contrario, cada casucha, cada iglesia, cada palacio está emplazado de tal modo que parece una flor silvestre, nacida en el lugar más adecuado a su especial naturaleza. Y esta floración arquitectónica es tan exuberante en monumentos y tan variada en estilos, que bien demuestra al espíritu menos observador, la variedad de razas que han habitado nuestra ciudad, en la que dejaron toda su alma y

su espíritu, embalsamando el espacio con la compleja sedimentación secular de sus caracteres psicológicos».

Al primer paseo por Segovia ya es de admirar la sugestión que produce su inefable aroma de poesía, que rememora los tiempos de Jorge Manrique que vivió en ella. «En todos los rincones de las solitarias plazoletas surgen a la vista ábsides y pórticos románicos, portadas carcomidas por la acción del tiempo, ruinas silentes y escudos heráldicos que añoran luengas empresas afortunadas. La historia y la tradición han escrito una de sus más bellas páginas en cada una de sus plazuelas irregulares y sus angostas callejas, en sus palacios señoriales, en sus casuchas vetustas, en su castillo, en sus murallas y en sus templos, que dan más completa y acabada sensación de firmeza ibérica que los de Toledo, Avila y Burgos. «Segovia dió a España su Reina más esclarecida y hacía detener a los reyes ante sus murallas hasta que jurasen respetar las leyes de Castilla y los privilegios de la ciudad. En su Alcázar se celebraron Cortes, habitáronlo reyes y varones conspicuos, y era la plazuela del Azoguejo universidad de pícaros inmortalizados por Quevedo. Vivían en paz cristianos, moros y judíos y luchaban tenazmente los más nobles caballeros por la posesión del Alcázar. Predicaba San Vicente Ferrer, hacían vida Santa Teresa y San Juan de la Cruz, se cometían robos, sacrilegios y se efectuaban milagros, como los de la Catorcena y de María del Salto. Para cada uno de estos hechos tiene Segovia un escenario adecuado, y donde la historia solo ha puesto un breve comentario, la tradición ha forjado una leyenda siempre bella y sentimental».

La tarea de reseñar las múltiples bellezas de esta ciudad de ensueño es de por sí difícil, máxime constreñidos a efectuar una pintura de conjunto en breve espacio. Y no digamos nada de aunar a la visión objetiva de hoy el recuerdo de su pasado con el detalle del papel importantísimo que jugó en los siglos pretéritos.

Existen cuatro monumentos en la vetusta ciudad, cada uno de los cuales bastaría para dar prócer renombre a la población que lo contase. Son: el Acueducto, la Catedral, el Alcázar y el Monasterio del Parral. Es el Acueducto la más célebre construcción de su clase que nos dejaron los romanos, el primero de la península y acaso de la tierra. Verdadera maravilla del mundo, poema en piedra de los siglos, hay sobre su construcción antiquísima, numerosas leyendas. Está formado con enormes y regulares piedras labradas, sin unión, no ya con grapas, si que ni con cemento alguno, y tiene dos filas de arcos, con 170 en total, ocupando una extensión de casi un kilómetro. ¡Qué impresión produce este severo monumento, firme e indestructible, que sobrevive contra la fuerza de los siglos en su ser primero! La Catedral — «la dama de las catedrales españolas» — es, indudablemente, una de las principales de España, y desde luego, la que tiene el ábside y la cúpula más bellos, no encontrando superación la pureza ojival de su línea en la columna y la arcada y la esbeltez de las naves y conjunto. El Alcázar es la más importante edificación de carácter militar que nos queda, mansión de reyes y lugar de contiendas ayer, y Archivo general militar, hoy la cuasi por su enorme y bellísima fábrica es interesantísimo, admirando sus torres y cúpulas, por su situación cabe el borde de la peña lamida por el Eresma, desde donde se divisa una de las perspectivas más hermosas que puede idealizar, es sencillamente admirable. El esplendor pretérito de este magno edificio en tiempos de Enrique IV, el rey-poeta del «agrio dulce es reinar», fué realmente hiperbólico. «En el Alcázar hay un elegantísimo palacio adornado de oro, plata y color celestial que llaman azul, y con el suelo de alabastro — dice un cronista de la época. Se ven también allí dos patios edificados con esa piedra. En el palacio están las esfinges de los reyes que desde el principio ha habido en España, por su orden y en número de treinta y cuatro, «hechos en

oro puro», sentados en sillas regias, con el globo y el centro en la mano... En éste mismo palacio nos llevaron a otras cinco salas o cámaras hechas de alabastro y oro con pavimento de mármol; entre ellas, la que sirve de dormitorio al rey, tiene un artesonado de reluciente oro, y las ropas del lecho están tejidas con oro». Finalmente, el monasterio del Parral es también preseña de incalculable valor artístico, por su pureza gótica y por guardar todo un tesoro de bellezas tanto en su traza exterior con la torre y el frontís, como dentro con los arcos, retablos y maravillosos sepulcros. «La proporción y trabajo de las tres hornacinas — escribe, después de hablar del conjunto del célebre manasterio, el gran Eugenio Noel, — los altorrelieves, las grecas, los frisos, los doseletes y sus estatuillas, el grupo del marqués y su paje, con aquella armadura que es sencillamente un prodigio, el busto de la marquesa, cobre el que irradia una pureza celestial, la orla de los arcos, os dejan quietos, muy quietos, paralizados con esa dulcísima meditación del arte puro y serio que dá escalofríos y placeres sin nombre».

Después de estos cuatros principales monumentos, aún hay otros muchos valiosísimos. Siendo Segovia la ciudad genuinamente románica y mudéjar, cuéntanse en ella, en lugar preferente, las edificaciones de estos estilos. Llegó a tener cincuenta y siete templos románicos, de los que quedan hoy, no obstante, los arruinados, más que en ciudad otra alguna. Todos son realmente maravillosos, y tras de los principales: San Millán, San Esteban — el de la más bella torre bizantina de España, — San Miguel, San Lorenzo, Santa Cruz y San Juan de los Caballeros — hoy taller de cerámica de los Zuloaga, — aún podrían nombrarse otros cuantos, todos interesantísimos por su puro estilo, por su antigüedad y por los vestigios que en ellos han ido quedando de los gustos artísticos que se sucedieron en el tiempo. Otro aspecto valiosísimo de la arqueología segoviana es el de las casas-palacios. ¡Qué admirable as-

pecto el de muchas de ellas, y qué valioso conjunto el de estas edificaciones! Unas tienen encantadores patios del renacimiento, y otras severas y airosas torres mudéjares, con matacanas y antiquísimas inscripciones, labores de ataurique y esgrafiados, torres que en un principio, antes de ensancharse la ciudad fuera del recinto fortificado, servían como avanzada de defensa, unidas a la muralla, en la que se abren monumentales puertas, tales como la célebre de San Andrés, que recuerda la del Sol de Toledo, y muestra al visitante una lápida cuya inscripción le habla de don Pablos, el «Buscón», ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños», cuyo origen aquí asentó el príncipe de nuestra sátira. De esos edificios blasonados que cuenta Segovia, casi todos ellos con arcadas antiguas en las puertas de entrada, y mostrando algunos en el patio la famosa galería alta de madera donde trabajaban los antiguos pelaires, son los principales los llamados de los Picos, de Hércules, de Juan Bravo — en el que se creó nació el célebre comuero, — de Arias Dávila, de Lozoya, del marqués del Arco, del conde de Cheste, de los Salcedo, etc.



Todos cuantos lleguen a conocer como nosotros ese tesoro de belleza, cuya descripción acabada merecería un voluminoso libro, y no ignoren la sublime leyenda, la histórica significación que añoran las piedras segovianas, se explicarán el poder tentador con que atrae a los que somos sus devotos éste solar agosto de Castilla.

Madrid, septiembre de 1925.



La estética de Croce ⁽¹⁾

POR

CARLOS ASTRADA

EL conocido filósofo italiano ha logrado en esta obra de divulgación y síntesis, una más precisa y clara formulación de la doctrina estética ya expuesta en su obra sistemática: «*Estética como scienza dell' espressione*» etc. Este es el mayor mérito — reconocido por el mismo Croce — del *Breviario*, que hoy circula en letra castellana.

Indudablemente, de la filosofía crociana es la parte pertinente a la estética la que ha ganado más en influencia y difusión en los países latinos.

La concepción estética de Croce es coherente con el sistema que ella integra, sistema que, como es sabido, se resuelve en una metafísica del espíritu en que lo real y lo no real están en una relación dialéctica. De esta coherencia proceden las virtudes y, sobre todo, los defectos de la estética crociana.

Desde luego, la pauta de Hegel prima en la estructuración de la doctrina estética de Croce, aunque este no lo reconozca explícitamente, y, aún más, condene, incluyéndolo entre los «perjuicios en torno al arte», el «conceptismo» estético del autor de la «Enciclopedia», sin reparar en que su propia posición se define, en última instancia, por un intelectualismo casi extremo. Para Hegel la belleza es la «manifestación sensible de la idea», mien-

(1) El presente trabajo nos fué remitido como noticia bibliográfica sobre el *Breviario de Estética*, cuya reciente versión castellana ha puesto en circulación la Editorial Mundo Latino de Madrid. L. D.

tras Croce la concibe como conocimiento en su primera manifestación. «El arte es, nos dice, la forma auroral de conocimiento.»

Pero, ante todo, veamos los elementos de la fundamentación crociana. De Kant toma la síntesis *a priori* estética, que le permite llevar a unidad — superando el viejo e inoperante antagonismo — forma y contenido, en el arte. De Hegel, el método, el planteamiento del problema y, en cierto sentido, su delimitación sistemática. Respecto a lo último, reputamos infundadas las afirmaciones de Croce, de las que se deducen que habría un abismo entre la concepción estética de Hegel y la suya. (Es ya costumbre inveterada en el apasionado filósofo napolitano protestar cuando se señala la filiación hegeliana o neohegeliana de su sistema, arguyendo, en prueba de lo contrario, que también se ha inspirado en otros filósofos: Kant, Vico, etc. Protestas sin razón, en nuestro sentir, desde que su posición filosófica, en su orientación, en lo esencial, procede ya directamente de Hegel, ya indirectamente, a través de Spaventa (de este toma la noción del concepto), su ilustre tío, hegeliano también.)

En la filosofía de Croce, el arte es función de la actividad teórica del espíritu. La estética, «como ciencia de la expresión», es un conocimiento de primer grado, conocimiento intuitivo. La intuición, es decir, el arte es el presupuesto necesario del conocimiento conceptual, que en su forma perfecta, es la filosofía misma. La lógica, en el esquema crociano, es, pues, la «ciencia del concepto puro». Esta segunda forma de conocimiento no puede darse sin la primera, que, superada, queda incluida en el concepto.

Una de las más sorprendentes consecuencias de esta gradación es que, para Croce, toda obra científica es al mismo tiempo obra artística. Ciencia y arte coinciden por el lado estético, siendo común a ambas la expresión. De aquí también que el arte se identifique con el lenguaje.

Así tenemos, que abstraído el contenido científico de la obra de un sabio, de un filósofo queda... una obra de arte. El teorizador, el hombre de ciencia, desde el momento que se expresa científicamente, es, sin saberlo y sin quererlo, artista. A quien logra la ciencia se le da por añadidura — mediante el *fiat* de la gradación crociana — el arte. Las conclusiones absurdas a que lleva esta peregrina teoría han sido bien destacadas por Giuseppe Rensi, en su aguda crítica de la doctrina estética de Croce (*La Scepti estetica*, pag. 86 y siguientes.)

Vengamos ahora a lo que Croce considera calidad intrínseca del arte. Mientras el conocimiento conceptual tiene por objeto lo real, el intuitivo o estético se distingue por su idealidad, por serle indiferente, en absoluto, y extraño a su naturaleza lo real como problema. «Intuición quiere decir precisamente indistinción de realidad e irrealidad, la imagen en su valor de mera imagen, la pura idealidad de la imagen. Al contraponer el conocimiento intuitivo o sensible al conceptual o inteligible, la estética a la noética, se trata de reivindicar la autonomía de esta forma de conocimiento, más sencilla y elemental, que ha sido comparada al ensueño — al ensueño y no al sueño — de la vida teórica, respecto de la cual la filosofía ha sido comparada a la vigilia». (*Breviario*, pag. 33.)

El arte es, pues, *intuición*. Para Croce, intuición vale tanto como expresión: «La intuición es la expresión» porque el espíritu sólo es activo — y aquí se trata de su actividad estética — en la medida en que expresa. En esta identificación de intuición y expresión radica otra de las serias dificultades de la estética crociana, criterio que subraya su carácter intelectualista. Carece, además, de fundamento psicológico semejante identificación. Intuición y expresión son dos actividades que, referidas a la vida psíquica, a lo subjetivo, se diferencian perfectamente. Reducida, así, la intuición a la expresión, siempre quedará inexpresado un residuo, más o menos esencial, del estado

subjetivo característico del sentimiento estético. Y se explica desde que para Croce la intuición es conocimiento. «La intuición — afirma — vale tanto como teoría en el sentido originario de contemplación» (*Breviario*, pag. 26.) Asimismo se manifiesta claramente el intelectualismo de que adolece la teoría estética que nos ocupa cuando su sostenedor pasa de la intuición como expresión de un estado de ánimo, de una emoción, como conocimiento de lo individual o imagen alógica, en suma, a la intuición tomada en un sentido más amplio, como expresión en general, como pura forma (de la cual se ha volatilizado el contenido emocional) que, en su alcance, ya no se diferencia del concepto.

Para justificar la característica cambiante de esta intuición *sui generis*, Croce apela al expeditivo recurso de las palabras sinónimas (verdadero hallazgo crociano en el dominio de la imprecisión filosófica.) «*Intuición, visión, contemplación, etc. . . son palabras sinónimas.*» (*Breviario*, pag. 23.) Ante esta sinonimia, alguien podría creer, también, que se trata de la intuición de los místicos, pero no, ella se refiere a una intuición que es conocimiento sensible, conocimiento de lo «individual universalizado.»

Con semejante intelectualismo en la concepción del arte, Croce escamotea el contenido sentimental del placer estético, precisamente en lo que reside la peculiaridad de este; contenido que las más modernas investigaciones estéticas han hecho objeto de una ahincada labor de discriminación y profundización, cuyos óptimos resultados se aprecian en la ampliación del dominio de los problemas del arte y en un mejor conocimiento de lo específicamente estético.

La idealidad que, como hemos visto, caracteriza la intuición estética, diferencia a esta del concepto. Esta idealidad es «la virtud íntima del arte.» Pero Croce no se detiene aquí. Prosiguiendo su análisis, estrecha el núcleo de su doctrina estética, y define más estrictamente la in-

tuición artística como intuición lírica. «La intuición artística es intuición lírica, palabra esta última que no está como adjetivo ni determinante de la intuición, sino como sinónimo, como otro de los muchos sinónimos que pueden añadirse a los que se ha recordado y que designan todos ellos la intuición». (*Breviario*, pag. 54.) La *liricidad* del arte es, sin duda, el aporte original de la estética crociana. Tal fué la tesis que sostuvo Croce en su conferencia intitulada: *La intuición pura y el carácter lírico del arte*, que leyó en el III Congreso de Filosofía, de Heidelberg, en 1908. Para fundamentar su deducción del lirismo, que considera intrínseco a la intuición artística, el autor del *Breviario* comienza por descartar dos prejuicios que obscurecen esta peculiaridad esencial del fenómeno estético. El primero consistiría en la errónea indistinción de imaginación y fantasía. Croce, apoyándose en la opinión de un crítico literario, de Sanctis, distingue imaginación de fantasía, y atribuye a la actividad de esta, y no a la de la primera, la creación artística. La misión de la fantasía es traducir «valores prácticos en valores teóricos», «estados de alma en imágenes.» De aquí extrae Croce la conclusión de que una imagen arbitraria que no exprese un estado de alma, no es una imagen, porque carecería de valor teórico; pues es de notar que, para Croce la imaginación, en la acepción rigurosa en que la toma, concorde con el papel que discierne a la fantasía, es extraña al arte, pero no al espíritu teórico. Mas, si tenemos en cuenta que, en la estética crociana, el arte es también función de este mismo espíritu teórico, experimentamos la insalvable dificultad de asir el verdadero sentido (del que Croce, sin duda, está en el secreto) de la palabra imaginación, vocablo que, en la curiosa disquisición lírico-fantasmista, se desliza subrepticamente de una acepción a otra.

El otro prejuicio consistiría en que una intuición de un objeto externo sería, en el común sentir, artística, desde

que el arte se define por su carácter intuitivo. Pero tal consecuencia errónea se disipa si distinguimos la *intuición pura* de la *percepción* de un objeto natural, que no constituye un hecho artístico. Esta última — la simple percepción — entraña la aplicación de un concepto abstracto, y es un «juicio perceptivo.» De modo que Croce no admite dos formas de intuición, una subjetiva y artística, es decir, lírica, otra objetiva y física, o sea aprehensiva de la naturaleza exterior. Otorgar realidad a estas dos formas de intuición implica la afirmación del dualismo y, como necesaria consecuencia, el fracaso de la teoría del arte como intuición pura, como *liricidad*. Croce reconoce que este segundo prejuicio es de más difícil eliminación porque está respaldado por su correspondiente metafísica; pero a su vez pretende haber superado, con su estética y con su propia metafísica, el dualismo (quienes estén al tanto de la filosofía crociana en su desarrollo integral, reconocerán que es infundada semejante pretensión.)

Al exponer las razones que, en su concepto, abonan la afirmación del carácter lírico del arte, Croce aduce la opinión de Walter Pater, que, desglosada del texto y erigida en sentencia, reza que «todas las artes tienden a la condición de la música». El famoso crítico inglés, preocupado por el problema de la distinción de materia y forma, enunció el citado principio en vista de la superación de este dualismo, tomando, para ello, como pauta la música, porque «la música es el arte típico, ideal y completa, el objeto del gran *Andersstreben* (de la otra tendencia) de todas las artes, de todo lo que atañe al arte y participa de las cualidades artísticas.» Walter Pater tiene tan sólo presente la necesidad de superar el antagonismo de materia y forma, y, lejos de atribuir caracteres lírico a todo arte, afirma que «cada arte posee como propio un orden de impresiones específicas y un encanto intraducible.»

Si *todo arte aspira constantemente a las condiciones de la*



BENEDETTO CROCE

música, es únicamente en el sentido de lograr la apetecida síntesis y compenetración de contenido y forma. Porque «en todas las obras de las otras artes se puede distinguir la materia de la forma, y el entendimiento realiza siempre, sin trabajo la distinción; pero también el esfuerzo constante de cada arte tiende a atenuar esta distinción»... «Y es la música la que realiza más completamente esta perfecta identificación de la forma y la materia.» (*El Renacimiento*, La Escuela de Giorgione.)

Ahora bien, inspirándose en la sentencia de Pater — cuyo alcance acabamos de ver — Croce concluye resueltamente: «Se podría decir lo mismo, con mayor exactitud, afirmando que todas las artes son música, si es que quiere hacerse resaltar la génesis sentimental de las imágenes artísticas, excluyendo de su zona las construidas mecánicamente y las que se utilizan en la realidad» (*Breviario*, pag. 53.) Notamos aquí claramente que Croce, con su teoría de la *liricidad* del arte, trata de reivindicar para este, indirectamente, de un modo secundario, el carácter sentimental que en principio le desconociera. Pues vimos ya cómo al hacer de la intuición artística una forma de conocimiento, identificando, además, intuición y expresión, daba a su estética una base intelectualista, con flagrante prescindencia de lo específicamente estético. Pero esta atribución de lirismo para salvar la génesis sentimental del arte, — formulada casi al margen de lo que primeramente se ha reputado esencial y constitutivo del hecho artístico, es, no obstante la vehemente y fácil apelación a las palabras sinónimas, un elemento extrínseco y apendicular. Definidos los elementos básicos de su estética, Croce pasa a determinar, de acuerdo a estas premisas, «el puesto del arte en el espíritu,» que es objeto de la tercera lección del *Breviario*.

Desde el momento que al arte se lo ha distinguido del mundo físico por su espiritualidad, y de la actividad práctica moral y de la conceptual por su carácter intui-

tivo, Croce entiende que se ha demostrado su independencia. Pero esta independencia, considerada desde el punto de vista de la actividad total del espíritu, es un concepto relativo. «Cada forma y concepto particular es independiente por un lado y dependiente por otro, o, lo que es igual, dependiente e independiente a la vez» (*Breviario*, pag. 95.) Estonces la cuestión, reducida a estos términos consiste en establecer de qué manera, el arte, sin deponer su autonomía, se incorpora, soldándose con ellas, a las demás actividades del espíritu. En este punto, Croce se inspira, una vez más, en Hegel, quien le indicará el camino con su concepción de «las determinaciones y los grados del espíritu,» que, en el proceso de su unidad viva, se dan «sólo como momentos o estados» (*Filosofía del Espíritu*. Introducción.) En la filosofía de Hegel, las distintas formas del espíritu — los grados, al estructurarse todas en un sistema, se suponen recíprocamente. «Son como los anillos de una cadena que da la vuelta y forma un círculo» (*Estética*, Introducción.) Esta metáfora del círculo, como expresión de la unidad del espíritu desarrollándose a través de sus diversos momentos o estados, reaparece, por idéntica necesidad sistemática, en la estética crociana. El único modo, según Croce, de pensar la autonomía y la dependencia, a la vez, de una cualquiera de las diferentes actividades, de uno de los términos de la serie gradualmente concadenada, es «haciendo que la serie se conciba en acción recíproca o, para decirlo mejor, abandonando toda fraseología naturalista, como círculo» (*Breviario*, pag. 97.) Mas, en el círculo crociano los términos de la serie, que se suponen recíprocamente, no quedan, una vez alcanzado el último, en una relación estática. Vico, con su idea del *corso y ricorso*, proporciona a Croce el motivo que ha de imprimirles un perpetuo dinamismo. «De este modo el término extremo de la serie se suelda con el término primero, y el círculo se cierra y el recorrido torna a comenzar; el recorrido que

es un recurso del curso ya hecho, de donde procede el concepto de Vico, expresado con la palabra que él mismo hizo clásica de *reflujo*» (*Breviario*, pag. 107.) Pero aquí no se trata de una simple repetición indefinida de la serie, sino que, por ser para Croce filosofía e historia una misma cosa, el acontecer histórico va enriqueciendo, dándole incremento a este recorrido ideal. «Nuestro pensamiento es pensamiento histórico de un mundo histórico, proceso del desarrollo de un desarrollo, y apenas se ha pronunciado la cualidad de una realidad, cuando ya la cualidad no vale, porque ella misma ha producido una nueva realidad, a la que corresponde una cualidad nueva» (*Breviario*, pag. 106.) Así las diversas actividades — los momentos de este *devenir* cíclico, — que sólo cobran realidad en la unidad del espíritu, «la síntesis de las síntesis,» «el verdadero Absoluto,» se van acrecentando y depurando. «El pensamiento no es la estéril repetición del flujo en el reflujo, sino en el continuo enriquecimiento del flujo en el reflujo y en los reflujos de los reflujos. El término último, que pasa al lugar del primero, no es el primero de antes, porque ya se presenta con multiplicidad y precisión de conceptos, con una experiencia de vida vivida y de obras contempladas que no tenía antes el primer término, sirviendo de materia para un arte más alto, más afinado, más complejo y más maduro. De modo que en lugar de un girar sobre si mismo, siempre igual, la idea del círculo no es otra cosa que la verdadera idea filosófica del progreso, del acrecentamiento perpetuo de la realidad y del espíritu en si mismo, donde nada se repite, salvo la idea del acrecentamiento» (*Breviario*, pag. 115.)

Concebida de este modo la vida del espíritu, como un progreso cíclico en el que cada momento, cada forma, al ser implicado por la siguiente, es superada por esta, y así hasta alcanzar toda la plena realidad de la unidad del espíritu, que es lo único verdaderamente real, y que Croce la ha definido como *actus purus*; ante esta concep-

ción, decimos, cabe preguntar por la autonomía de las distintas formas, y particularmente por la del arte. La misma doctrina que fluye del texto crociano se encarga de sugerirnos la duda sobre la efectividad de esta autonomía: «Confundir, por un ímpetu mal entendido de unidad, las distintas fases del desarrollo, y pretender que la moral domine al arte, en el acto en que, por el contrario, esta domina a aquella, o que el arte domine a la ciencia, en el acto en que esta domina o supera a aquel, o que ha sido ya dominada por la vida, he aquí lo que la bien entendida unidad, que es a la vez rigurosa distinción, debe evitar e impedir a todo trance» (*Breviario*, pag. 110.)

En resumidas cuentas, para Croce no existe lo específicamente estético. La independencia que concede al arte es, apesar del aparato polémico con que la defiende y de la pasión con que la proclama, bien precaria y, como resultado de la logomaquia del idealismo absoluto, puramente retórica.

Remate de la teoría estética del *Breviario* son las consideraciones sobre la crítica de arte, que forma la cuarta y última lección.

Croce, fiel a su método expositivo, examina previamente las ideas falsas que circulan sobre la naturaleza de la crítica literaria y artística para, luego de descartarlas, decirnos lo que es, en su concepto, la verdadera crítica y la tarea que le incumbe.

La crítica — entendida cabalmente — implica la concurrencia de tres condiciones que aisladas, cada una por sí, inducen a error porque la definen de modo incompleto, desvirtuándola. «Sin el momento del arte... faltaría a la crítica materia sobre que ejercitarse» (Exagerada, con exclusividad, esta primera condición lleva a la falsa crítica llamada productora, concepción que Croce, al cabo de detenido análisis, rechaza enérgicamente.) «Sin gusto — crítica juzgadora — faltaría al crítico la experiencia del arte... Y faltaría en fin, esta experiencia sin la exégesis,

sin que se quiten los obstáculos de la fantasía reproductora, dando al espíritu aquellos supuestos previos de conocimiento histórico que necesita...» (*Breviario*, pag. 132.)

Sin duda, una de las concepciones más difundidas a cerca de la crítica es la susodicha crítica productiva, la que hace del crítico un artista. Corresponde a Oscar Wilde, especialmente, la paternidad de este concepto, expuesto en uno de sus ensayos dialogados. Wilde define la crítica «como una creación sobre otra creación.» Aún más, llega a decirnos que «la crítica superior, por ser la forma más pura de impresión personal, es, a su manera, más creadora que la creación, porque tiene menos relación con un modelo cualquiera exterior a ella misma...» (*El crítico como artista*, 1ª. parte.) Esta manera de concebir la crítica, al privar a esta de su objeto propio, entraña una radical negación de su razón de ser. Wilde, por querer elevarla tanto, la lleva a la muerte. «El crítico ocupa la misma posición frente a la obra de arte que critica, que el artista frente al mundo visible de la forma y del color, o frente al mundo invisible de la pasión y del pensamiento» (*El crítico como artista*, 1ª. parte.) Si fuese así, el crítico o el artista está de más, porque, desde el punto de vista de la creación, el primero es una reiteración del último, y viceversa tal es la identidad de ambos.

Croce impugna decididamente esta infundada superposición de arte y crítica. El crítico, el representante de la verdadera crítica, no ha de ser *artifex additus artifici*, con lo que se nulificaría toda actividad crítica, sino *philosophus additus artifici*. Para Croce, la crítica es una función eminentemente intelectual. En este sentido, que fluye de su posición sistemática, afirma que la crítica es superior al mismo arte. Aquí acentúa, si cabe, el giro intelectualista de su estética. La obra del crítico «no se realiza sino cuando retiene y sobrepasa al mismo tiempo la imagen recibida, porque la crítica pertenece al pensamiento, que hemos visto que supera y que ilumina a la fantasía con

nueva luz, tornando percepción la intuición, calificando la realidad y distinguiéndola por ende, de lo irreal» (*Breviario*, pag. 138.)

Por lo demás para Croce, no existe diferencia esencial entre crítica e historia del arte, y la distinción que se hace entre ellas es puramente empírica, con un fin didáctico. Consecuente con su doctrina, que identifica filosofía e historia, estatuye que «la crítica verdadera y completa es la narración histórica de lo que ha sucedido, y la historia es la única y verdadera crítica que puede ejercitarse sobre los hechos de la Humanidad, que no pueden ser no-hechos, porque se han realizado, y se dominan con el espíritu desde que se les comprende» (*Breviaria*, pag. 150.)

Tal la estética crociana, según la síntesis del *Breviario*.

Antes de poner punto final, diremos dos palabras, bien necesarias, sobre la traducción: El señor Sanchez Rojas, en otra oportunidad, tradujo la *Estética* de Croce, adulterando en tal forma el pensamiento del autor, que su versión es un verdadero adefesio. Ahora reincide con su traducción del *Breviario*, que, aunque menos deficiente que la anterior, contiene errores tan graves que sólo con el auxilio del texto italiano se puede desenredar la madeja aderezada por el *traditore*. Este se *acredita*, una vez más, como falsificador del pensamiento de Croce, de quien se dice admirador y discípulo. Vaya una manera de tener maestros! Es, pues, de lamentar que tengamos que glosar, tratándose de la mayoría de las traducciones castellanas, el conocido y siempre justificado estribillo.



El genio de Leonardo Da Vinci ⁽¹⁾

POR

ANGEL LICITRA

I

EL historiador R. Altamira, aquí en la Argentina gratamente conocido y admirado, en uno de sus libros más populares escribe: «En esa complejidad de los hombres del Renacimiento..... reside el título mayor que Vinci tiende a ser como Homero, como Shakespeare, como Goethe, un espíritu cuyas producciones pueden interesar a las diversas clases de lectores que existen en el mundo, desde los especialistas hasta los que buscan tan solo en las obras de la inteligencia, solaz y emociones de orden estético». ⁽²⁾

En realidad, las criaturas soberanas, cualquiera que sea su patria nativa, por la universalidad de su pensamiento y de sus obras interesan y pertenecen a toda la humanidad civilizada. Los pueblos que las honran con su homenaje, se honran a sí mismos en su propia cultura y progreso.

II

Guillermo Ferrero ha concretado en una frase sintética el juicio consciente de los sabios modernos sobre Leo-

(1) Conferencia de extensión universitaria, dada en el *Club Artesanos* de Arrecifes, el 15 de Agosto de 1925.

(2) V. *Cosas del día*, edic. Sempere y Cía., pág. 155.

nardo, proclamándole «tipo máximo de los hombres universales» (*Europa Gióvane*, pág. 21); y Jorge Vasari, su primer grande y clásico biógrafo, ya desde mediados del siglo XV, le había llamado «encarnación de la divinidad sobre la Tierra».

La madre Naturaleza, en verdad tan medida y casi avara en la distribución de sus dones con la mayoría absoluta de los hombres comunes y, bajo ciertos aspectos, hasta con los seres más privilegiados, fué con Leonardo tan generosa y tan pródiga, como nunca jamás lo fuera con ningún hijo de mujer.

Al igual que Giovanni Boccaccio, también él nació de un breve idilio de amor no consagrado por la ley de Dios y de los hombres, y la madre, abandonada y olvidada, de este Prometeo del Renacimiento, a la par de la fácil y noble viuda parisiense que diera vida al más célebre novelista de los pueblos neolatinos, no conoció nunca la gloria del fruto prodigioso de sus entrañas. Ni el hijo supo nunca nada de su madre, una humilde campesina. Leonardo encontró tan solo en la temprana contemplación y en el amor de la Naturaleza todas las caricias y los consuelos que no había podido recibir de la madre desconocida. Como en la antigüedad el Partenón de Atenas, desde la sagrada cumbre de la Acrópolis, hacía vislumbrar y adivinar, aún a lo lejos, el tesoro infinito del alma del templo con la inefable euritmia de la arquitectura exterior, besada y acariciada por las iridescencias de un cielo perennemente opalino; así Leonardo Da Vinci, genio de los genios, también en lo físico fué un modelo maravilloso de belleza y de varonilidad apolínea, con un encantador cuerpo atlético y sanísimo, relumbrante de armonía y proporción. Y era ágil, esbelto y elástico como un joven leopardo. Tenía una cabellera que, suavemente ondulada y cayendo sobre los hombros hercúleos, encornisaba una cara y una barba profética, según lo vemos por uno de sus admirables auto-retratos. Muy acertadamente él po-

día copiar en sí mismo la cabeza ideal del Cristo Redentor de su divino Cenáculo, tan insistente y vanamente buscada en los hombres de su tiempo.

Su fuerza misma fué asombrosa, pudiendo torcer y doblar fácilmente con los dedos de una mano una herradura de caballo. Y no menos grande fué su nobleza y su generosidad.

El padre, enamorado y subyugado por las gracias del hijo, le dió una educación esmerada y gentil, y Leonardo se mostró bien pronto de una habilidad sorprendente en la esgrima y la natación, en cabalgar, en danzar y en tocar, con absoluto dominio técnico y sentimiento artístico, su originalísima lira de plata, por él mismo construida en forma de una cabeza de caballo, el noble animal de su predilección artística. Sobre aquella, improvisaba canciones, según testimonio de Vasari, con una voz de melodía angelical. Hasta su elocuente conversación, amenizada y salpicada de bromas graciosas, de dichos espiritualmente novedosos y de chistes de buena ley, embelesaba a sus oyentes.

III

Éste no es nada más que el hombre exterior, y nos parece casi tratarse de un fantástico cuento de hadas; pero, a la par que en la figura del Partenón, podemos estar seguros de que como allí el vestíbulo era digno del templo, aquí el hombre exterior es el próstilo condeciente del hombre interior, psíquico, pues esta vez la madre Naturaleza no quiso ahorrar absolutamente nada para un prodigio perfecto. Como Dante, Shakespeare, Galileo y Goethe, Leonardo tuvo el divino tormento creativo de la investigación segura, incansable, infatigable, y donde quiera posase su mirada escudriñadora, nunca la posó en vano. Por la Naturaleza tuvo un amor pasional, inagotable, infinito. La excesiva facilidad de aprender, comprender o intuir la

esencia de todas las cosas, en su juventud lo volvió un tanto voluble en sus estudios, pasando de continuo de uno a otro, para abarcarlo y saberlo todo en poco tiempo, puesto que no le costaba mucha fatiga; pero con los años y la experiencia, reafirmando una ley común a todos los genios y los artistas sumos, generalmente impacientes en tantos aspectos de la vida ordinaria, se hizo pacientísimo, incontentable, incansablemente prolijo en elaborar y perfeccionar las obras predilectas de su genio. Ejemplos clásicos de lo afirmado son la *Gioconda* y el *Cenáculo*. En la plenitud meridiana de ese Renacimiento, que nunca será suficientemente alabado, ese gigante de la idea encarna y representa la adivinación precursora del porvenir, el triunfo del método y la investigación científica, de la experimentación y la razón humana sobre la teoría y la autoridad hasta entonces indiscutida e indiscutible de los teólogos y de los peripatéticos, y en todo sentido inicia y prepara el movimiento científico-positivo de la Edad Moderna, que con Galileo se elevará después a sistema. En apoyo de su obra genial, él decía que hay que invocar «*la experiencia como intérprete de los secretos de la naturaleza*», a la que proclamaba «*maestra de las inteligencias superiores*». He aquí la sentencia de muerte del tradicionalismo rutinario, metodizado, jurado «*in verbo magistri*» y, luego, decrépito e inútil para el progreso de la ciencia.

IV

Este «cuatrocentista meditativo, escribe D'Annunzio a propósito de Leonardo, a quien los mismos contemporáneos llamaban Prometeo y Hermes, fué apasionado, infatigable investigador de misterios, psicólogo agudísimo, al cual se deben quizás los más perspicaces análisis de la fisonomía humana, entregado de continuo al estudio y a la rebusca de las dificultades más arduas y de los secretos mas ocultos; el artífice que dibujando una rama de

árbol cubierta de hojas, descubría una ley; el sabio que estudiando el agua encontraba en las líquidas ondulaciones el movimiento de las dulces cabelleras prolijas y la línea de las sonrisas femeninas....» (1).

A Leonardo se debe la primera gramática y el primer diccionario del idioma italiano. Inició, con la prueba de todos sus escritos, la sencilla, rápida y sustanciosa prosa científica, perfeccionada más tarde por Galileo, y junto a la solución de los problemas más altos del saber no dejó de escribir una serie de ingenuas *fábulas* y *alegorías* para los niños. (2). Fué Leonardo el que ideó y construyó uno de los primeros canales de irrigación agraria que forman aún hoy la riqueza y el orgullo de la fecundísima Lombardía, donde se reveló un admirable ingeniero hidráulico. El fué el primero que planteó y resolvió el problema sobre el estado y la procedencia de conchas marinas y pescados fosilizados encontrados entre las rocas a diferentes alturas de montes y colinas, y nuevo Arquímedes y precursor de tantas conquistas de la ciencia moderna, concibió palancas y árganas elevadoras, potentísimas; perforadoras de montañas y nuevos modelos de cañones. Entre los modelos y dibujos por él dejados, «había uno con el cual más veces a muchos ciudadanos ingeniosos que entonces gobernaban en Florencia, Leonardo mostraba querer levantar el templo de San Juan de Florencia y someterle las escaleras, sin arruinarlo» (Vasari — Vida de Leonardo), y nadie quedaba dudoso con la exposición de sus pruebas. El sistema de las esclusas a desnivel, aplicado con resultados sorprendentes en el corte de los istmos por los modernos, está ya previsto y explicado en las obras de Leonardo, y hasta dejó dibujos y explicaciones de máquinas para vaciar y secar cuencas, dárseñas, puertos y lagunas enormes. Las actuales máquinas

(1) V. *Prose Scelte* di G. D'Annunzio. Milano, Treves, 1906, pág. 31.

(2) V. *Frammenti Letterari e Filosofici di Leonardo Da Vinci* — Trascelti da Dr. Edmondo Solmi. Firenze; G. Barbera, editore, 1920; págs. 3 - 62.

hidróvoras, empleadas con tales finalidades en Italia y con resultados sorprendentes, se basan sobre una adivinación leonardésca. A la medicina y a la anatomía, especialmente la del hombre y del caballo, envueltas hasta su tiempo en las tinieblas de la ignorancia y de la vieja rutina, dió impulso y luz nueva con experimentos y escritos admirables. «A quien lee esos escritos — dice Vasari — parece imposible que aquel espíritu divino haya razonado tan bien del arte y de los muslos y nervios y venas y con tanta diligencia de toda cosa». Fomentó la revolución y la renovación del arte. Expuso e ilustró gráficamente sus pensamientos, con perfecta orientación científica, sobre los rayos de sol reflejados por la superficie de las aguas, y probó que «las mismas leyes gobiernan a las olas de las aguas y a las ondas luminosas y sonoras», y que «el ángulo de incidencia debe ser igual al ángulo de reflexión» (Leonardo Da Vinci). Construyó máquinas teatrales de efectos maravillosos, y para el Rey Francisco I, que al entrar en Milán en 1515 pidió a Leonardo le hiciera ver algo extraordinario, el artista prodigioso combinó un león mecánico que hizo varios pasos en presencia del monarca y al momento de pararse, se le abrió el pecho mostrando una deliciosa escena de lirios de oro: el escudo de los reyes de Francia. No se contentaba con buscar la causa de todos los fenómenos observados, sino que de la observación remontaba a la ley, al principio universal. Tocando su lira de plata, descubre la ley de resonancia de las cuerdas en los acordes. Cortando transversalmente las ramas, en los círculos concéntricos de la madera sorprende la edad de las plantas, y para pintar unas hojas, en su disposición sobre las ramas descubre y concreta la ley que todos los árboles de la misma especie deben tener las hojas igualmente dispuestas, explicando también el porqué las hojas tienen su cara mirando al cielo. Su sistema astronómico respecto a la Tierra es llamado con razón semi-copernicano, y a la química, una de las ciencias más mo-

dernas, el pidió nuevas fórmulas para la combinación de los colores con efectos sorprendentes. Seccionando el ojo y encontrando las imágenes invertidas en la retina, quiso imitar al más perfecto de los órganos animales e inventó la *cámara obscura*, perfeccionada y concluida más tarde por J. B. della Porta. Antes que Newton, afirmó que el blanco no es un color en sí mismo, sino receptáculo de todos los colores. Dirigió, con sistemas nuevos en su época, fortificaciones militares. El modelo de su colosal estatua ecuestre del Duque Francisco Sforza pareció, a cuantos pudieron admirarlo, un milagro de belleza. En fin, su concepto y conocimiento de las matemáticas puede concretarse en esta acertadísima sentencia suya: «Ninguna investigación humana puede llamarse verdadera ciencia si ella no pasa por las demostraciones matemáticas». Ahora puede entenderse el uso que hiciera de ellas. Como ya Platón había escrito sobre el frontón de su escuela «*Nadie entre que no sea geómetra*»; así Leonardo nos avisa: «No me lea quien no es matemático, en mis principios».

V

Todas las artes y todas las ciencias, para las cuales sintió especialmente una vocación irresistible, no solo tuvieron en Leonardo Da Vinci un intérprete maravilloso, sino que por la obra de ese genio excelso se inició una época nueva en la historia de la civilización humana. La bibliografía vinciana es ya inmensa y aumenta a diario; pero más aún en estos últimos tiempos, en que los especialistas más eminentes de Italia y Francia han estudiado e ilustrado dignamente, — sin poder por cierto, agotar la tarea —, las caras poliédricas de ese prisma inapreciable del pensamiento universal. Así, mientras Edmundo Solmi ha ilustrado «La Resurrección de Leonardo», Marcel Raymond se ha ocupado en estudiar su «Education»; Angel Conti a «Leonardo Pintor»; Vittorio Spinazzola a «Leo-

nardo Arquitecto»; Antonio Favaro a «Leonardo en la historia de las Ciencias experimentales»; Felipe Bottazzi a «Leonardo Biólogo y Anatomista»; Benedetto Croce lo estudia como «filósofo»; Isidoro del Lungo como «escritor», y Josephin Péladan en un «épilogue» genial sintetiza, con todo su reconocido talento y competencia, las manifestaciones culminantes del sumo Toscano. La casa Treves de Milán ha reunido esos nobles trabajos en un magnífico volumen que termina con un «apéndice» de Lucas Beltrami, el príncipe de los Leonardistas, sobre el «Aeroplano de Leonardo». Sí, señores, Leonardo Da Vinci es también el padre ideador y creador del aeroplano, basado en el estudio perfecto del vuelo de las aves y fundado en el principio científico modernísimo de que «el peso, en vez de ser un obstáculo, es una condición esencial para el vuelo» (1). «Si el águila, dijo el sabio-poeta, puede sostenerse por medio de sus alas en el aire enrarecido; si los ingentes navíos pueden, por medio de sus velas, flotar sobre el agua, ¿por qué no podrá el hombre, hendiendo el aire, hacerse dueño de los vientos y remontarse triunfador en el espacio?». Con toda justicia Meshkowsky le llamó poéticamente el «Precursor alado». Beltrami ha sacado y reproducido, con las debidas ilustraciones, los dibujos relativos del «Códice Atlántico de Leonardo», de esa inmensa mina de estudios, dibujos y pensamientos que nos asombran, como la más vasta y genial enciclopedia de las artes y de las ciencias. A Leonardo le faltó, para volar, únicamente un buen motor, que su edad no pudo darle. Finalmente, si los hechos y los testimonios escritos no son ensueños, os diré, señores, que Leonardo Da Vinci hizo el primer descubrimiento rudimental de los submarinos; pero él no quiso revelar el secreto por un alto sentimiento de piedad humana. A folio 22, verso, del *Códice Leonardeseo* de la biblioteca de Lord Lei-

(1) LEONARDO DA VINCI — *Conferenze Fiorentine*; Milano, Treves, 1910; pág. 315.

cester se leen estas textuales palabras del genio titánico: «Como y por qué yo no escribo mi modo de estar bajo agua tanto como se puede estar sin comer, ésto no lo publico por las malas naturalezas de los hombres, quienes usarían los asesinatos en el fondo de los mares, rompiendo los navíos desde los sumergibles, junto con los hombres que están dentro de aquellos: aunque yo enseñe otros que no son peligrosos, porque sobre el agua aparece la boca de los cañones de donde habitan, situada sobre odres o corcho».

En Leonardo no relumbra solamente la potencia precursora y adivinadora del genio más universal, sino también el rasgo más hermoso de la gentileza y civilización latina, como de la piadosa alma itálica, plasmada de sol, de paisaje, de dolor, de sentimiento y de sensibilidad exquisita. «*Más se conoce, más se ama*», solía decir él.

Leonardo tuvo la visión profética de las gestas bárbaras de los modernos piratas de los mares, y mientras pudo retardarlas cuatro siglos, dió a la raza el sello más humano de la gloria sempiterna.

VI

Sin embargo, hasta nuestros días, la gloria máxima y más universalmente comprendida y apreciada de Leonardo se ha fundado especialmente en su producción pictórica. Todos sus estudios de ciencia, en efecto, aportaron su valiosa contribución de vida inmortal a su arte preferido, que él juzgó superior a la poesía, a la escultura, a la filosofía y música, y lo clasificó entre las ciencias. He aquí un pasaje de su «*Trattato della pittura*» para comprender el altísimo concepto que el sumo Maestro tenía de ella: «El pintor, dice, es dueño de todas las cosas que pueden caber en el pensamiento del hombre, porque si él tiene deseos de ver bellezas que lo enamoren, él es capaz de engendrarlas, y si quiere cosas monstruosas que asusten

o que sean chistosas y risibles o verdaderamente lastimeras, él es señor y creador de ellas. Y si quiere producir sitios desiertos, lugares sombríos y frescos en los tiempos calurosos, él los representa, y así, del mismo modo, lugares calurosos en los tiempos fríos. Si quiere ver valles, lo mismo si quiere, desde las altas cumbres de las montañas, descubrir una vasta llanura, y si quiere, después de aquellas, ver el horizonte del mar, él es dueño de hacerlo; y así también, si desde los bajos valles quiere ver los altos montes, o desde los altos montes los bajos valles y las playas. Y efectivamente, lo que está en el Universo por esencia, presencia o imaginación, él lo tiene primero en su mente y después en las manos, y estas son de tal excelencia, que al propio tiempo engendran una proporcionada armonía de una sola mirada como hacen las cosas.....». Y en otro lugar: «Quien desprecia la pintura, desprecia la naturaleza, pues las obras del pintor representan las obras de la misma naturaleza, y por esto el recordado despreciador tiene carencia de sentimientos». Este latín me parece muy claro, eficaz y sencillo. Leonardo es un adorador de la vida sana y de la naturaleza virgen. La impresión que dan sus pinturas es la de una visión encantadora de la vida en su plenitud de vigor, de salud, de juventud, de goce y de armonía en ciertos días felices, cuando las ideas y los pensamientos, color de rosa y de fuego, chispean en el cerebro; cuando todos los sentimientos y el amor cantan el idilio fecundo del corazón; cuando el poema épico del espíritu y de la naturaleza en fiesta primaveral, refleja y revela en nuestro rostro, en nuestros ojos y en la libre agilidad de nuestros movimientos o ademanes, el júbilo de esa convergencia triunfadora de la fuente de la vida en la dulce y apetecida alegría del vivir, que rinde la Tierra digna de nuestra estadía. Leonardo estampó un beso de vida nueva sobre todos los seres y todas las cosas.

Giotto y Cimabue son, en arte, el alba del renacimiento,



DIA FRIO

Exposición «Amigos del Arte»

Emilio Pettoruti



MONTAÑAS

Exposición «Amigos del Arte»

Emilio Pettoruti

el despertar gentil de la vida neolatina del álgido y mortecino sopor medioeval; pero en sus figuras, sobre todo cuando forman grupos, se nota todavía algo rígido, forzado, leñoso, inmóvil y penosamente simétrico o bizantino. El siglo de oro de la pintura italiana es el siglo XV, cuando la postura del cuerpo, el dibujo más amoroso de las manos y de los rostros, la expresión más viva de la mirada y de los colores, indican una nueva etapa que sobrepuja a los modelos de la edad anterior. Frate Angélico, Pablo Uccello, Masaccio, Botticelli, Domenico del Ghirlandaio y muchos otros, cada uno en su especialidad de estilo y de inspiración, son los mejores representantes de la nueva escuela. Pero el que llevó a alturas soberanas el arte de pintar, fué Leonardo; los mismos sumos y únicos, como Miguel Angel y Rafael, sus contemporáneos, pudieron igualarle, mas superarle, nunca, y le quedaron absolutamente inferiores, y muy lejos, en el campo de la ciencia. «Todo lo que lleva su sello, dice de él Adolfo Padován, tiene tal poder de vigor y de belleza que prodiga la alegría, transportándonos a un mundo ideal, donde el ensueño alcanza la realidad». (1).

Sus figuras, y especialmente en los grupos, tienen vida propia, libre disposición eurítmica, no simétrica, y movimientos personales. Las líneas delicadas de sus cuadros y los colores esfumantes en misteriosas graduaciones, traducen notas y aires musicales y vislumbran, en toques prodigiosos, como nunca se hiciera, la psicología de los sentimientos.

Leonardo, según el juicio de Hipólito Taine, «es el primer Maestro completo del Renacimiento, el hombre en el cual se halla expreso, por primera vez integralmente, ese sistema de ideas, ese conjunto de disposiciones, que se puede definir con el nombre de naturalismo. Es un genio completo que tiene el gusto y el amor de la naturaleza en sus innumerables diversidades, y además es un genio

(1) V. *Le Creature Sovrane*; Milano, Hoepli, 1907; pág. 173.

extraordinario delicado, creador de lo exquisito y lo refinado, casi femíneo. Tanta delicadeza le llevó a las observaciones morales: él descubrió las psicologías de las cabezas. Es el primer pintor que ha observado el efecto de las pasiones humanas sobre el rostro y sobre el cuerpo. Anteriormente se conocía muy bien un cuerpo y un carácter, pero no se sabía representar la transformación fugaz de las facciones producida por un sentimiento. De todos los pintores antiguos Leonardo es el más moderno: desde el primer momento él llegó al punto extremo del naturalismo». J. A. Conti observa que «nunca como en Leonardo el dibujo ha tenido la virtud de expresar tantas cosas: desde las más análogas a la pintura, hasta las más lejanas; desde las más concretas hasta las más abstractas, nunca, como en Leonardo, ha llegado a una tan vasta y tan intensa fuerza de análisis y de concentración».

Así fueron sorprendidos y robados a la misma naturaleza más hermosa y más verídica, puesta amablemente al servicio del artista divino, sus cuadros y sus criaturas adorables: desde su *Angel* encantador en el cuadro del *Bautismo de Jesús* de Verrocchio, su primer y único maestro, hasta la amorosa *Virgen de las Rocas* con sus deliciosos niños, y la paradisiaca *Anunciación de la Virgen* y la *Cabeza de la Virgen* de la Galería de los UFFIZI de Florencia, tan humana y gentil, propia de una niña buena y soñadora a los quince años, y el desnudo afligente de *San Gerónimo Penitente*, y la triunfal fisonomía y cabellera del *Musicista*, y la perspicaz mirada de *Beatriz D'Este*, y la escena sugestivamente idílica, épica y dramática de la *Adoración de los Reyes Magos*, y el inquietante retrato femenino llamado *La Monja de Leonardo*, y el extraño retrato de un *Joyero*, y el estupendo grupo de la *Disputa*, y, sin contar el sinnúmero de cuadros perdidos y de caricaturas y dibujos admirables, dispersos entre la selva de sus manuscritos, por encima de todos están el prodigio sin igual del *Cenáculo*, Divina Comedia y síntesis de todos los estudios

leonardescos, que el profesor Luis Cavenaghi en 1908 y 1911 ha tentado salvar de la última ruina; y esa flora primaveral de la *Gioconda*, que os pone en apuros con su imperceptible y enigmática sonrisa; que con las flechas amorosas de su mirada os persigue hasta en la obscuridad más profunda y en los abismos del corazón más cerrado; que con toda la fascinación de su velo de gasa en la cabeza, con el óvalo perfecto de su cara aterciopelada, con sus manos de nieve y manteca y con sus aristocráticos dedos ahusados, y con todo el hechizo de su visible persona, hace estremecer toda alma de artista y de poeta. No hay que olvidar las circunstancias y los motivos psicológicos que acompañaron la creación de ese milagro artístico e histórico, el cual encierra el arcano celoso de un idilio purísimo y sublime, y el canto de un amor ideal y noblemente humano, pero que jamás pudo manifestarse en la realidad del mutuo consentimiento expreso, pues no salió nunca del santuario del alma y de una recíproca intuición comprensiva. En la aurora del siglo XV, por el cielo de Florencia, la ciudad de las flores y de la gentileza, revoloteaban los átomos de los perfumes primaverales, y el espíritu del artista divino, envuelto en un ensueño sobrehumano, esperaba impaciente el modelo de una Diosa, para eternizar también en el mundo de los hombres su efigie y su sonrisa encantadora. Leonardo, para pintar retratos más especialmente, preparaba el patio de su taller como hacen hoy los fotógrafos para defenderse del sol, y buscaba más bien los días nublados, o la suave hora del crepúsculo, cuando los rostros humanos tienen una gracia inefable. «Fíjate, dice él en su *Tratado de la pintura*, por las calles a eso del anochecer, cuánta gracia y dulzura se ve en los rostros de los hombres y de las mujeres». En una de esas horas tan propicias al pincel y a la inspiración, Leonardo arregla como nunca el patio de su taller; dispone con admirable elegancia los ramos de lirios frescos, que ella, el Hada esperada, tanto prefiere; abre el

surtidor cristalino de una fuente, porque la silueta de aquel arco iris enamora la vista del Hada; prepara pedacitos de pan tostado para el gracioso gamo domesticado, porque el Hada prueba un júbilo infantil en ofrecérselo con su mano de Diosa, y tiende por el suelo una tupida alfombra, donde se enrosca enseguida un precioso gato asiático, que tanto seduce al Hada por la peculiaridad de tener un ojo amarillo y el otro azul. Músicos, cantores y poetas, oportunamente invitados, llegan a tiempo al taller, para acariciar los oídos y alegrar el espíritu del Hada, con versos, melodías y canciones. La Esperada, Mona Lisa Geraldini, tercera esposa involuntaria, aunque virtuosísima como soberbiamente hermosa, de Francisco del Giocondo, finalmente aparece, cual una visión angelical, en compañía de una discreta religiosa, Sor Camila, y se sienta en un blando sillón. El ambiente está saturado de espiritualidad y de fascinación artística; el trabajo milagroso del genio empieza. Cuando el cansancio de *posar* se trasluce sobre el rostro de la Diosa y ni el encanto de los lirios o del surtidor, ni las muecas del gamo mansito y del gato raro, ni las lisonjas del canto, de la música y de la poesía bastan ya para distraerla, entonces el artista hechicero, con una vocecilla aflautada empieza a contarle aventuras extrañas y maravillosas, y Mona Lisa vuelve a sonreír. El artista espía ansioso y graba en su espíritu, para después traducir sobre la tela, el secreto de aquellos ojos y de aquellos labios donde descansan todas las gracias. Un día, después de tantos, el artista y su divino modelo tuvieron que separarse por diferentes deberes: él, para ir a dirigir los trabajos de un canal en Pisa; ella, para acompañar al marido a Calabria por unos meses. Esa vez Mona Lisa se presentó sola, inesperada, al taller.

— Leonardo, ¿habéis terminado mi retrato? — preguntó ella.

— Todavía no está concluido del todo — contestó él tembloroso.

— Yo he sentido decir — agregó la Gioconda, — que vos no acabáis nunca vuestros trabajos porque sois incontentable siempre y buscáis una perfección imposible... Quien sabe si cambiará mucho mi cara con ese viaje... — y le tendió sonriendo melancólicamente la aristocrática y blanda mano de nieve, y Leonardo la besó por primera y última vez.

Instante de vida inmortal que no volvió nunca jamás, pues Mona Lisa murió al poco tiempo, sin que Leonardo pudiera volverla a ver viva; pero, su inmenso poder de artista le consintió poderla admirar en la tela maravillosa, que conservó consigo hasta su muerte, cuando fué adquirida por el Rey de Francia.

Y allá, desde el Louvre, a donde volvió tras una venturosa desaparición para ver una vez más la dulce Toscana, la Gioconda sigue sonriendo a los dolientes mortales y seguirá sonriendo por los siglos de los siglos, mientras haya sobre la tierra almas gentiles, sedientas de belleza y amor.

VII

En el notable libro «*La Resurrección de los Dioses*» o *la Novela de Leonardo Da Vinci* de Mereshkowsky, la figura del maravilloso Artista y Sabio aparece fantásticamente idealizada como entre los resplandores de una divinidad pagana, evocadora de la belleza y del genio helénico, transfigurada ante la fantasía popular en la de un brujo o hechicero, por sus prodigios. El símbolo encarna la fatalidad ineludible de la apoteosis de un genio consagrado divino aún en este siglo nuestro, que graba los juicios definitivos sobre la obra de la ciencia y de todos los valores humanos en el libro adiamantado de la historia de la civilización.

La producción científica de Leonardo es algo asombroso también por su magnitud. Lo publicado hasta la fecha, aun-

que incompleto, es ya suficiente para producir en todos los sabios un misterioso sentimiento de inefable maravilla por la variedad infinita y la originalidad de las concepciones del Genio gigante, quien recogió en su mente, con amor también infinito, toda la historia del saber desde su infancia hasta su triunfante virilidad.

Yo pienso en la inútil muerte corporal de Leonardo como en la realidad ideal y en la belleza eterna de los Dioses helénicos de Homero y de Platón, y me place imaginar a ese verdadero Hombre-Dios en el acto de arrancar, noche y día, la donación absoluta del amor a la madre Naturaleza, para emularla en el encanto de todos sus colores, quitarle el misterio, por él revelado, de todos sus secretos y la luz divina de todas las ciencias, con el fin de apagar, si jamás fuere posible, la sed del saber en la mente humana, que nunca dice basta. Así lo había proclamado en la antigüedad un hombre síntesis de la sabiduría universal, Aristóteles, «*il maestro di color che sanno*» (Dante); así lo repitió otro Hombre-Dios como genio universal, Dante Alighieri, con su verso: «*La sete natural che mai non sazia*»; así volvió a repetirlo el más perfecto de los genios universales, el divino Leonardo, cuando dijo: «*El deseo natural de los hombres es saber*». Y toda la obra de su «pluma, del carbón, del lápiz, no es sino un medio potente por él usado para sitiar la naturaleza y obligarla a revelar su secreto (A. Conti)».

VIII

—El hombre multiplicado, tantas veces y tan estruendosamente pregonado por F. T. Marinetti en su libro sobre *El Futurismo*, pero un hombre-máquina y del todo bestializado o inhumanizado en aras del progreso material y mecánico, lo teníamos ya, admirablemente actuado en el reino del espíritu y de la mecánica, de lo humano, lo ideal y lo material armonizados, en la mayoría de los titanes del Renacimiento Italiano.

Hoy llamamos, en proverbio, hombres *tipo-renacimiento*, a los hombres de múltiples y geniales aptitudes y capacidades intelectuales, artísticas y mecánicas: hombres de muchas almas.

Raras veces en la historia de la civilización humana el «*mens sana in corpore sano*» se ha entendido y aplicado mejor a la vida que durante el Renacimiento.

El eminente fisiólogo Angel Mosso ha demostrado que la extraordinaria versatilidad y genialidad agilísima de los hombres de aquella afortunada primavera del espíritu, se explica por la práctica universal de los ejercicios físicos entre los artistas y los estudiosos.

El hombre intelectual que no sabe plantar clavos, ni manejar la sierra o el azadón o la espada; nadar, o cabalgar, o trepar por las montañas, o poner, en cualquier forma adecuada, en movimiento acelerado, los muslos y la sangre de su cuerpo, corre riesgo de agotarse muy temprano, o de reducir en mucho sus facultades creativas.

Esto basta para entender porqué a Miguel Angel se le pudo llamar hombre de cuatro almas y hábil solo a las cosas sublimes.

El mismo maestro, primo y único, de Leonardo, Andrea del Verrocchio, el que ante la precocísima y asombrosa genialidad de su discípulo quedó anonadado, fué un *hombre-múltiple*, pues era pintor, escultor, orfebre, y amaba y entendía la música, la ciencia, la equitación, y desde la infancia se había ocupado mucho de geometría y prospectiva ⁽¹⁾.

Sin contar las variadas aptitudes de Vasari, historiador amoroso de todos aquellos grandes artistas, pláceme recordar que León Battista Alberti, uno de los modelos humanos más complejos y más admirables de todos los tiempos, preanunció casi en todo, y a corta distancia, a Leonardo. Fué su aurora, su luminoso precursor en todos los

(1) V. Pascuale Villari — *Niccoló Machiavelli e i suoi tempi*, etc.; Milano, Hoepli 3.ª edic., tomo II, (1913), pág. 11.

múltiples dones del cuerpo y del espíritu. «De una gran fuerza y belleza, él hacía maravillas en todos los ejercicios del cuerpo, como en todas las obras de la inteligencia. Era valiente en la música, en el canto, en las artes del dibujo, en las letras y en las ciencias, tanto las morales, como las matemáticas o naturales, en las cuales se le atribuyen muchos descubrimientos» (1).

El atletismo, delirio y epidemia mundial de nuestras jóvenes generaciones actuales, con alarmantes características de excesiva y exclusiva materialización del *sport*, para los hombres del Renacimiento fué una gimnasia de agilidad y salud somática, dirigida sobre todo a establecer la euritmia y el equilibrio entre la materia y el espíritu, dando a éste una prodigiosa y vasta dinámica creativa.

De ahí la miese esplendorosa de aquellos hombres multánimes, cuya madurez perfecta y más completa, en todos los campos del sentimiento y de la mentalidad ilustrada, fué alcanzada por Leonardo Da Vinci, genio de los genios.

Entre las grandes voces de la crítica artística y científica de nuestros días, una de las más frescas, resonantes y autorizadas, llega todavía de aquella Francia inmortal, que tantos motivos de simpatía y de amor tiene para con el artista divino. Me refiero a Camille Mauclair, quien, en su estudio sobre la vida y las obras de Leonardo, ha grabado, con estilo de oro, el sello del consentimiento universal e incondicional de la humanidad a la apoteosis del genio soberano y prodigioso del Sabio Artista.



(1) V. Villari, obra citada, tomo I (1912), pág. 184.

En elogio de la inteligencia utilitaria

POR

FERNANDO LLES

«HAZ PEQUEÑO TU CORAZÓN» — Proverbio chino.

La inteligencia bondadosa, la más alta inteligencia, es pródiga, individualmente negativa, generosa, apostólica, reconfortante, porque pone en este duelo sin tregua de la existencia humana, un poco de esperanza y de ensueño, sobre los horizontes desolados.

La inteligencia generosa significa la vida, la ennoblecce, le presta un alto sentido de serena belleza moral, pero el positivismo matemático de las multitudes, groseramente utilitarias, reconociendo y elogiando esa superior actitud de los altos espíritus, exige demasiado en aras de un *deber* que nace de una artificiosa disposición de la conciencia y cuyo premio final nunca reporta otro provecho que el de la abstinencia y el del sacrificio.

Toda aptitud mental es una herramienta que la Naturaleza ha colocado en las manos del hombre. Saber servirse de ella es el secreto del éxito en la vida, y los que instintivamente siguen a ciegas esa enseñanza, los que carecen, por origen, de esa tara atávica que aconseja un vencimiento interno de toda disposición egoísta, los que viven el minuto, la hora y el día, del positivismo instintivo y mecánico, del estado externo de cosas que responden a la actitud interna de los más simples imperativos de lucha, las mayorías, las muchedumbres, en fin, ni aplican

a otro propósito que al de su personal provecho esa aptitud, ni aceptan ni entienden otro credo altruista ni dignificador que el de su interés inmediato, ante cualquier género religioso, político o sociológico de doctrinas que la inteligencia desinteresada de los mejores quiera imponerles.

El fracaso multiseccular de todas las teorías colectivamente altruistas, nace, ciertamente, de una inmediata observación empírica de los hechos. Al hombre no se le puede enseñar nada que esté en desacuerdo con sus evidencias personales. Tentativas de equidad común que fracasaron, fueron el Cristianismo y la Revolución Francesa, por lo menos en su aspecto trascendente de justicia universal o católica. Tentativa llamada a fracasar es el comunismo de ahora, y todo credo gregario que se anuncie en el porvenir. La inteligencia utilitaria inferior que va derecha al hedonismo, amputa y destruye cuánto en determinada dirección no sirve al interés de los sujetos o al interés de una clase que los abarca y comprende, en un mismo plano de oposición biológica a otros planos o factores de lucha. El concepto de esta oposición sistemática y eterna, es de un relativismo pasmoso. No va más allá del objetivo que señala el fin de la magnitud ponderada de una línea sobre esos planos, porque lo que mejor caracteriza el sentido práctico y uniforme de esa actitud mental, en el espíritu del hombre, es eso: una propensión indeclinable a no ver las cosas sino sobre una dimensión, y en una dirección determinada y prefiada por el interés del individuo o por el de la clase a que pertenece.

La inteligencia dignificante, la inteligencia altruista, no da en ver así los problemas sociológicos y políticos de ese deplorable relativismo moral de la conducta humana. Mira a su alrededor, circulante; compara factores; analiza circunstancias; pondera las posibilidades ideales de un éxito colectivo en tal o cual sentido; olvida que

ha nacido con un deber biológico de luchar para su provecho con las armas que la Naturaleza ha puesto a su alcance, y cae por último, una y otra vez, rota y maltrecha, en la impotencia siempre, en el ridículo alguna vez y en la admiración generosa de los mediocres, comúnmente!

Cuando nos ocurre observar que la estructura ideológica de todo credo no existe sino por oposición a sus contrarias, comprendemos que el orden es algo que carece de realidad y de sentido, en la esfera de los hechos, por lo menos. El orden es una aspiración de la inteligencia altruista que persigue una remota posibilidad de armonía, en el máximo círculo sociológico. Con Jesús proclama el amor universal y es católico y constructivo por excelencia, y el más alto exponente de una posibilidad de orden en el mundo. Con los revolucionarios del 93, proclama los Derechos del Hombre, y transforma también en católico un principio político, impracticable y abstracto. Con Carlos Marx, universaliza la gerarquía y el predominio de una casta de productores primarios, pero estos dos últimos credos no excluyen los factores de lucha opuestos por la naturaleza humana, en el egoísmo ingénito de los hombres y de las clases contrarias que los distinguen, bajo tal o cual régimen sociológico o político. El Estado es hoy la forma política donde la inteligencia utilitaria desplaza sus actividades provechosas, en la persecución de un orden que el Estado no puede representar, porque éste preside lo desordenado, la lucha de individuos y de clases, las iniciativas de los diversos intereses antagónicos. La inteligencia utilitaria, construye en el vacío, se afianza en lo abstracto, vive en la utopía, pero aprovecha, individual y clasificadamente, lo que no existe, *como si* existiera. Tiene el sentido de la filosofía del *Como si* de Vaihinger. En efecto: el hombre es determinado y carece de libre albedrío, pero debe proceder *como si* lo poseyera, por que *es necesario* que el hombre sea responsable.

Este rechaza instintivamente todo sometimiento que limite su actividad acumulativa, su afán de gozar y de poseer, así en su patria como en cualquier lugar de la tierra, pero la inteligencia interesada, supone que admitimos el orden en nuestro Estado, y que es posible imponerlo y vivirlo, aun en medio de este duelo universal de cosas que se disputan el producto común y único de los esfuerzos humanos.

Procedemos, ciertamente, *como si* todo lo impracticable fuera posible, y en este error cae, con ingenuidad tal vez — nada nos autoriza para opinar de otro modo — el tipo rezagado del pensador romántico de nuestros días: Unamuno, por ejemplo, cuya agresividad republicana de ahora, exhuma de los viejos sepulcros en ruina, el carácter legendario y anacrónico del apóstol o del héroe.

La inteligencia utilitaria, es más sutil, más circular, más previsora, más honda, más fina. Enseña que debemos ser ordenados, patriotas y altruistas, *como si* pudiéramos serlo en efecto, pero no cree ni en la eficacia de su prédica, ni en la posibilidad de un cambio contrario a la naturaleza del hombre. De su enseñanza obtiene el personal provecho de todo aquel que emplea en empresa fecunda, sus aptitudes más pronunciadas, el arma de lucha que la Naturaleza puso en sus manos. Son escépticos que han perdido la fé en todo, menos en su propio, personal destino de sujetos. No desbravan el monte, ni aplanan la montaña, ni les provoca vértigos el abismo abierto a sus pies. Rodean el ventisquero, salvan el peligro de los aludes, y saludan, sobre la cima hollada, el triunfo del *yo* redimido de todo pueril ensueño de justicias parciales o colectivas.

Para triunfar, no es necesario creer, sino proceder *como si* creyéramos. Esto evita los fracasos que todo exceso de pasión autoriza, y convierte en función matemática la actividad de la conciencia. Tal debe ser la actitud del pensamiento que redime, y ella deriva de una lenta emanci-

pación anterior de todos los errores románticos. La profesión de fé de este nuevo cinismo, no puede hacerse; no puede ser ni táctica ni expresa. Cuantos cultivan con éxito sus procedimientos, individualmente redentores, se cuidan de sepultar en lo más hondo de su espíritu la fuente pródiga de su relativismo desolado. Luego reputarán sublime y digno de sacrificio tal o cual sistema: el monárquico, el republicano, el autocrático, el democrático, el liberal, el conservador, el burgués o el comunista, que para eso ha sido, es y será Retórica, un excelente y finisecular descubrimiento de las escuelas clásicas.

La inteligencia utilitaria que en la mayoría de los hombres se anuncia en la edad madura, como el resultado empírico de una profunda y tenaz concentración reflexiva de lo que fué en días pretéritos inteligencia candorosa, es la más alta y respetable conquista del individuo, frente a la naturaleza hostil de todo lo que le rodea. Enaltecerla, equivale a difundirla, para uso de la única aristocracia cierta que distingue a los hombres: la aristocracia del talento.

Del más amplio y universal ejercicio de esta facultad entre los hombres inteligentes, puede y debe surgir un día el orden sociológico, en cierta medida, porque es indudable que en toda excesiva inteligencia utilitaria en vigor, vive un altruísta fracasado de la inteligencia candorosa que quiso edificar para otros, allí donde le negaron a él hasta el más humilde refugio de justicia y de esperanza.

De la inteligencia manumitida de todo error trascendente en lo moral y sociológico, hay derecho a esperar que sobrevenga algo renovador y humano, si cambian alguna vez las circunstancias actuales, creadas de propósito para el predominio de la violencia, en copia fidelísima de las más oscuras fuerzas naturales, apenas disimuladas en nuestro sistema por tal o cual pueril nominalismo político o religioso, en los que los ignorantes sólo

creen, con el deliberado objeto de pedir a los demás, esta o aquella limitación de sus agresividades animales.

La inteligencia utilitaria tiene más de un aspecto, como tiene más de un grado. Alcanza su nivel común en el positivismo irritante del sujeto que marcha ciegamente, en una sola dirección y sobre un plano opuesto a otro plano de su misma índole, atropellando a su paso, con una tenacidad de bisonte en manada, cuanto obstáculo encuentre en el camino de la recta inexorable que es su vida, pero en otras categorías, en otros aspectos de esa misma actitud, es con frecuencia tolerante y equitativa más de una vez, cuando ningún peligro amenaza la integridad de su egoísmo. Sabe, entonces, mejor aún que el mediocre y que el gregario, que todo credo humano carece de valor moral intrínseco y de piedad extrínseca, y del exceso de su energía, dedicada al propio provecho, halla, en más de una ocasión, motivo de generosidad para con sus semejantes.

Es esta categoría de inteligencia utilitaria la que conviene elevar sobre el nivel de los mediocres, apartándola del error en que podrían mantenerla sus infantiles cándores. De ella, clase intelectualizada que sació en el error de los sistemas escolásticos y sociales, su sed juvenil de justicia, podemos esperar que sobrevenga el milagro de renovación apetecido, apto para encauzar, por más humanos y pródigos derroteros, las posibilidades constructivas, en punto a equidad, de la conciencia humana,

Substraerlos tempranamente, de la ficción que desorienta y anula la juventud generosa, y que suele convertir al maduro autodidacta en un incurable escéptico, cuyas energías agotó inútilmente el esfuerzo sistemático y continuo que es preciso realizar, cuando se llega algún día a emancipar por grados el pensamiento, es tarea ciertamente dignificante y hermosa, porque es a los mejores entre todos a quienes se debe instruir con la verdad que eman-

cipa y promete, aunque sangre en fuerza de acusar humanos egoísmos y humanas miserias.

No hay derecho a mutilar en germen la conciencia de esas vidas que, horrorizadas o inútiles más tarde, cederán sin resistencia el campo de la lucha biológica y política, a los más audaces, a los menos escrupulosos, a toda esa multitud agresiva e irresponsable de ineptos que, para lamentable escarnio de todas las altas jerarquías de la mente, son los que rigen ahora, por lo común, los destinos de los pueblos.

Tal debe o debía ser el proceso instructivo, educacional, del profesorado sociológico en los centros docentes, y no mera exposición de utópicas posibilidades de justicia y de progreso, como son ahora, generalmente, esas cátedras que no responden a las necesidades actuales de la educación individual, sino al plan arcaico e improcedente de poner la vida de los hombres al servicio de una cultura estática, anquilosada, inútil cuando menos, porque en la mayoría de sus aspectos es prácticamente funesta, negativa y mendaz.

Dinamizar la educación, ponerla al servicio de la vida de los mejores, de los más aptos, restarle ese carácter gregario, impositivo y erróneo, de una pedagogía clásica que vivió su hora de romanticismo científico y sociológico, sin tiempo apenas para constatar una sola teoría de lo que fué su método trascendente y pueril, en definitivo fracaso hoy, frente a la revisión de todos esos conceptos fantásticos, dinamizar esa enseñanza, vitalizarla, darle el aspecto que exige la humana verdad conocida, en su absoluto relativismo biológico, espiritual y orgánico, es una necesidad contemporánea, inaplazable de veras, y muy especialmente en los pueblos de nuestro origen, que, a virtud de esos seculares errores del sentimiento, aceptados con la vehemencia soñadora de nuestro carácter, donde por inhibición del juicio integran el fondo subconsciente de las subfunciones mentales, marchan como vencidos en la

retaguardia de las naciones empíricas, prácticamente conquistadoras del mayor número de ventajas que la Tierra ofrece a los hombres.

Es preciso hacer posible que este concepto de la inteligencia utilitaria, marche en progresión geométrica, hasta que llegue a formar el núcleo más considerable de los pueblos, porque, indudablemente, su eficacia es única ahora en el sistema político de los conglomerados humanos, constituidos en nación. Si favoreciendo su desarrollo exacerbamos la crueldad y la agresividad de la lucha interna, entre los ciudadanos o súbditos que constituyen un solo Estado, el equilibrio de la capacidad en el ataque y en la defensa de esos ciudadanos o de esos súbditos, los lanzará bien pronto a exteriores aventuras, en son de conquista territorial, industrial o comercial, por líneas de una resistencia menor.

Este es, en gran parte, el secreto del éxito en más de una raza preponderante, originariamente calculadora y positivista que cierra hoy las puertas de su enseñanza empírica a las multitudes emigrantes, como evitando, previsoramente, el lejano peligro de la competencia externa, en la copia del método, y el inmediato de un mal idéntico en su mismo territorio.

Nosotros soñamos demasiado. No hay razón para soñar tanto. Despertemos de ese sueño perturbador y morboso, al toque de atención que lanza sobre el mundo de la abundancia y del dominio, el dionisismo redentor de la inteligencia utilitaria.

Matanza, Cuba, septiembre de 1925.



V. R. HAYA DE LA TORRE

CeDInCl

Mis recuerdos de González Prada

POR

V. R. HAYA DE LA TORRE

CONOCÍ a González Prada diez días después de mi primer arribo a Lima en 1917, cuando según el burlesco decir de los señoritos capitolinos llevaba todavía «la lana de provincia». Yo era entonces un jovencito a la criolla, enfermo hasta los huesos de esa frivolidad epidémica, — peste de gente «decente» — que manifiesta sus primeros síntomas a la salida del Colegio y se agudiza hasta el colapso a la entrada de la Universidad. Había crecido oyendo decir que González Prada era el demonio y viendo santiguarse a las viejas cada vez que alguien recordaba su nombre. Sin embargo, un sentimiento de curiosidad y de respeto me atraía hacia la figura del viejo luchador. Recuerdo haber oído conversaciones calurosas de algunos artesanos de mi provincia sobre González Prada. Cerca de mi casa había en Trujillo una biblioteca obrera que izaba todos los años, el 1º de mayo, una bandera roja. Ahí me escapaba por las noches y escuchaba la charla de los obreros. Recuerdo fijamente la lucha interior que aquellas conversaciones fuertes y libres me producían a mí, alumno de un seminario. Quizá sí naciera entonces el primer indicio de mi línea de vida definitiva. No lo sé. Lo cierto es que había en mí, cuando llegué a Lima, cierta atracción para tratar personalmente a González Prada. Pero debo confesar que entonces, — período lamentable de nebulosa —, también me atraían otros personajes. Los

diarios de provincias y las revistas de Lima facturan muchas celebridades nacionales; las hacen a todas. Para la mente inquieta de un adolescente provinciano con miras a la Universidad, la adjetivación pertinaz e inagotable de «nuestros grandes diarios» y la campaña de propaganda teatral de las revistas ilustradas, crea de cada hueco señor de la política o de las «intelectualidades» un semi dios omnisciente y fulmínico. Por eso yo llegué a Lima pensando en el inmenso honor de verme en las aulas cerca de ciertos personajes de quienes tantas cosas decían los periódicos. «El maestro» Fulano, «el sabio» doctor Sultano, «el genia.» señor Perencejo, me producían cierta fascinación. Y la primera impresión, — oh, la primera impresión de nuestros hombres! — fué verdaderamente admirable. Solemnes, elegantes, medidos, gentiles, hablando con la voz ahuecada y los gestos de teatro, me parecieron genios, genios absolutos, genios indiscutibles, genios universales. Decididamente: Lima era el centro del mundo.

Pero a pesar de esta atracción, muy de acuerdo con mi edad y con mi frivolidad, busqué a González Prada. Nunca había leído de él nada en nuestros grandes diarios. Nunca había visto su retrato en las carreras; nunca había oído algo de él, sino en labios de obreros. El silencio premeditado que se hizo en torno de González Prada llegó a rodearle de cierto misterio atractivo. Quizá por eso fuí a verle. Alguna vez cuando he llegado a países que nos son raros,—Noruega, Lituania, Livonia, por ejemplo. — he tenido una emoción semejante, si cabe comparar así. Recuerdo que un amigo y pariente me había dado una carta de presentación y un libro suyo para entregar al maestro. Fuí a la Biblioteca Nacional el 26 de abril de 1917; González Prada estaba en el centro de uno de los grandes salones interiores y me tendió ambas manos sin una sonrisa, después de leer la carta y de recibir el libro. Me invitó a sentarme y no acepté. Tenía yo un sombrero de paja que giraba rápidamente entre mis manos. González Prada me preguntó:

—¿Es Vd. un joven escritor?

—No señor. Yo soy un estudiante que vengo a la Universidad, le respondí.

González Prada hizo un gesto apenas perceptible y añadió:

—Ah, la Universidad!

Yo le miré con curiosidad y, sin duda, le dije con los ojos:

—Bueno, y la Universidad, qué?...

González Prada, añadió:

—La Universidad será para Vd. un crisol: será Vd. consumido por ella o se salvará Vd.

Yo cobré cierta animación y le repuse:

—¿Es tan mala la Universidad?

González Prada hojeó un poco el libro que yo le había traído y luego, con él entre sus manos blancas y finas, me dijo, mirándome con sus ojos claros:

—Tan mala, tan mala que ya no tenemos juventud.

La serenidad, la sencillez de aquel viejo erguido y fuerte, me dió mucho valor. Recuerdo que pude decirle ya, como a un camarada:

—Pero en provincias tenemos una juventud.

González Prada me dijo inmediatamente:

—Es verdad.

Luego me mencionó nombres de jóvenes de Arequipa y me habló de Urquieta, de Percy Gibson y recordó a Orrego entre los nuevos de Trujillo.

Terminé mi visita. Yo recuerdo que le dije ya en la puerta del corredor donde él me despidió:

—Déjeme Vd. venir a verle, señor González Prada. Soy muy muchacho pero quiero ser su amigo.

—Venga Vd. Venga Vd., s'empre. Y mi casa esta en la Puerta Falsa del Teatro; vaya Vd. allá, me dijo.

Le estreché calurosamente la mano y salí nerviosamente. Aquella tarde, comencé a pensar en que los trajes bien cortados de «nuestros grandes hombres» y sus guantes caros, sus gestos de gomina, eran un poco sospechosos.

Comparé a González Prada con aquellas *celebridades* que trompetean los diarios limeños y, sin llegar a ninguna conclusión, recordé que una noche en Trujillo cuando tuve una época de ímpetus literarios, había oído leer a Antenor Orrego en un cenáculo de aficionados la carta de Fradique Mendez sobre la inmensa gloria lusitana de Pacheco...

Hice una segunda, una tercera y una cuarta visita a González Prada. Siempre le hallaba en la Biblioteca y ya charlaba sin miedo con él. Una vez le llevé a un amigo y como se trataba de una persona más importante que yo nos invitó a pasar al salón de la dirección y ahí se sentó González Prada en una silla cediendo la que a él le correspondía, y que jamás ocupó, a mi amigo. En todas estas visitas González Prada hablaba de temas generales, de la Biblioteca, de la prensa provinciana y de asuntos sin importancia. Yo no era un compañero para charlar con él, sin duda alguna y me soportaba más por bondad que por otra cosa.

Sin embargo, un día de mayo de 1918, no sé por qué, le dije:

—Detesto a Piérola.

Y don Manuel no hizo sino preguntarme lo lógico, dentro de la lógica nacional:

—¿Es Vd. civilista?

—Señor yo los detesto también porque me parecen malos todos.

Don Manuel abrió los ojos y con una leve sonrisa me interrogó:

—¿Y con quién se quedaría Vd.? Muerto Piérola no han quedado sino los civilistas.

Yo no atiné a responder. Don Manuel siguió sonriendo y yo le dije por salir del paso:

—No sé, señor, pero los detesto a todos.

González Prada, — ¡qué bien lo recuerdo ahora! — juntó sus manos, afirmándolas sobre la mesa y me dijo:

—Tiene Vd. razón, son malos, muy malos, tan malos que han hundido y seguirán hundiendo al país. El pueblo del Perú es un pueblo desgraciado.

Aquella tarde, como en las cuatro visitas que le hice en un año, me despidió finamente en el corredor.

Yo sabía cada vez más atraído por González Prada. Pero no le comprendía aún. Era muy fuerte el ambiente de la Universidad y de la frivolidad limeña. Hasta 1918, yo saludaba reverencialmente a los prohombres nacionales, tenía un respeto infinito por los «sabios maestros» de la Universidad; estaba saturado por la adjetivación del diarismo nacional y creía, naturalmente, que entre nuestros viejos políticos había hombres cultos y honrados.

Apenas salía de la nebulosa...

Yo nunca había visto a González Prada con sombrero. Solo una vez le había encontrado fuera de la Biblioteca en un banco de la Plaza de Lima, sentado con su esposa, con el sombrero en la mano. No podía pensar en él sin recordar su frente luminosa y sus cabellos blancos y sedosos. Pero unos cuantos días antes de su muerte, muy pocos sin duda, le encontré en la calle de Plateros de San Agustín, ante la casa donde yo tenía mi habitación. No le reconocí, pero él se acercó hacia mí y me saludó mencionando mi nombre. Me descubrí turbado y él hizo lo mismo con aquella bondad tan natural, tan insospechable entre esa gente limeña que estamos acostumbrados a ver y a tratar. Aquel último diálogo fué breve:

—Perdóneme, señor don Manuel, le dije, no lo he reconocido.

—Estoy muy viejo? me preguntó sonriente.

—No, señor, está Vd. con sombrero y yo jamás le vi así. le repuse.

—Exacto, me dijo.

Le interrogué por su salud y me dijo hallarse perfectamente. Luego me añadió:

Me voy porque no sé qué le ha pasado a mi mujer. No ha venido a buscarme a la Biblioteca.

Le estreché las manos. Se marchó lentamente. Le ví irse y me subí a saltos las escaleras de la casa. Siempre que hablaba con González Prada me dejaba una impresión tal de frescura, de fuerza, que tenía grandes ganas de correr, como después de un baño...

No le ví más. Sí, le ví muerto, tendido en su caja, con su rostro de marmol.

Y en el mes que siguió a su muerte, yo sentí hambre por primera vez y comencé a comprender el dolor de los otros.

¡Cuántas veces en mis amargos días de soledad y de privación surgía el recuerdo de aquel viejo amigo, el único que yo tuve, sin que él supiera quizá, en la época en que alumbró en mí la fe de una nueva vida!... ¡Cuántas veces!

Londres, 1925.

L. D. — El 22 de julio último se cumplieron ocho años de la muerte de Manuel González Prada, «el gran acusador», González Prada es el precursor del movimiento actual de la juventud peruana y uno de los grandes hombres de América. Combatido, atacado, calumniado y rodeado, por último, de silencio, la figura del más eminente hombre del Perú ha sido casi desconocida en el continente. La nueva generación de ese país, que hoy sufre la persecución enconada de la tiranía "civilista" de Leguía, ha impuesto el nombre de González Prada. En 1922 Haya de la Torre pidió a los estudiantes y obreros que forman las Universidades Populares peruanas darles el nombre del apóstol. Desde entonces González Prada es la bandera de rebelión del frente único de trabajadores manuales e intelectuales que lucha por la renovación del viejo pueblo de los Incas, sometido desde hace cien años a una sucesión de opresores.



La vejez del ensueño... (A la manera de Azorin)

POR

FELIX ESTEBAN CICHERO

DON Calixto ha entrado a mi estudio. Ha entrado con un libro en la mano y están sin cortar sus pliegos. Don Calixto me ha dicho después de saludarme:

—Este es el último libro de un gran escritor. Es un libro maravilloso...

Don Calixto, dicho eso, ha tomado asiento en un cómodo sofá y echado el libro sobre mi mesa. Le he tomado y al comprobar que aun no ha sido leído el ejemplar, he preguntado a don Calixto:

—¿Ha leído usted este libro?

--Ese, — me ha dicho, friamente, como si no faltara a la verdad, — ese, precisamente, no; ese le traigo para usted. He leído otro ejemplar de la edición, que ahora está en mis muebles...

Y don Calixto me ha referido, después, una historia sencilla. La historia de la evolución de un hombre que persiguió un puesto en la Academia.

«Como todos los jóvenes de aquel Madrid, el muchacho combatió a los viejos escritores. Pero les combatió con amabilidad, como quien realiza una obligación sin mayor entusiasmo y sin convencimiento. En los periódicos de Madrid se le consideró muy pronto como una de las plumas más brillantes y quienes, no conociéndole,

leían sus cuestiones críticas, suponían al muchacho hombre maduro... No le costó tanto como a otros hacerse célebre. Poseía, además de un talento claro, una manera sencilla y amable de referir las escenas, los paisajes y los recuerdos literarios. La bohemia sugirió a su fino espíritu páginas encantadoras.

«Fué creciendo su prestigio. Algunas veces le pidieron que pronunciara conferencias sobre literatura, arte y otros asuntos; y con estilo agudo dejó entrever su adversidad a la política dominante de su época; es decir, a la política conservadora. Entonces las agrupaciones extremas pusieron tiernas miradas en el literato y un día, ante el asombro de muchos y la alegría de la juventud de Ibero América, presentó su candidatura a diputado por el partido Socialista. Esto le creó dificultades en ciertos centros, pero el Ateneo mantuvo sus puertas abiertas a las ideas modernas, esto es, a las viejas ideas sacadas a moda en franca discordia con la monarquía. Desde aquella tribuna, lo que pudo perder en las contiendas políticas lo ganó en el terreno intelectual. Así se le perdonan errores por el beneficio de los aciertos... De él se hablaba en diarios y revistas, de Madrid especialmente, de las principales ciudades españolas y francesas y de América. Nuestro jóven maduraba.

«Ya se le decía maestro.

«Había ocurrido que una vez don Miguel de Unamuno protestó contra la libertad de pensamiento porque no quería a Ferrer y el pensamiento libre estaba con Ferrer, y aquel momento infortunado del ilustre rector de la Universidad de Salamanca dió a nuestro escritor convertido a la política, oportunidad para hacer brillantes defensas al derecho de tener ideas y arrinconarlas donde quiera que fuere necesario alivianar la carga...

«Su prestigio aumentaba. Latidos de su corazón fueron transmitidos al pueblo...

«Por cierto, don Miguel de Unamuno no tuvo interés en

guardar recuerdos de sus ataques a Ferrer y hasta seguramente los habría olvidado sinceramente, sobre todo cuanto que empezaba a exteriorizar serio desafecto por D. Alfonso XIII, su rey. ¿Sabe usted, —interrogó don Calixto interrumpiendo su apresurada narración,— sabe usted lo que quiere decir aborrecer a un rey en una monarquía? Bueno; pues don Miguel de Unamuno empezaba a aborrecer en público a su rey y desde aquel momento las democracias de todo el mundo fijaron la atención en el viejo filósofo de Salamanca... Y por entonces también aquel escritor que dijo como nadie el encanto de las aldeas silenciosas y sencillas de Castilla y que llegó, como nadie, al fondo profundo de los libros más antiguos haciendo revivir pensamientos, imágenes, emociones apagadas por el polvo de los siglos, pensó que era llegado el momento de efectuar la conocida visita de cortesía a los miembros de la Academia, puesto que si la literatura y el pensamiento liberal encarnaban su genio en don Miguel de Unamuno, él sobraba en la sociedad común de su pueblo. Y sentía envejecer, con su materia, el ensueño que la animara... Por donde debían cambiar el escalpelo, entregando al sabio de Salamanca el que tomó para defender a Ferrer y recogiendo el que un día vió sobre la cabeza de acusador de don Miguel de Unamuno. Y así ocurrió. Aquel pasó al sillón de la Academia y Unamuno al banquillo de los acusados. Y todo, por poca cosa. Un cambio, sencillo y además vulgar, de procedimientos. Es decir, pasar de la agitación al reposo, de la vida a la muerte..., lo cual no modificó, que se sepa en América ni se diga en Madrid, el concepto público por quien hacía poner candado a los labios de un sabio, sacándole de España, su patria, y gritándole a la espalda mientras Francia la generosa abría las puertas al proscrito:

«— ¡No tienes derecho a proferir una sólo palabra de repudio contra el marqués de Estella ni su gran rey, tú que aplaudiste el fusilamiento de Ferrer! »

Don Calixto suspiró. Había dicho muchas palabras, sin advertirlo. Extrajo un cigarrillo, que encendió. Fumó con placer y agregó:

«—No parece de mucho interés esto que no tiene una complicación novelesca, pero hay en ello una lección. La misma lección que veremos al fondo de este libro: «Joven, ataca a los viejos!» Porque no se ataca a los viejos cuando llegan a la edad grave de las canas con la entereza de Romain Rolland... Don Miguel de Unamuno, anciano, sigue adelante con la carga de la gloria; el otro, proveyecto también, no quiso sufrir, pues el ejemplo del sabio le aterrorizaba, y se hizo monárquico. Terminó en académico, lo cual suele ser una aspiración de sabios cuando el ensueño envejece y se cansa... Como usted ve, —agregó don Calixto, taciturno ahora,— no falta la moraleja a las malas causas. Y hasta parece que las malas causas se han hecho para producir moralejas...

Don Calixto echó hacia arriba su cara, recostado muellemente sobre el sillón y arrojando una bocanada de humo a lo alto sonrió con gesto amargo, miróme y dijo para no hablar de nuevo:

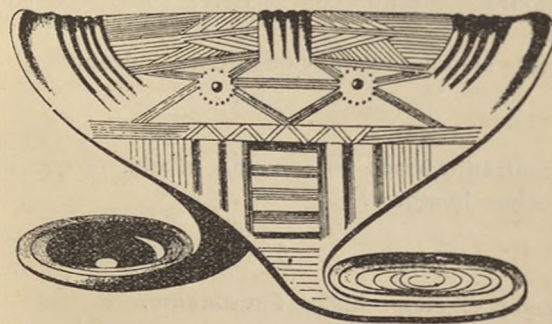


«—Me debe un comentario de ese libro.

Azorín ha reunido en un volumen que termina de editar Caro Raggio, en Madrid, el discurso de recepción con que fué recibido en aquella casa don Joaquín Alvarez Quintero, y casi veinte notas sobre asuntos sencillos sugeridos al autor por la publicación de otros tantos libros. Se cierra el tomo con un epílogo muy bello, escrito con palabras más sencillas y la bondad candorosa que Azorín sabe dejar extender a través de sus artículos. ¿Qué podemos decir, después del relato anterior inspirado en el recuerdo de la vida literaria de escritores españoles y que parecen estar, también, resumidos en la blanda que-

ja que de Azorín observamos en su epílogo? ¿Qué podemos decir de un libro escrito con rico lenguaje, en prosa serena, de transparencia sugestiva, pero donde las ideas no han querido turbar el reposo del estilo?... Que Azorín ha llevado a la silla que ocupa en la Academia el riquísimo traje de su fiesta literaria, aligerado convenientemente de la carga de los pensamientos que hacen incómodas las tertulias de los grandes señores.

CeDInCI



Del Libro «LARVAS»

A CARLOS AMÉRICO AMAYA

POR

ALBERTO GUILLÉN

I

PARA rezar a Dios no necesito arrodillarme.
Me miro en el remanso, luego callo.

2

No hai guijarros, solo hai surcos en mi alma.
Lo digo porque todas las semillas se convierten en
cantares.

3

Así podré acostarme con la tierra como con una ena-
morada.
Es decir si me enterrais de bruces i desnudo.

4

Mis contradicciones no son una prueba de que llevo en
mí a muchos hombres?

5

Soy como el cielo: hueco i resonante.

6

Sin embargo doi la mano a los granujas, la mano que
ha amasado tantos dioses.

7

Pueden sembrar. Lo saben.
Pero antes riegan el surco con la sangre de Abel.

8

El vagón tambien cree que es su voluntad la que le
lleva por los rieles.

9

La pena del triángulo es mi poder salir de sí mismo.
Es en eso como el corazón.

10

La vertical!
He aquí la posición que le disgusta siempre al prójimo.

11

Ayer creí tener el Universo entre los dedos,
I ahora voi royendome los puños en silencio.

12

Nunca viéramos envidia en los ojos de los astros.

13

A nadie se le ha ocurrido guardarse el sol en el bol-
sillo.

14

En vano extiendes la escudilla.
La vida no se fija en los mendigos.

15

En vano pones tu bordon sobre la senda que lleva a
todas partes i no lleva a ninguna: vé hacia tu corazón,
lírico vagabundo.

16

El alma crece en el silencio, como la hierba en las no-
ches de luna.

Ya sé yo qué asnos se han de comer la mía como gra-
ma nueva.

17

Hai que ser pacientes.
El laurel no crece como las alcachofas i la dicha cues-
ta muchas humillaciones.

18

Mentira!
Pasamos por la vida una i mil veces.

19

Los guijarros indudablemente pesaran siempre más que
las ideas.

20

Los apuros vendrán cuando los santos quieran recupe-
rar su cuerpo.

Cuántos muslos de virgen se hallaran en el vientre de
las rosas.

21

I para reirse de ella le dijeron que el Espiritu Santo
la habia embarazado.

22

Un asno se ha ido al cielo.
Es aquel que estuvo en el alumbramiento de Maria.

23

Suspiran i se aburren.
Me refiero a las que se fueron virgenes al cielo!

24

Recuerdo.
Dios mugía en otro tiempo.
Se llamaba Apis.

25

Dame otra careta.
La de la modestia me pondría en ridículo.

26

La moral no ha podido construir la jaula para los co-
razones.

27

Mi Padre es inmortal.
Pero en Mí.

28

Si Cristo tiene un hijo, fracasa su doctrina.
Se daba a los humildes porque no halló nunca una mujer.

29

El primer novio de esa niña fué un angel rubio i sonrosado que bajaba de un cuadro por las noches.

30

Prefirió la cruz de madera a la de carne.
La de carne se llamaba Maria Magdalena.

31

Soy otro Diógenes, es cierto.
Pero en vez de Linterna llevo un espejo de bolsillo.

32

Mi alma es rumorosa i turbulenta.
Serán los pensamientos que discuten i caminan?

33

Yo he oído a Jesus gritar gozosamente en el alborozo de la alondra.

34

Dice Kempis.
No estarás muchos tiempo sin herida.
Es cierto.
Sin herida de arado.

35

Un angel con espada es un Matarife alado i celestial.

36

Ya he encontrado un amigo.



EL PENASCO

Exposición «Amigos del Arte»

Emilio Pettoruti

Ai ¡Pero está preso i solitario en las aguas frías de mi espejo.

37

Madrigal invertido.
Tambien conmigo alardearon de amazonas.
Pero hicieron de jacas.

Lima, Agosto 1925.



Emilio Pettoruti

UN RIO

Exposición «Amigos del Arte»

CeDInCI



BIBLIOGRAFIA

PANAÏ ISTRATI

Durante la temporada de invierno de 1923-24, en la Costa Azul, Panait Istrati ejercía en Niza el oficio de fotógrafo ambulante. Los pintores burgueses y las adobadas "poules" que lo miraron entonces, desde el mórbido interior de sus limousines, en la Promenade des Anglais, no sospechaban que en este rumano — en apariencia un atorronte — maduraba a la sazón un escritor famoso. No les hagamos ningún reproche por esto. Es difícil, sobre todo para un burgués o para una "poule" de Niza, presentir en un fotógrafo de un paseo público a un hombre en trance de seducir y poseer a la fama.

Meses después aparecía en la colección de "prosadores contemporáneos" de F. Rieder y Cía. Editores, el primer libro de Panait Istrati: "Kyra K'ralina". Y este primer volumen de "Les récits d'Adrien Zograffi", bastaba en poco tiempo para reve'ar, a París primero, a Europa después, un gran artista. Y no se trataba esta vez de un arte venéreo o, para estar más a la moda, homosexual. No se trataba de un arte incubado en el mundo penumbroso y ambiguo de Proust. Se trataba de un arte fuerte, nutrido de pasión, henchido de infinito, venido de Oriente, que hundía sus raíces y ávidas raíces en otros estratos humanos.

La figura del autor tenía, además, para unos un gran interés humano, para otros sólo un gran interés novelesco. Panait Istrati había estado a punto de morir sin publicar jamás una línea. Su vida, su destino, no le habían dado nunca tiempo para averiguar si en él se agitaba, inexpressado, latente, un literato. Panait Istrati se había contentado siempre con saber y sentir que en él se ag'aba, ansioso de liberación, sediento de verdad, un hombre. Un día, hundido por la miseria, atormentado por su inquietud, había intentado dego'llarse. Con el cuerpo del suicida agonizante la policía encontró una carta a Romain Rolland. Esta carta estaba destinada a descubrir, en el vagabundo rumano, un artista altísimo.

Desesperado esfuerzo del deseo y del afán de creación que latía en el fondo del alma tormentosa del suicida, una vez cumplido no podía perderse. Tenía que hacer surgir en este hombre una nueva y vehemente voluntad de vivir. Panait Istrati quiso suicidarse. Pero el suicidio despertó en él fuerzas hasta entonces sofocadas. El suicidio fué su renacimiento. «Yo he sido pescado con caña en el océano social por el pescador de hombres de Vil'eneuve» escribe Panait Istrati, con un poco de humorismo trágico, en el prefacio de «Kyra K'ralina».

Romain Rolland nos cuenta así la novela de Istrati:

«En los primeros días de enero de 1921 me fué transmitida una carta del Hospital de Niza. Había sido encontrada sobre el cuerpo de un desesperado que acababa de cortarse la garganta. Se tenía poca esperanza de que sobreviviese a su herida. Yo leí y fuí impresionado por el tumulto de genio. Un viento ardiente sobre la lanura. Era la confesión de un nuevo Gorki de los países bálticos. Se acertó a salvarlo. Yo quisé conocerlo. Una correspondencia se anudó. Nos hicimos amigos.

«Se llama Istrati. Nació en Bra'la, en 1884, de un contrabandista griego a quien no conoció nunca, y de una campesina rumana, una admirable mujer, que le consagró su vida. Malgrado su afecto por ella, la dejó a los doce años, empujado por un demonio de vagabundaje o más bien por la necesidad devorante de conocer y de amar. Veinte años de vida errante, de extraordinarias aventuras, de trabajos extenuantes, de andanzas y de penas, quemado por el sol, caído por la lluvia, sin albergue, acosado por los guardias de noche, hambriento, enfermo, poseído de pasiones, presa de la miseria. Hace todos los oficios: mozo de bar, pastelero, cerrajero, mecánico, jornalero, descargador, pintor de carteles, perodista, fotógrafo. Se mezcla, durante un tiempo, a los movimientos revolucionarios. Recorre el Egipto, la Siria, Jaffa, Beyruth, Damasco y el Líbano, el Oriente, Grecia, Italia, frecuentemente sin un centavo, escondiéndose una vez en un barco, donde se le descubre en el camino y de donde se le arroja a la costa en la primera escala. Vive despojado de todo, pero almacena un mundo de recuerdos y engaña muchas veces su hambre leyendo vorazmente, sobre todo a los maestros rusos y a los escritores de Occidente».

En esta vida de aventura y de dolor, Panait Istrati ha acumulado los materiales de su literatura. Su literatura que no tiene la fatiga ni la lassitud ni la elegancia de la literatura de moda. Su literatura que contrasta con la estilizada y exquisita neurastenia de la literatura de las urbes

de Occidente. Panait Istrati no puede ser catalogado dentro de las escuelas modernas. Su arte es verdaderamente supra-realista. Pero su supra-realismo es de una calidad y de un espíritu diferentes de los de la escuela que acapara en nuestra época la representación de esta tendencia.

El supra-realismo de Istrati, como el de Grosz, está impregnado de caridad humana.

Romain Rolland dice que Istrati es un cuentista de Oriente, un cuentista nato. Esta observación define penetrantemente uno de los lados del arte de Istrati. Los dos libros que Istrati ha publicado hasta ahora — "Kyra Kyralina" y "Oncl' Anghel" — pertenecen a una serie: "Les récits d'Adrien Zograaffi". Lo mismo que el tercero — "Les Haidoucs" — que la revista "Europe" de París nos ha hecho pregonar en un magnífico fragmento. En estos libros se eslabonan, maravillosamente, orientalmente, las narraciones. El autor narra. El personaje narra. Una narración contiene y engendra otra. A los personajes de Istrati no se les vé vivir su vida; se les oye contarla. Y así están más presentes. Así son más vivientes.

Pero esto no es sino el procedimiento. La obra de Istrati tiene méritos más esenciales y sustantivos. Los tres cuentos de "Kyra Kyralina" componen una admirable, una vigorosa, una potente novela. Yo no conozco, en la literatura novísima, una obra tan noble, tan humana, tan fuerte como la de Istrati. Este hombre nos acerca a veces al misterio. Pero es entonces cuando nos acerca también más a la realidad. No hay sombras, no hay fantasmas, no hay duendes, no hay silencios ni mutis teatrales en sus novelas. Hay un soplo de fatalidad y de tragedia que nace de la vida misma. El hombre, en esas novelas, cump'e su destino. Pero su destino no tiene una trayectoria inexorable ordenada por los dioses. El hombre es responsable en parte de su vida. El tío Anghel sabe que expía su pecado. Sin embargo, más culpable, más poderosa es siempre la injusticia humana. Stavro, otro agonista del mundo de Istrati, lucha por salvarse. No encuentra quien lo ayude. Todos los hombres, todas las costumbres, todas las leyes, parecen complotar sorda e implacablemente para perderlo.

Istrati se rebela contra la justicia de los hombres. Y se rebela también contra la justicia de Dios. Su prosa tiene, a veces, acentos bíblicos. Uno de sus críticos ha dicho que Istrati ha escrito de nuevo el libro de Job. El tío Anghel, en verdad, sufre estoicamente como el santo varón de la Biblia. Pero, al contrario de Job, el tío Anghel es un rebelde. Y se puede y se muere estoicamente sin que Dios le devuelva, en la tierra, ni su ventura, ni su mujer, ni sus hijos, ni su hacienda.

JOSÉ CARLOS MARIATEGUI

I CANTI DELL' ISOLA

Por ADA NEGRI. Milán, 1924.

No sólo interesan por sí mismos los libros de poesías. También, en cuanto, significativos de las metamorfosis de un alma preclara, cobran valor a los ojos hechos a la contemplación de esa voluta inefable. Pudiendo de luna y quejas de fontanas descubrimos en la estrofa reciente, pero también un nuevo mirar y un peregrino oír ante la palidez nocturna y el juego de las aguas. El espectáculo de la transformación de una sensibilidad a través de las diferentes obras en que se cristaliza constituye el más envidiable deleite ofrecido al gustador de poéticas ambrosías. Y aquí, en "I Canti dell' Isola" de Ada Negri, damos con un alma enteramente transformada.

La ardiente poetisa de "Fatalità", "Tempeste", "Maternità", "Dal Profondo", apenas pudo despertar una solicitud mediana en las inteligencias adocinadas en las severidades del silencio lírico. Tanto irrumpir en voces, tanto estallar en gestos y lágrimas, todo ese patetismo descompuerto que nos fastidia en Stechetti y que deploramos en Rapisardi, aparecía en esas obras, no destituidas de esencial valor humano, en verdad de suerte desagradable por lo extremosa. Enfada la poesía tribunicia, mas el enojo sube de punto cuando el énfasis presta realce superlativo a sentimientos que demandan el decir con mesura. La poetisa subjetiva y a veces doméstica de "Tempeste" comunicaba a su lirismo íntimo el mismo frenesí que alentara sus imprecaciones al capitalista voraz y a la sociedad cruel. Ada Negri, tan italianamente humana, rara vez alcanzó durante ese período en que fuera la poetisa de una generación en apogeo a modular su canto con la misma imp'acable pureza con que Amalia Guglieminetti, la cantora recién venida de las perversidades estériles y los refinamientos satánicos, repujara los dísticos de "L'Insonne", una colección poética que D'Annunzio no lograría mejorar. Hasta la misma Ada Agancor Pompilj, tan vulgar en ocasiones como delicadísima de ordinario, la excedió en magisterio artístico. Esa su inspiración de entonces desaforada y ruidosa no logró nunca apropiarse los atributos perdurables de la belleza esencial. Dicha musa se nos allegaba tentadoramente con el sortilegio de sus oscuros ojos luciferinos, pero la albuza del pie errante se mostraba jaspeada por el cieno de rojas carreteras.

Ahora no ocurre así. Después del trasiego de "Esilio" e "Il Libro di Mara", la voz de antaño revela calmos mecimientos, frescuras de serenidad recóndita, donde mejor se aterciopelan los ecos de la congoja y de la dicha expresados como a través de una pálida bruma sonora. En "I Canti dell' Isola", libro compuesto en medio del tumulto tonante a

ferralla de las ciudades fabriles, ni en la recoleta so'edad del aposento familiar sino entre el hechizo de sol y cie'lo y ondas de la is'a de Capri, Ada Negri no desmiente el ser coctánea de una época de literatura italiana donde impera indisputado, a través de los esplendores dannunzianos, el arte severo del maestro de "Odi Barbare". Adviértese en la obra una tensión del arco poético plenamente lograda. Abundan los versos musicales y poderosos que se dijieran dotados de la flexuosidad de la infinita serpiente oceánica que evocan y de la dureza brillante del zafiro. Recordaremos uno solo:

La luna stilla un suo pianto d'oro nel mar di viola.

En voz apenas susurrada se pueden decir inolvidables cosas. Ada Negri las dice muelle, cariciosamente. En la acompasada música del dístico su inspiración se expresa con ejemplar soltura. Si alguna vez ella se manifestó definitivamente artista sin duda lo fué entre las cadencias del metro grave y puro como una copa antigua que realza las páginas de "Il Canti dell' Isola".

Ocho pequeñas series poéticas de desigual extensión componen el libro: "Solaria", "Corolas", "El Hombre y la Casa", "Canciones del Alba", "Espejismos", "Olivos", "Nostalgias", "En el país de mi madre". Cada una de ellas responde ya a circunstancias del ambiente isleño, ya a estados íntimos de la poetisa dada a errar entre las rocas en los crepúsculos adormecedores o en la argentada placidez del plenilunio o bien a entregarse a la somnolencia de los recuerdos donde vagan las imágenes queridas de la madre, de la hija, de la nieta. El espíritu de la obra se acusa totalmente en "Solaria". Es el panteísmo voluptuoso de un alma latina el que enciende estos poemas. Discurre la soñadora imagen de silfo aéreo, enferma del "mal azul".

Ho male di luce, ho male di te, Capri solare.

Azzurra e la tua follia, Capri, nube del mare.

Azzurro il canto eterno di che tu colmi i cieli

Se io deba morire di te dammi la morte azzurra.

En la isla alucinante la poetisa no se halla como entre cosas tangibles y efímeras sino prisionera en medio de milagros permanentes. Canta, sueña, postura, ríe. Es un alma en libertad que goza ilimitadamente de su sobreabundancia poética en una comarca donde cada accidente parece esconder el poder hechiceresco de la lámpara de Aladino. El recuerdo de los fastuosos poetas persas, del he'niano retozar de la fantasía acuden a la mente al leer estos dísticos donde se dijera disuelto el no sé qué melodioso y mágico del "Sueño de una noche de verano": vo-

ces de Titania, insectos, cortezas, hombres encantados y el frenesí dulcísimo de los nervios que dejara exhaustos la voluptuosidad de las sombras y las armonías estelares. Es la conducta espontánea de una criatura lírica que ignora las preocupaciones ordinarias de la existencia amarga o bestial y se hurta a los enigmas de la moral y de la ciencia, hincando los dientes golosos en los frutos del árbol de la Vida. Es así como se abisma:

Ch'io mi distemprì in luce, ch'io non s'ia che un barbaglio di
goccioline nel sole.
e in ogni goccia l'Unìverso viva!...

Pero corre una vibración escuetamente humana en medio de este pánico tumulto. La poetisa entre la cerúlea alucinación de la is'a embrujada padece nostalgia de su hija Blanca y revé a su Donata y se adivina prolongada en los futuros hijos de los hijos de ésta. No en vano la cantora frisa en los cincuenta y cinco años y a la serenidad con que se adueña de las visiones armoniosas se acompasa su impavidez frente a los panoramas de la muerte. Vuéla su pensamiento del golfo solar y terrible a la llanura arada de la verde Lombardia materna:

Quando sarò sepolta nel paese di mia madre,
La dove la bruma confonde i fertili solchi
terrestri coi so'chi del cie'lo,
le rane ed i rospi dei fossi mi canteranno la nenia notturna.
Dagli acquitrì ni me'mosi filtrando fra il bianco
umidor della luna
in soavi cadenze di flauti, in tremolli lunghi
di p'anto sciogliendomi il cuore,
blandiranno il mio sonno, custodi della perenne malinconia.

Representa ésta, entre otras, una de las escasas notas de sensibilidad profunda de "I Canti dell' Iso'a". El resto, es magia. Por lo demás, ya se sabe que no consiste en lo penetrante del raciocinio el sesgo peculiar de la inspiración de Ada Negri. Como las gotecillas de cordal en el ancho vaso de agua clara esas intrusiones de lo visceralmente sufrido o gozado quitan al brebaje poético la insipidez inevitable en obra exclusivamente fantástica o de mero deleite. La poetisa que penetrara con doble vista la hondura de la realidad ha dejado de llorar y maldecir. Canta. Si hay estremecimientos en su alma, la voz estridente o velada no disuena en la total armonía de su corazón inagotable recogida en este libro hecho de rumores de olas y de luz.

POESIAS. (OPERA OMNIA LIRICA)

Por MANUEL MACHADO. Et. Internacional; Madrid, 1925.

Entre *Alma* y *Dedicatorias*, libros de versos inicial y último de Manuel Machado, transcurrió casi un cuarto de siglo; este cuarto de siglo de poesía toma carrera en la primera página y se detiene en la última del libro que tenemos ante los ojos, ya que en él se encierra la totalidad de su obra poética. El libro es, en consecuencia, lo que su autor es en cada una de las jornadas de su camino y en el camino todo: es decir, todo el poeta.

El espectáculo de su desenvolvimiento es asaz interesante. Manuel Machado es un andaluz que vió pasar en París los últimos días del fecundo y sonoro siglo XIX. El momento era crítico: moría el Parnaso y el simbolismo, durando como doctrina la brevedad de un relámpago, sacaba de su tumba a Baudelaire y le hacía andar entre Mallarmé el enigmático y Verlaine el escandaloso. Manuel Machado tenía entonces veinticuatro años y se dejó conquistar, más que por la doctrina del simbolismo, por el arte de su simbolista: Verlaine. Ya en Verlaine, Machado no se detuvo en pero más o menos. Entró resueltamente en la tendencia extremista del poeta de *La Bonne Chanson*, rechazando para la técnica de su obra futura la solemnidad académica de la expresión parnasiana y adoptando la incorrección rítmica y el término vulgar cuando no grosero del léxico popular. Esto llegó hasta *El mal poema*, lo más verlainiano de su obra, e hizo crisis allí porque nuestro poeta volvió con el corazón abierto a su tierra de Andalucía, encontrando en lo puramente popular un alto y nuevo sentido. Encontró la poesía popular, la *verdadera poesía* de que habla Cejador con cierta exageración de concepto.

En resumidas cuentas, que Machado introdujo el simbolismo en España, modificado un poco por su sensualidad de meridional,

soy de la raza mora, vieja amiga del Sol

trazando así el camino a poetas que tomaron la vida y no el arte de Verlaine por objeto de los suyos propios.

Pero todo esto es apenas una columna miliar en el camino total recorrido por el poeta. Es, ante todo, un español y ser español es cosa tan seria y tan fuerte, tan vigorosa y tan personal; es una cosa, España, tan entera y tan desarraigable que mal puede su soplo original desvanecerse con el acercamiento a otra cosa distinta de su razón fundamental de ser. Quedó, por consiguiente, español y bien español el poeta, *malgré* el señuelo de la nueva lira francesa; y tan español que quizá lo ha sido en ocasiones con exceso.

Su lirismo, el lirismo de *Alma*, es español y suyo. Está entre las virtudes de su sangre, único patrimonio que dejaron a sus descendientes aquellos grandes señores moros

que todo lo ganaron y todo lo perdieron

y tan don de familia que, en algunos momentos, el tono lírico llega a confundirse con el de los mejores versos de Antonio, su hermano. Andalucía es también su languidez, su sensualidad, su melancolía, andaluz su encogimiento de hombros.

(Mal se pueden disimular los vicios de natura: bajo la capa de polvos con que se complace en afrancesar a su musa, asoma el moreno cetrino de la piel de su rostro y por debajo del pelucón versallesco se escapa, cuando menos lo esperamos, la llamarada de sus ojos gitanos).

El sentido de la intensa luz meridional que hirió sus ojos al abrirlos por primera vez, más que las adquisiciones en la lírica francesa, le dió la tonalidad del impresionismo poético del cual, en su forma primitiva, representa el único ejemplo en la poesía española de este siglo. Este impresionismo es acaso su más saliente característica; es de escuela andaluza, naturalmente, aunque en las salidas de Andalucía se encuentre con Goya, que podría ser considerado como el más grande de los impresionistas si el vigor personalísimo de su talento no le colocara fuera de toda escuela.

El arte impresionista de Manuel Machado, que ya asoma en *Alma*, agota en *La fiesta nacional* toda la gama; pero cosas así son peligrosas e ingratas: o nos quedamos en la crónica o caemos en la *espagnoladé*, y esto podría ser las dos cosas a la vez si no lo salvara el temblor de esta ironía benévola que nos parece ver deslizarse ocultamente a través del poema. El estilo desgarrado y explosivo en que está realizado ha impuesto una adjetivación excesiva y por consiguiente pesada. Además, que esto es prosa rimada o poesía prosificada.

«Un montón — de correas y de astillas — y de carne palpitante — y sangrante... — Un fracaso de costillas — con estruendo... Correas perforadas — y hebillajes — destrozados... — Sangre en tierra... — Polvo, un grito... ¡Una ovación!»

Reproche es éste que debe hacerse más de una vez. Hay que desengañarse: el juguete rítmico de Verlaine está bien en él y en Francia, pero Verlaine es imposible con la nobleza y gravedad españolas. Manuel Machado ha pecado un poco contra España y otro poco contra sí mismo más que en esta *Fiesta nacional*, que al fin y al cabo es cosa bien es-

pañosa, en la frivolidad de *Caprichos* y en la casi-vulguridad de *El mal poema*.

¡Qué bonita es la princesa!
¡Qué traviesa!
¡Qué bonita!
la princesa pequeñita
de los cuadros de Watteau!

¡Yo la miro, yo la admiro,
yo la adoro!
Si suspira, yo suspiro.
si ella llora, también lloro;
si ella ríe, río yo.

Figulinas, pág. 41.

Algo deberá también a los parnasianos, que fueron impresionistas a su modo. La perfección de los camafeos de Hered'a pudo hacer en él una pequeña conquista, por lo menos en lo que se refiere al procedimiento artístico. Creemos advertir esa influencia en *Musco* y en *Apolo*, cuyos sonetos, en los cuales el crítico de arte asoma, son en su mayoría perfectos, españoles y dignos de afrontar el parangón con los de *Les Trophées*. Este *Hidago* de *Musco*, pág. 158, es digno de Quevedo.

Pero henos ante *Cante Hondo* que es a nuestro juicio el mejor de sus libros. Machado, de nuevo en su casa, comprendió no ya que los viajes sean inútiles, sino que lo mejor de los viajes es el regreso. Ya se inspire en el propio *cancionero popular*, ya ponga en tono de canción popular su propio sentimiento, sus *soleares*, sus *malagueñas*, sus *seguirillas* tienen en casi su totalidad, aroma, tono y sabor verdaderamente populares. Esta ductilidad de temperamento valen en nuestra opinión más que su potencia lírica. El lirismo de *Alma*, donde herencia, es transitorio y el del mismo *Cante Hondo* inconsciente, como resultante fatal de su propia naturaleza. En cambio ¡qué sabia compenetración con el alma del pueblo, maliciosa y simple, y qué perfecta realización artística! Esto ya ha sido premiado por quien únicamente podía premiarlo: el pueblo. El poeta ha referido que oyó cantar coplas suyas a gente que no las había aprendido leyéndolas y ante las cuales él era un nombre sin significado. Y confiesa que se dió por bien pagado.

Tenemos, pues, al artista en su casa. Se le han apagado los entusiasmos juveniles y habla como siente, sin preocuparse de nadie más que de sí mismo; y naturalmente, quizá con alguna sorpresa de su parte, ha reparado en que habla con las palabras de sus abuelos; tanto es así que por *Ars moriendi* pasa a veces, con la tenuidad de la sombra de un pájaro sobre el agua movible de un río, la sombra de Becquer. No es coin-

cidencia: es cualidad de raza. Esto y decir que se ha entristecido es la misma cosa.

Se ha entristecido y desengañado. Su encogimiento de hombros, ahora que no lo dice, nos parece más sincero. Ha vivido, en una palabra.

Los años le han hecho amar su casa y le han modificado un poco su idea de la belleza. Se ha quedado con los suyos y a través de los suyos ha entrevisto a lo lejos la silueta del Partenón. Son cosas fatales: cuando hay espíritu, el espíritu termina por volverse a su casa.

M. LÓPEZ PALMERO

LA TRIPLE REVOLUCION

EL NUEVO ESTADO. LA NUEVA SOCIEDAD

Por WALTHER RATHENAU. Edit. Biblioteca Nueva, Madrid 1924.

El 9 de Septiembre de 1808 se publicó en París, por orden de Napoleón I, una carta del entonces Ministro-dictador prusiano Señor de Stein, dirigida al príncipe de Wittgenstein, con el propósito de incitarlo a encabezar la oposición contra Jerónimo, Rey de Westfalia y hermano de Napoleón. Esta carta había sido interceptada por las autoridades francesas y su publicación trajo como consecuencia la caída del Ministro Stein, cuyo alejamiento del Gobierno significó para Prusia una pérdida irreparable. Por decreto firmado en Madrid en 16 de Diciembre de 1808 Napoleón confiscó los bienes del ex-Ministro, desterrándolo de Prusia y Renania.

El destino de Walther Rathenau, con su rápido paso por las alturas del Gobierno, tiene una gran semejanza con el destino del ministro Stein, semejanza que de ninguna manera se limita a las exterioridades trágicas.

La paz de Tilsitt y la paz de Versalles tienen para Alemania un sentido idéntico: La derrota exterior y el derrumbe interior. Después de Tilsitt aparece en Alemania, con Stein, la silueta del gran reformador social, como aparece después de Versalles la figura de Rathenau. Ambos llegan al gobierno. Ambos fracasan, pagando el primero con el destierro y el segundo con la muerte su audaz acción política. Los dos se asemejan por el profundo sentido trágico de sus vidas a nuestro Mariano Moreno, que también, tras un breve y luminoso paso por las alturas, desaparece tristemente, dejando las huellas de una obra de gobierno imborrable y trunca.

Era el Señor de Stein, por su nacimiento, jefe de una casa de la más alta nobleza imperial. Su natural ayudado por una educación esmerada, exaltado tal vez por las angustias de un gran momento histórico, elevó

su personalidad vigorosa a las cumbres del genio. Al buscarle antecedentes en la historia alemana se piensa involuntariamente en Lutero. No era prusiano, pero fué de los primeros en comprender que la grandeza de Prusia era la grandeza de Alemania. Tomó servicio con el Rey de Prusia desempeñando el cargo de Gobernador de Distrito. Allí inició sus tareas de reformador social. Su programa de gobierno tenía la simplicidad de todas las grandes ideas. Reorganizar a Prusia administrativa y económicamente con los principios federales de la Revolución Inglesa. Luego, el Rey, en los momentos más críticos de la dominación napoleónica, pone en sus manos la dirección suprema del país destruido por la guerra y humillado por la derrota. Todo estaba perdido. Stein lo salva todo. Gobernó del 30 de Septiembre de 1807 hasta el 24 de Noviembre de 1808, apenas un año y dos meses.

Conviene recordar que la Revolución Francesa, se diferencia diametralmente de su originaria, la inglesa, desde el punto de vista del Derecho Constitucional. En la mente de Napoleón, la Revolución Democrática revistió las formas doctrinarias del sistema unitario. La centralización del estado francés, iniciada por Richelieu, llegó en Napoleón a su más alta cumbre. Nada de *self government*, nada de municipios autónomos, que son las características de la Revolución Inglesa. La guerra entre Napoleón e Inglaterra, además de su carácter económico, fué una guerra de doctrina constitucional.

Stein, como federal convencido, era un enemigo doctrinario de Napoleón, además de serlo como patriótica y funcionario prusiano. Por otra parte, Napoleón le hizo el merecido honor de considerarlo un enemigo personal.

Ahora bien. El impulso que simbolizó para Alemania el programa de reformas sociales iniciadas por Stein, reaparece de nuevo, perfeccionado, en la poderosa figura de Fernando Lasalle, numen inspirador de la Nueva Alemania. Luego Bismark, aprovecha la hora de triunfo, pacientemente preparada, y realiza, transando con la dura realidad histórica, la Unidad Alemana, el programa de Stein y de Lasalle. Por último, después del nuevo derrumbe, la idea metafísica de la nacionalidad alemana vuelve a encontrar en Walther Rathenau su expresión jurídica-universal. Seguramente, reunidos Stein, Lasalle, Bismark y Rathenau, no lograrían entenderse. Pero a través de un siglo de historia estos cuatro nombres significan para Alemania, los cuatro momentos supremos de su vida política y social. No titubeamos en colocar el nombre de Rathenau a continuación y en paralelo con los grandes genios políticos de Alemania por que esperamos confiados que la historia confirmará nuestro juicio, que hoy tiene algo de prematuro al unificar esta tan discutida figura de Rathenau con el prestigio de un Stein, de un Lasalle y de un Bismark.

En el libro de Walther Rathenau que comentamos se hallan reunidos diversos trabajos, cuya valorización total exige el conocimiento previo de las obras fundamentales en que el autor expuso los conceptos básicos de su programa de reformas. El primer trabajo, titulado *La Triple revolución*, es una apreciación pesimista de la República Alemana y un reafirmación de su credo revolucionario, seguido de una magistral autobiografía, escrita con intención polémica. Los otros trabajos, el *Nuevo Estado* y *La Nueva Sociedad*, aunque fundamentalmente interesantes, son solo trabajos complementarios de su "*Nueva Economía*", violentísima polémica contra el materialismo histórico. Pero el espíritu de Walther Rathenau ha hallado su expresión más armónica en otro de sus libros titulado "*De las Cosas Futuras*", donde el autor, exaltado a las regiones de la alta profecía, sin perder ni por un instante su contacto con la realidad histórica, expone en páginas de singular belleza literaria una metafísica de la nacionalidad alemana. Pero este libro merece comentario aparte.

ADOLFO KORN VILLAFANE

ALCÁNDARA (IMÁGENES)

Por FRANCISCO LUIS BERNARDEZ, Editorial Proa; Buenos Aires, 1925.

No asistimos en la obra de este poeta al rito excluyente de la metáfora. Si tal es el medio expresivo preponderante, concurren en su verso todos los elementos nobles de la lírica, y el alarde ingenioso del cultor de la imagen se desliza con ritmos y métricas regulares en un acompañamiento de música nueva a cuya naturaleza no estorban los procedimientos externos de la composición clásica. Este verso de esencia modernísima desarmaría por su factura respetuosa — rara vez alterada por alguna leve arbitrariedad — la tentativa de censura del retórico intransigente. Rimas de extraordinaria riqueza rematan a menudo con felices hallazgos la simetría de la estrofa donde la abundancia y la justeza del léxico se imponen tanto como el manantial inagotable de la imagen. Triunfo permanente del color y de la melodía, los paisajes espirituales y objetivos surgen sobre un fondo de intensa ternura revelador de que todo eso no es arte de mero ingenio ni de bien aprendida técnica, señalando la presencia de un poeta que, como manda el viejo precepto, sabe "sentir hondo", antes cordial que literariamente.

El halcón es su corazón y la alcándara su canto. "Negra", "blanca", "verde", "azul", por las sucesivas alcándaras pasan, hechas emoción y palabra lírica, las confidencias de la intimidad sentimental, las claridades del recuerdo amoroso o amistoso, la contemplación

panteísta de la naturaleza, las sugerencias del espectáculo marino. Materiales de mérito homogéneo, proporcionadamente distribuidos, llenos de animación y de renovada frescura, acusan en el conjunto la preocupación artística de la obra selecta y primorosa.

“Cada poeta tiene un repertorio de objetos que son sus utensilios profesionales” — ha dicho Ortega y Gasset agudamente — comentando la poesía de Ana de Noailles: “Como el leñador trashumante viaja con su berbiquí y sus alambres, la condesa necesita desplazarse con toda esa impedimenta para operar sus preciosas fantasmagorías”.

Sería extenso el catálogo de la utilería poética de Bernárdez. Hay, empero, un motivo que aparece con puntual frecuencia en sus imágenes a través de diferentes temas: la alusión encariñada tocante a los niños y a la escuela.

Algunas transcripciones comprobarán este aserto, dando idea, a la vez, de la índole y calidad de los versos.

De «La elegía de Adelaida»:

«Con el traje de tierra que estrenaste
y un crucifijo nuevecito al cuello,
como a la Escuela Superior del barrio
vas a ingresar en el azul colegio.

Cuando Dios te examine, en el examen
para el bachillerato sempiterno,
tu azoramiento de estudiante pobre
te llenará los ojos de silencio.

Si mamá te aupaba en una silla,
cuando eras buena, para darte un beso,
también ahora Dios, emocionado,
te aupará, besándote, hasta el cielo».

De «Una carta»:

«— Fernando Maristany — ¿no te acuerdas? —
nos ha dejado solos y se ha ido
como un niño bueno hacia la escuela,
hacia la escuela de la eternidad.
Ya sabrá la lección que Dios enseña,
en el cósmico verbo de los siglos,
a sus colegialitas las estrellas».

De «Canto a las sábanas de lino»:

«Si esta noche soñara con linares
floridos de pupias de cobalto
¿Serán, quizás, las nov'as del colegio
que esta noche también me recordaron?»

De «Metáforas de los almendros»:

«Pálido está de emoción
infantil todo el paisaje,
pues hoy estrena su traje
de primera comunión».

De «Proa»:

«Proa:
Lobo de la azul
Caperucita del mar»:

«Crepúsculo»:

«Su primer lucero llora
la tarde y se desconsuela
cuando madura la hora
noctámbula de la escuela.

(Kindergarten zodiacal
donde el crepúsculo alcanza
la luminosa enseñanza
del abecedario astral).

Entretanto, para el viaje
del colegio, con su traje
de cielo lila se viste,
la tarde trémula frota
sus pupilas con el triste
pañuelo de una gaviota».

CANTOS Y CUENTOS DEL ANTIGUO EGIPTO

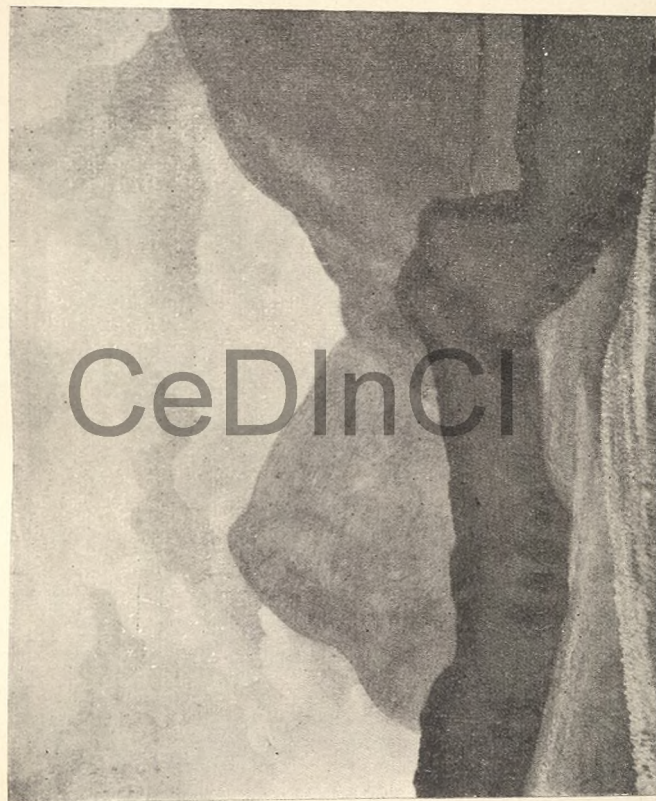
CON UNAS NOTAS SOBRE EL ALMA EGIPCIA de JOSE ORTEGA Y GASSET

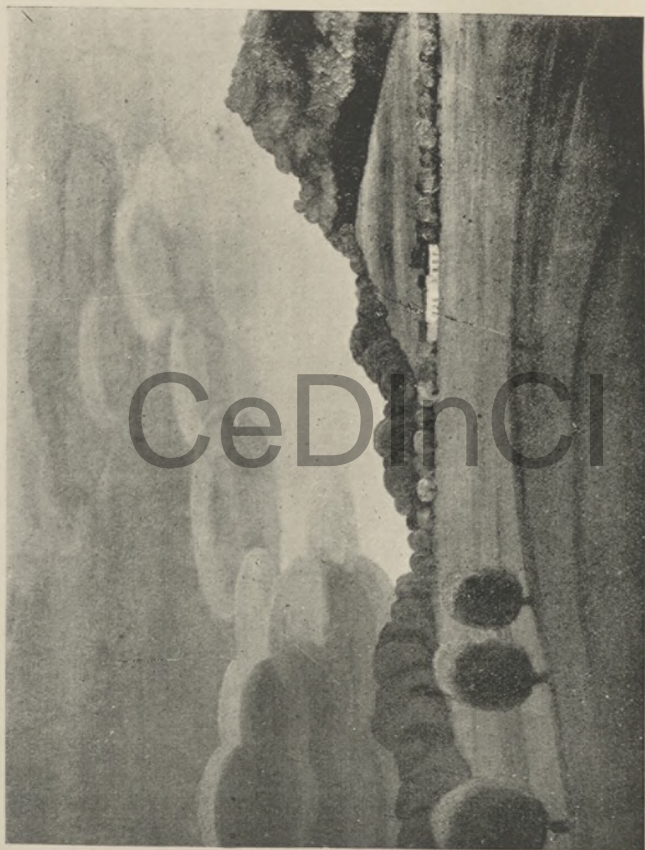
Edit. Revista de Occidente; Madrid, 1925.

En el volumen de la serie de Musas Lejanas que, bajo la dirección de Ortega y Gasset, publica la Revista de Occidente, ha aparecido, después del libro de Frobenius, una serie de cuentos y poemas egipcios. Textos descubiertos en su mayoría en época casi contemporánea a la nuestra, son capaces de dar, a pesar de su hallazgo fragmentario, una impresión del carácter y una sensación del ambiente en la antigüedad egipcia.

Dos de ellos, sobre los demás, lo comprueban: la "Historia de Ainné" y "La lucha del cansado de la vida con su alma". El primero, es el relato de un aventurero que huye de su tierra. Va a países extraños, sin explicarse él mismo la causa de su huida. "La fuga realizada por tu servidor — dícele después al rey — no fué intencionada; no estaba en mi corazón y no la premedité. No sé lo que me arrancó de donde estaba. Fué como un sueño, como si un hombre del Delta se viese de pronto en Elefantina o un hombre de los pantanos de Nubia. Nada tenía que temer; no se me perseguía, no había oído nada malo de mí, ni mi nombre andaba en lenguas de las gentes. Ocurrió que se estremeció mi cuerpo, se impacientaron mis pies, me guió mi corazón y el dios que me predestinó a esta fuga me arrastró". Así — como lo hace notar Ortega y Gasset en sus anotaciones preliminares — en el cuento más individual, el rasgo de individualidad es un "rapto de ausencia". En países lejanos conquista grande fama. "Cuando los beduinos en su arrogancia — dice — resistían a los príncipes del país, era yo el encargado de dirigir las guerras. El príncipe de Retenu decidió que fuera durante varios años el general de su ejército. Ante mi acometida, cuantos países atacaba perdían sus pastos y sus pozos. Cogía su ganado, me apoderaba de sus esclavos y provisiones y mataba a los hombres. Venía con mi brazo y con mi arco, con mis marchas y panes bien combinados. Gané el corazón de mi príncipe, quien me amó por su valor y al ver la firmeza de mi brazo me puso a la cabeza de sus hijos". Así, llega un día a desear su retorno al Delta, vuelta que parece tan antojadiza como su inexplicable extrañamiento y lo vemos de nuevo, reintegrado a su corte.

Cuenta con transparente fruición los cargos, los honores, que el rey le brinda: la pirámide que le construye, el palacio que le ofrece; dando la impresión de que más deseó volver por los títulos probables que por descansar sus últimos años en la tierra materna. Así esa falta de individualidad del alma egipcia, que el prologuista señala, se muestra harto acentuada en esas páginas. El segundo cuento a que aludía, tiene un carácter distinto del anterior: es un diálogo entre un hombre y su alma, ya que





Emilio Pettoruti

Exposición «Amigos del Arte»

DESPUES DEL TEMPORAL

la idea del alma absolutamente separable, como su ser distinto, del cuerpo era aceptada en sus creencias. En esa leyenda "sin duda se refería como un pobre hombre, mísero y abandonado, decidió matarse, echándose al fuego. Su alma misma le impulsó a tomar esa fatal determinación. Pero se negó a parecer unida a él, temiendo pasarlo mal en compañía de un hombre tan pobre y desvalido, que no iba a tener ni tumba que la protejese del frío y del calor, ni devotos descendientes que le proveyesen de alimento y bebida. El desgraciado intenta convencer a su alma de que no le abandone". Tal es el esquema de ese diálogo donde el hombre alza un lamento constante, pesimista por su dolor: es, en este libro, el documento más humano. Hay en sus páginas, ejemplos de literatura oficial, en pergaminos de reyes; de poesía pomposa, adulatoria; de relatos populares, ingenuamente hermosos como el de "Los Dos Hermanos"; de canto de amor en un texto que recuerda el canfán salomónico por el sabor del poema bíblico y hasta por las formas: el "stípate me malis" acude sin cesar a la pluma del que lo escribe. En fin, trátase de una colección de hermosa elocuencia para estudiar el pasado egipcio.

J. M. F.

LA POLITICA EXTERIOR NOROCCIDENTAL AMERICANA DE LA POST GUERRA

Por CAMILO BARCIA TRELLES. Edit. Universidad de Valladolid; España, 1924.

La Universidad de Valladolid ha fundado, anexa a su Facultad de Derecho, una sección de estudios americanistas, en donde, anualmente, se organizan cursos de conferencias, en los cuales varios profesores, estudian problemas relacionados con los asuntos americanos, en los diversos efectos que encierra la ciencia del Derecho.

El profesor Camilo Barcia Trelles, alma de esa institución, estudió, en uno de dichos cursos, la política exterior Norte Americana de post guerra. Producto de esa labor es el admirable libro que tratamos de comentar brevemente.

Antes de ocuparnos de la robusta obra del profesor español, destaquemos el hecho de la inexistencia, en nuestras Universidades, de secciones de estudios americanistas. Con rubor debemos confesar que ha sido una Universidad española la que nos ha dado el ejemplo, que, desgraciadamente, tardaremos en imitar, por la ausencia del espíritu vigilante y dinámico entre las autoridades dirigentes de nuestras altas casas de estudios, que, como dijo un paladín de la Reforma, viven aún en plena época colonial. Y en ninguna otra parte estaría más jus-

tificado que entre nosotros, la existencia de estos centros de investigación de los problemas de política y derecho internacional del Nuevo Mundo. Pero estamos seguros que ellos no se implantarán hasta el día que surjan los hombres que se interesen verdaderamente por el estudio de los problemas y los destinos de América.

¿Qué se propone Barcía Trelles en su obra?

Considerar las cuestiones más fundamentales que en el Pacífico y en el Extremo Oriente afectan al mundo. Expresar cómo las naciones afectadas encaran y resuelven esos problemas y ponen de manifiesto la política equivocada que emplean para resolverlos. Por último, hacer un llamado a la América Latina, diciéndole que ella — la esperanza del mundo — debe emplear, ya que su juventud se lo permite, otros medios más justos y humanos, para fundar realmente la paz del mundo y forjar un porvenir venturoso, más digno del hombre verdaderamente civilizado.

Comienza el libro destacando la circunstancia de que "el eje diplomático, sobre todo después de la última guerra, se desplaza; las grandes y próximas inquietudes de la humanidad han de nacer y vivir en la dilatada superficie del Pacífico", y llama la atención de las naciones del continente colombiano, sobre las actividades de la política internacional de Norte América, desde que "la clave de lo que pueda acaecer desde el Canal de Panamá hasta el extremo Sur de Chile, ha de darnos la política de Washington". Enseguida estudia las transformaciones operadas en la orientación política de Estados Unidos, desde la época de la Independencia hasta la actualidad, que se ha convertido en una nación modernamente imperialista.

Este imperialismo específico, envolvente y amenazador de la paz del mundo y de la libre determinación de los destinos de América de estirpe ibérica, hasta el punto que puede "paralizar o aplazar el cumplimiento de su misión histórica", ha surgido en la patria de Lincoln, como una necesidad imperiosa, impuesta por la expansión comercial del gran coloso. B. Trelles, sostiene que el período del imperialismo colonial, del kilómetro cuadrado y a priori, ha muerto, para dar lugar al nacimiento del otro imperialismo, el invisible, el específico, a posteriori y de índole comercial que, como el otro, también, envuelve a las naciones en las aventuras guerreras de que aún somos testigos.

En los capítulos posteriores, el autor estudia, todo el proceso seguido por Norte América, tanto en su política interna como externa, desde el estallido de de la conflagración, en 1914, hasta la víspera de la Conferencia de Washington. Desearíamos poder anotar todas las interesantes reflexiones que hace el autor sobre el desarrollo de esas actividades, que tanto interesan y afectan a los americanolatinos.

Pero, a pesar de lo reducido del espacio de que disponemos, digamos como durante todo ese período, la política N. Americana se caracterizó por la manifestación de varios hechos fundamentales. 1.º Abandono de la política del aislamiento por la internacionalista primero y luego cooperadora de Wilson, que, más tarde, Mr. Harding llevó tan brillantemente a la práctica en la Conferencia de Washinton. 2.º Universalización del principio de Monroe, consagrado en el art. 21 del Tratado de Versalles. 3.º Reserva exclusiva de la "definición, interpretación y aplicación" de dicha doctrina que ya es denigrante e insoportable para toda la América. 4.º Exclusión de las naciones de iberoamérica en la Conferencia de Washington, para el estudio de los problemas del Pacífico que las afectan. Recordemos que a ella asistió Italia que no tenía ningún interés en los asuntos debatidos. Es bien sintomática y confirmatoria de todas las inculpaciones imperialistas que se dirigen a E. Unidos esta exclusión injustificable. El mejor comentario que podemos hacer, al considerar este hecho significativo, es destacarlo; pues existen casos cuya sola mención resulta más eficaz que todas las reflexiones que sobre los mismos pueden hacerse.

En la segunda parte de la obra, el profesor Barcía Trelles, estudia con detención, todas las fases y proyecciones que tienen los problemas del Pacífico y del Extremo Oriente: reducciones navales; el imperialismo japonés y el tratado del Pacífico; el enigma Chino; China y la cuestión del Pacífico y N. América y el Extremo Oriente.

Esta parte del libro es la fundamental y más interesante. En ella, el admirable y clarísimo expositor que es Barcía Trelles, nos muestra en toda su cruda desnudez, el fondo egoísta, injusto e inhumano de los apetitos que alimentan a la política de las grandes potencias; entre ellas, E. Unidos y Japón que, conjuntamente con Francia, Inglaterra, etc., se lanzan como verdaderos piratas sobre los territorios de los pueblos débiles e indefensos, sinó los usurpan totalmente, se debe a la protesta de los otros que exigen para sí, su parte en el botín.

No pudiendo resumir todas las materias tratadas, ni apuntar muchas de las certeras y sutiles observaciones que hace el autor, en esta segunda sección del libro, no queremos dejar de referirnos al prolijo estudio que se hace del pueblo y de la civilización china, despreciada e incomprendida por los occidentales.

Barcía Trelles, estudia esa civilización para poder plantear en sus verdaderos términos el problema chino. Así, él, no lo estudia con el criterio utilizado por la "diplomacia europea interesada en desfigurarlo", ni con la mentalidad de "un mundo dominado por la preocupación del Debe y del Haber", ni con la de los que tienen el prejuicio de que ese país "representa la negación del progreso, de la

humanidad y de la evolución", sino con el criterio sereno y libre de prevenciones del pensador, que antes de opinar se informa y luego medita, para recién, después, expresar su juicio que, en este caso es de una agudeza y penetración notabilísima. Para comprender la naturaleza del pueblo chino, que erige como credo de su política "el amor que totaliza", Barcía Trelles, estudia la influencia de la religión en ese pueblo" que pide a Europa aislamiento y paz para poder cultivar los deberes del alma". Sintetiza con espíritu de justa comprensión el sentido del Budismo, las reglas éticas del Tao y el humanismo de Confucio. Y como Bertrand Russell, el eminente pensador inglés, otros de los pocos pensadores de excepción, que han pronunciado palabras sensatas sobre la civilización oriental, Barcía Trelles, ha comenzado, al analizar este problema de interpretación, destacando los conceptos fundamentales y distintos que animan a las culturas del Oriente y del Occidente. Mientras ésta niega la espiritualidad y se aferra a los valores materiales y pasajeros, aquella afirma su vida en los valores del espíritu y en la práctica de las leyes éticas. Y empleando las palabras del propio autor, sintetizamos: "El europeo cultiva su vida material, que es no vivir, mientras el chino vive en su vida interior".

... "Europa desenlaza inevitablemente en la guerra; la tradición china, en la paz social". "La grandeza de Europa no es más que la manifestación cuantitativa de su miseria. Asia con su fatalismo impersonal, frente a Europa con el egoísmo como sola impulsión".

"La civilización europea es una inmensa máquina, la máquina constituye un instrumento, no un ideal; es un medio sin fin. Europa se deja seducir por las dimensiones no por la calidad. Los europeos irremisiblemente serán devorados por el monstruo que han creado: la máquina. La vida armónica del Asia fundada en la tierra y el trabajo, está amenazada por la coalición europea de la máquina y el capital. Europa establece en Asia protectorados. El chino no acierta a explicarse frente a qué peligro se realiza esa protección como no sea frente al peligro creado por la propia Europa".

"El mal que aqueja a Europa es mortal. He aquí el contraste de dos mundos: uno que busca en vano nuevas realizaciones, ya que aún en el caso de alcanzarlas llegaría a su consecución destruido; otro, que mira al pasado, que no marcha tras una felicidad inasible, sino que quiere reanudar una historia, que ya conoció el bien y la paz". "Europa es la máquina, la materia, la apetencia de cantidad, la autofagia que se incrementa en la proposición que es satisfecha. India es la síntesis porque debe vivirla, ya que así lo quiso la historia, que no puede ni rehacerse, ni suprimirse como antecedente y proyección sobre el presente y sobre el destino".

Y sobre este mundo que encarna la paz, el quietismo y el amor,

se han lanzado las grandes naciones y se lo han repartido, realizando las mayores "monstruosidades jurídico-políticas" de que tiene recuerdo la historia.

Y con toda la experiencia recogida a través del estudio de las características de la civilización occidental, de las prácticas de su diplomacia que "más que de la justicia se ocupa de mantener el equilibrio de las potencias", de la capacidad para vivir sus hipócritas declaraciones de paz y concordia, que acostumbran a hacer las naciones por boca de sus jefes de estado, Barcía Trelles, vuelve los ojos hacia América Latina, y la exhorta a que ella sea la feliz realizadora de "la conjunción de dos mundos".

¿Y, podemos nosotros realizar esta magna empresa?

Barcía Trelles está convencido de que sí, pues "América es la juventud; una masa que por no haber llegado a la cristalización puede escoger el molde en que ha de fundirse". Está libre de la sed imperialista y del nacionalismo "ese terrible y asfixiante mal europeo", pero la amenaza el tremendo fantasma de la "europeización" del que debe libertarse, pues se trata de su enemigo mortal.

Barcía Trelles sintetiza su esperanza en estos renglones plenos de idealismos que transcribimos a continuación: "Los que hemos perdido la fé en Europa, miramos hacia un mundo naciente, donde nuestros hijos están trazando su propio destino. Tienen, así, posibilidades ilimitadas; su misión consiste en mostrar al mundo que la simbiosis es posible en la vida de relación. En la manera de concebir y recitar ese mero credo está todo el porvenir de América, una oración que puede ser escuchada desde Europa y desde Asia, como una invocación hacia una síntesis suprema. Para desenlazar en la civilización cuantitativa europea, no valía la pena de descubrir un mundo ignorado y menos el poblarlo. Hoy nuestras esperanzas van hacia América, cuyo palpitar nos parece nuestro propio palpitar. La juventud trasatlántica va a comenzar el trazado de su destino. Que lo realice con pulso firme y cordial, pensando más en la vida interior que en aparentes grandezas mecánicas y cuantitativas".

SISLÁN RODRÍGUEZ.

LA SINERGÍA SOCIAL ARGENTINA (LA COLONIA)

Por RAUL A. ORGAZ. Edit. Agencia de Librería y Public. B. Aires

El autor de este ensayo, joven profesor de sociología de la Universidad de Córdoba, viene señalándose a la cultura argentina como uno de los valores más ponderables y auténticos de la nueva generación intelectual

Y ya que incidentalmente he aludido a un tema que, hoy por hoy, nadie se sustrae a hablar o escribir sobre él,—me refiero al tema que, en mi concepto es más bien el problema de las generaciones—séame permitido expresar aquí mi opinión contraria a ese criterio pueril que ha dado en clasificar de *nueva* generación a todos aquellos que hemos venido al mundo coincidiendo, peregrinamente, con el comienzo del presente siglo.

La idea de las generaciones es una *teoría* de carácter propiamente filosófico, y no creo que así, sin más ni más, sea fácil alojarla en el grueso papel del calendario. Mas alejémonos de esta dirección que llevaría camino de apartarnos demasiado del tema sobre que el que quisiéramos tejer hoy alguna reflexión.

De manera inusitada, y como por virtud de un encuentro mágico, el siglo decimonono descubre un aparato de finísima calidad para insinuarse en el problema humano por excelencia, la Historia, que es el conocimiento del hombre por el hombre. Esta disciplina ejemplar, que podríamos llamar ciencia de la acción, «abierta como un nuevo órgano, como una nueva pupila» en el hombre de la pasada centuria, va a trabar, paladinamente, los problemas más sutiles y complejos que han cruzado sobre el área del conocimiento humano.

Coetáneamente con este despertar del sentido histórico, de la perspectiva social, nace otra nueva disciplina que va a investigar la naturaleza del hecho social, definiendo los cambios y mutaciones colectivas por medio de leyes que procurará establecer. Ya sabemos cómo bautizó Comte a esta disciplina que, tal como aparece en su *Sociología*, es un simple capítulo de la mecánica y que, con mayor propiedad y más noblemente, pudo recibir el nombre de física social.

Se ha dicho muchas veces, y en todos los tonos, que la ciencia social es una cosa híbrida, y estos no son, por cierto, los que categóricamente niegan su existencia. El hecho es que, aun entre los que se declaran partidarios de ella y la cultivan empeñosamente, se observa una gran confusión respecto al objetivo y método propio de esta ciencia. Y a tal punto llega la falta de precisión y claridad en este dominio de la especulación intelectual, que aún no se ha determinado en forma unívoca ni siquiera cómo se llama esta disciplina social. Pues es frecuente ver, que a este respecto, se hable indistintamente de sociología, de filosofía social y aún, a veces, hasta de filosofía de la historia. Con lo que resulta fácil pensar que a la ciencia social le ocurre algo parecido a lo que les pasa a los hijos naturales que reciben ¡los pobres! por lo general, el nombre de las personas que los adoptan.

Pero el hecho de que unos nieguen obstinadamente su existencia y de que otros se inclinen a meditar en ella, nos pone en presencia de un pro-

blema vivo sobre el que no han recaído aún ideas claras. Naturalmente que, con el criterio de la escuela positivista o, desde el punto de vista del morxismo ortodoxo, toda investigación de carácter social conduce, irremediamente, a poco andar, por un callejón sin salida. Pero si bien no todo es economía, como lo quiere la interpretación materialista de la historia y, contra la tesis positivista, el hombre es un ser autónomo y libre no sometido a la ley de la causalidad física, no es menos cierto que, tanto el idealismo como el espiritualismo rehuyen a veces—en sus cultores más típico y representativos—la consideración de los problemas de hecho que plantea la vida histórica. Y así se ha dicho, con razón, que el idealismo puede postular que el hombre *debe* volar, pero no puede hacerlo porque ha nacido sin alas. Un espiritualismo—observa Natorp—que se resiste obstinadamente al aprecio del factor material, queda frente al verdadero problema sin posibilidad de una solución clara. Pero es evidente que no debemos sorprendernos; hay un pseudo idealismo, mazorrall, espúreo, que perjudica tanto a la seriedad del pensamiento, como sus adversarios el positivismo y el materialismo que, viendo solo una faz del problema se resuelven en el absurdo de presentar la solución del todo.

No en balde, y para escapar a estas lucubraciones dogmáticas, de uno y otro cariz, ha debido recurrirse al método crítico, propio de la filosofía de Kant, por cuyo camino endereza, al presente, una fuerte corriente intelectual que investiga el problema de una filosofía social, y que tiene en Rodolfo Stammler a su más vigoroso sistematizador.

A la pregunta de si es posible una concepción naturalista de la vida social, o mejor dicho, si es dable considerar la sociedad desde un punto de vista científico, esto es, reducir a leyes empírico-causal es los fenómenos de índole social, no debe responderse, con el fácil argumento de que siendo el hombre un agente libre—y este, base constitutiva de la sociedad, no puede investigarse sus procesos por las reglas que miden los fenómenos de causa a efecto, sino de medio a fin, consideración ésta que ya rebasa los límites de la ciencia y cae en el terreno propio de la filosofía.

El movimiento neo-kantiano, en cuyo seno se labora una teoría social, que será fecunda para el estudio de los hechos históricos, y que ha sometido a una crítica incisiva la concepción materialista de la historia, señalando, por virtud del método crítico, la falacia de esa *teoría* carente en absoluto de una *crítica del conocimiento*, plantea el problema, más inteligiblemente y con ánimo firme de resolverlo, desde el punto de vista del *conocimiento* de una materia social, fundado en la legalidad de la conciencia. «Así, escribe Natorp, como en la vida individual la voluntad, a diferencia del instinto, significa una nueva *unidad* de los *fundamentos de determinación*, y por ello resulta constituido en primer lugar el objeto de un nuevo *conocimiento*, a saber: el práctico; así en la vida social se fundamenta de la manera explicada «la posibilidad de una nueva

unidad bajo fundamentos de determinaciones de las relaciones recíprocas, y, por ello, de un objeto particular y propio de nuestro conocimiento» a saber: el objeto del conocimiento social. En adelante, continúa, la conducta recíproca no queda «abandonada al mero impulso del momento» sino que se quiere establecer y determinar, por encima de las no calculables incidencias de la natural vida impulsiva animal del individuo, una garantía de cómo *es deber* comportarse en adelante». Sin abandonar la consideración del fenómeno naturalista o causal, la filosofía social destaca, en el hecho histórico, la perspectiva teleológica o fines éticos que yacen en toda acción humana, posibilitando desde esta posición del idealismo crítico o formal, los contornos de una ciencia de la acción social.

Ya observaba, agudamente, Morente que si quisiéramos formular de un modo general el problema que inquieta hoy a la conciencia filosófica, creo—escribe—«que podríamos decir que es el de las relaciones entre el conocimiento y la acción. Este problema, agrega, reviste formas muy varias; pero todas, en el fondo, coinciden en el anhelo de fijar, de un modo preciso, los límites de esas dos esferas de la conciencia: el saber y la vida activa».

La honda preocupación por establecer las líneas claras y precisas de una filosofía social, es cosa que se ha impuesto de manera irrecusable a la conciencia contemporánea, y son muy nobles y legítimas las aspiraciones de quienes—no sintiéndose desertores de su época—procuran responder de algún modo a las exigencias intelectuales del presente.

Raúl Orgaz, que es uno de los pocos meditadores nacionales, raro ejemplo, en nuestro país, de un estudioso auténtico, ha emprendido, valiéndose de los criterios y métodos más modernos de la sociología, el estudio del fenómeno social argentino, en el período inicial de la historia de la nacionalidad.

Dueño Orgaz de una amplia cultura histórica y filosófica, le ha sido fácil presentar una síntesis esquemática del pasado argentino, destacando, vigorosamente, el principio *sinérgico* que se cumple a través de la etapa colonial. Este principio de la inter-acción social «que produce la organización al través del conflicto y de la acción recíproca de las fuerzas y de las resistencias» es aplicado por el autor a las múltiples manifestaciones de la vida en la sociedad colonial, partiendo del hecho primario que es el conflicto étnico provocado por la invasión hispánica, y desarrollado en sus consecuencias económicas, jurídicas, políticas, ético-religiosas y culturales; estas manifestaciones generan las diversas estructuras en que ha ido a polarizarse el substractum psíquico de aquella lucha del alma colectiva.

Agudo y penetrante en el análisis, Orgaz destaca las fuerzas sociales

elementales que dieron origen a las estructuras coloniales, pasando a estudiar el cambio operado en aquellas instituciones, cuya transformación ha de buscarse en el desarrollo de un nuevo espíritu social que pugna por imponerse frente a las tendencias dominantes que han cristalizado, diríamos, en las primeras estructuras.

«Creadas, en efecto, escribe Orgaz, las estructuras, se mantienen principalmente por la inter-acción de instintos y de sentimientos, fuerzas conservadoras, por excelencia, en todo el desenvolvimiento colectivo normal, toda vez que la innovación comporta un desajuste de los hábitos comunes y, por tanto, supone un esfuerzo—siempre penoso—de adaptación; al paso que la inteligencia—en su aspecto de creencia y de ideales—es el agente director en los cambios de la vida institucional, si bien no ha de olvidarse que esas creencias e ideales están siempre presionados e influidos por los deseos y las impulsiones del grupo».

Como podrá advertirse, el autor concreta su investigación en el hecho institucional, meta dominante en el contorno social, y que, siendo algo así como la expresión íntima y total de cada época, se presenta al juicio valorativo de las generaciones del futuro, como el exponente más alto y característico de la acción social.

Por este camino de la interpretación institucional ya han andado otros investigadores, principalmente Durkheim, y, al presente, esta misma idea parece dominante en la concepción filosófica social de Stammler, aun cuando, y es obvio los principios centrales teóricos de uno y otro difieren fundamentalmente. ¿De quién está más cerca Orgaz, del neo-positivismo de Durkheim o del neo-kantismo de Stammler? No importa que el autor nos diga en el prólogo de su libro que la «sociedad es parte de la naturaleza» y de que no acoje la tesis filosófica de las «ideas-fuerzas»; su investigación no está sin embargo, reducida, a estudiar el hecho social argentino, por la relación de causa a efecto, sino también en su aspecto ético, de medio a fin, con lo que me parece armoniza Orgaz, lejos de todo eclecticismo, las dos tesis contrapuestas de la investigación sociológica contemporánea, estudiando el pasado social de la colonia en su doble faz: como fenómeno y nómeno.

C. A. A.





Destruyendo Dogmas (1)

Ilustre camarada Carlos Sánchez Viamonte:

Usted es un argentino moderno. Yo soy un brasileño moderno. Usted desciende, por la sangre y por la cultura, de la gente que formó su patria. Yo soy, como usted, hijo de soldados y marinos, de generales y almirantes, de hombres que vencieron la hostilidad bravía del suelo americano, para formar la patria brasileña. En nosotros, por lo tanto, está la herencia de una tradición secular y en nuestra voz resurge la experiencia de luchas prolongadas, de pensamientos atrevidos y de acciones valerosas. Tenemos que hablar claro a nuestros hermanos, principalmente a aquellos que nacieran libres merced a la sangre y al sacrificio de nuestros abuelos.

El Brasil nuevo, del mismo modo que la Argentina nueva, está destruyendo dogmas. No es solamente de las formas estrictas que nos estamos emancipando, sino también de los preconceptos mezquinos de un erróneo espíritu

colonial, consolidado y alimentado por un artificialismo libresco de la peor especie.

Heredamos una voz melancólica: la voz de la tierra. Perdido en medio de la selva insidiosa que a cada paso viene a arrancarle el fruto de su labor, el hombre brasileño lleva en el pensamiento la tragedia áspera y continúa de su adaptación al medio cósmico. Las fuerzas que intentan sustraerlo de tal vinculación, que Buckle y después Rivet, Lapouge, Lecoinge y varios antropogeógrafos de la escuela de Ratzel y de la corriente de Vidal de La Blache, lo condenaron a un destierro perpetuo en el seno de la naturaleza exuberante y despiadada.

De la Amazonia opulenta de Humboldt y de Constantin, afirma Le Comte en «Climat de l'Amazonie», que es «un desierto vestido de verdura en espera de la ocasión propicia para resurgir». Desde 1876, Stanley, el célebre explorador inglés, ya se refería a la engañosa magia de las selvas vírgenes que deleitan los ojos oprimiendo la vida humana, reduciéndole sus energías y despojándola de sus atributos superiores. El hombre de la zona tropical, según los doctores enunciados, es un ser destinado a la humillación y al temor frente a la naturaleza. Nuestra literatura posee a este respecto, declaraciones célebres. Basta mencionar los «Cau-cheros» y «O Judas Ahsverus» de Euclides da Cunha. Todo se devora mutuamente en la vorágine formidable de la selva bárbara. Los ríos abandonan sus cauces y violan las tierras de las márgenes. Sobre la emanación de los pantanos y de las selvas pululan millones de insectos, desde la mariposa al «pium» voraz. La sombra de ciertos árboles es mortífera y las grandes corolas se abren como bocas hambrientas. Solamente el hombre se encuentra alejado de ese divertimento monstruoso de fuerzas elementales.

El sentimiento confuso de esa lucha permanente, heredado a través del indio supersticioso, del africano fatalista y del portugués nostálgico, pobló de fantasmas el alma brasileña. Quedamos atónitos ante el destino. El dolor y la lascivia

(1) Carta que un hombre del Brasil escribe a un hombre de la Argentina. (N. del A.)

embriagaron nuestro espíritu. Es esa la herencia que recibimos del pasado concebida por aquellos que interpretaron nuestra psiquis, como Gonçalves Dias, Alencar, Castro Alves y Raimundo Correia.

La historia de nuestros valores es, en gran parte, el espejo de ese combate entre la tierra y el hombre. Fuimos, hasta hace bien poco, un pueblo de agricultores, viviendo bajo la dependencia inmediata de los factores mesológicos y sujetos a los caprichos del clima y de la gleba. El «fazendeiro» era un patriarca de la nación. La existencia política y económica del país giraba en torno de él. La vida bucólica de las ilimitadas porciones de tierras donde se concentraba la riqueza nacional, vino a reflejarse directamente en las poblaciones urbanas, porque de las fazendas salían los dirigentes del pueblo, los «condottieri» de mayor prestigio e influencia. Y la tierra, naturalmente, los acompañaba. Todo nuestro llamado Romanticismo fué inspirado por esa gente ruda, mística y fundamentalmente conservadora de los campos. La melancolía de la floresta y el vaporoso perfume de los cultivos, la amplitud misteriosa de los vastos horizontes, las sombras húmedas de las enredaderas, el balanceo entorpecedor de las redes, el monótono rumor de las aguas, toda esa concesión idílica y primitiva de las cosas entró en alto porcentaje dentro de nuestro pensamiento y de nuestra sensibilidad.

Hoy, empero, se han producido profundas modificaciones en la estructura nacional. El brasileño de «élite» no es más hijo de fazendeiro habituado a los largos silencios de la selva, testigo de sufrimientos de una raza esclava en cuya leche bebió las primeras dudas. El brasileño, en síntesis, no es ya más tampoco, el exclusivo producto de caldeamientos limitados en tres grupos étnicos: el portugués, el indio y el africano. El italiano, el alemán, el polaco y el ruso trajeron la máquina para nuestra economía. El Brasil se industrializó, en esta forma, principalmente en el sur, en Río de Janeiro, San Pablo, Minas Geraes, Paraná, Santa Catalina y

Río Grande, que son los focos más importantes de inmigración. La vida tornóse, por tanto, más activa, más vertiginosa, más cosmopolita y menos conservadora. Esa nueva raza, de sangre más templada, vencerá el medio cósmico que nuestros mayores conquistaron sin poder dominarlo enteramente, desmintiendo, así, los postulados ligeros de una pretensiosa antropogeografía que nos imponía la fatalidad de sus dogmas irremediabiles.

La civilización es una conquista del hombre sobre la Naturaleza. El factor mesológico es más complejo de lo que les parecía a los continuadores de Demolins o de Semple.

El hombre deforma, adapta o modifica su «habitat», preparando las realidades necesarias para el desenvolvimiento social. Todo nos enseña, por ejemplo, que debemos desesperar de la Amazonia, «mientras el desierto, despojándose de su manto de verdura, reaparezca». Las soledades agresivas de los valles de nuestro nordeste ya se están atacando con firmeza y, en breve, aquellos interminables arenales bañados de sol, con la aplicación de sistema de diques y canales, ahora en franco desarrollo, se transformarán en nuestros mejores campos de algodón, maíz y arroz, donde podrán trabajar muchos millones de agricultores.

Por ello, es irrecusable que la gente de hoy transmitirá a la de mañana un caudal de coraje equilibrado, de saludable optimismo. Nosotros somos diferentes de nuestros abuelos y de su mentalidad formada en ambiente distinto al nuestro. Ellos hicieron su cultura en la letra fría de los libros, con la disciplina de los gramáticos y rectores de la antigüedad. Formaron, así, aquel tipo de «honnête homme» pedantesco consejero, amigo de los títulos, de la anédocta pintoresca y de las citas vanidosas. Líricos por índole y educación, jamás quisiera mirar de frente nuestras realidades. El discurso con la mano en el pecho, el artículo periodístico con los inevitables pasajes histó-

ricos, el soneto con la llave de oro y las querellas de infecciones gramaticales, eso es lo que, en la verdad, se admiraba y aplaudía.

Esa influencia se manifiesta de muchos modos y la indecisión nefasta de nuestros dirigentes es fruto de aquella terapéutica libresca, de aquel fetichismo de papel impreso que se prolongó hasta nosotros. Pagamos en nuestra adolescencia el impuesto de la melancolía. Adoramos los ídolos terribles que pesaron en la imaginación de nuestros queridos antepasados. Hicimos del mundo un amable juego de formas decorativas. Dialogamos con las sombras en las primeras luces de nuestra juventud. Filosofamos con el dolor. Comprendemos, sin embargo, que fué necesario reír de nuestro pavor. Vencer la naturaleza por la inteligencia, eso es lo que predicamos los jóvenes de ahora. Acabamos con esa desalentadora leyenda regionalista de tierra exhausta, del peón acobardado frente al destino, que inspiró tantas metáforas a las cavilaciones de nuestros políticos profesionales. Los hombres nuevos del Brasil saben que para ser fuertes es menester libertar el espíritu del culto estricto del pasado. No queremos alimentarnos de cadáveres, como aquellos Bandjas, de Oubanghi, que se disputaban siniestramente los muertos en los cementerios. No queremos la gloria, ni la inmortalidad ecuestre. Queremos la vida, el torbellino peligroso de la vida. Nos reímos, por tanto, en la cara pergaminosa de todos esos maestros del pasado científico y estético, que adheridos a sus Pandectas, a sus Horacios, a sus Acrópolis, son incapaces de separar los ojos de los griegos, romanos y franceses. Nuestra sonrisa es la alegría del Brasil. No tenemos los ojos atrás de la cabeza. Por eso, sentimos la inmensidad grávida de promesas de nuestra América. Por eso, deseamos enérgicamente extender la mano a ustedes, argentinos, principalmente a ustedes que son con nosotros los dueños de mayor población y de mayor cantidad de tierras en la América del Sur. No creo, y ya lo he dicho muchas veces, en la grandeza y en la

realidad de nuestra cultura mientras estemos alejados por la más triste separación: la separación de los espíritus. Son iguales nuestros problemas sociológicos y políticos. Millones de argentinos y millones de brasileños pertenecen a la misma especie étnica. Tierras despobladas en la Argentina. Tierras despobladas en Brasil. Fuentes idénticas de inmigración; por lo tanto, igualdad de depósitos humanos. A una gran Argentina agrícola y pastoril debe corresponder un gran Brasil industrial.

Debemos sustituir esa «élite» de técnicos interesados y fantasistas que hasta hoy nos han dirigido, por una legión de hombres prácticos, de cultura directa, hechos en el medio y para el medio en que vivimos. Nuestro idealismo necesita echar raíces en la realidad. Para nuestra realidad americana todas las panaceas de Europa son inútiles y perjudiciales.

Abatir el artificio de nuestras leyes, destruir el Estado Familiar que transformó las democracias americanas en largos parentescos burocráticos y abolir los preconceptos académicos que nos vinieron de París; eso, eso es lo que reclama el hombre nuevo de América. El día en que el «transoceanismo» y el colonialismo de nuestras políticas desaparezcan vencidos por la fuerza de nuestro desinterés y por el horror que debemos tener a las posiciones de mando, entonces, recién podremos hablar de la civilización latinoamericana: Para conseguir eso, solo encuentro un medio: vivir valerosamente con la fortuna que dá el carácter.

En usted, Carlos Sánchez Viamonte, yo saludo al argentino moderno, al carácter y al coraje del argentino moderno.

RONALD DE CARVALHO

Río de Janeiro, 1925.

El canto del Cisne

Infelectualismo justificador

DON Ramiro de Maeztu, felizmente ocupado en recorrer distintos países, acaba de visitar los Estados Unidos de Norte América. Interrogado por los periodistas yanquis para que expresase su opinión respecto al gobierno militar de Primo de Rivera, el celebrado autor de «La crisis del humanismo», lo ha hecho con palabras ditirámicas para la obra incomprendida del dictador español. Según sus optimistas afirmaciones, España está en vías de restablecerse de la vieja dolencia que iba aniquilándola poco a poco, y todo hemos de agradecerse al gobierno que preside Primo de Rivera.

La singular admiración de Maeztu por el mediocre dictador, no es cosa que produzca gran extrañeza a nadie. Al final de cuentas, culmina así la decadencia espiritual, que de un tiempo a esta parte, viene experimentando el escritor español. Es la pendiente por la que bajan también el prestigioso Azorín en España y Don Leopoldo Lugones en la Argentina. Descontemos, empero, alejada de nuestro pensamiento, la sospecha de la mercantilización intelectual o de la hipoteca para el futuro de elevados valores espirituales.

Don Ramiro de Maeztu, venía quejándose desde 1923 de la campaña derrotista, abandonista, llevada a cabo por quienes «ciegos o faltos de valor», se desprecupan «por los territorios de Marruecos con las plazas de Ceuta y Melilla y los peñones de Vélez y Alhucemas, inclusive». Claro está, que la terrible angustia que perseguía al escritor español, sólo Primo de Rivera ha logrado disminuirla, ya que es la encarnación viva «del ejército y el instinto nacional». Es, precisamente, ese sentimiento triunfante, que conduce a la muerte, por millares, a jóvenes soldados, el que arranca el aplauso de Maeztu, recientemente repetido, para el dictador Primo de Rivera.

Pero no es el señalado el único punto de contacto que une a estas dos personalidades del momento, que imaginábamos otrora, en razón de su distinta cultura, en absoluto divorcio. Maeztu comprueba hace algunos años, con enorme disgusto, que la prensa y «la parte más bulliciosa de las clases intelectuales españolas» no sienten simpatías por la campaña «civilizadora» de España en Marruecos. Por eso creyó muy necesario y justo que se hiciera callar a los espíritus libres, mediante leyes rigurosas, restringiendo la libertad de prensa y de palabra, pues solo a ese precio se evitaría la propagación de sentimientos desmoralizadores en las tropas «porque el sentimiento dominante entre muchos periodistas es el odio a la guerra, de cuyo sentimiento se engendra el de antipatía a los mejores soldados, y hasta de repugnancia a los actos de heroísmo». Y fácil es reconocer, que Primo de Rivera ha satisfecho ampliamente los deseos de Don Ramiro de Maeztu. El ataque al dictador y a la impopular campaña de Marruecos, llevó al destierro al siempre joven maestro Don Miguel de Unamuno y con él, o después de él, otros espíritus libres, purgan el delito de no pensar como Primo de Rivera o como el ya decrépito autor de «La crisis del humanismo». Y es vulgaridad repetir, que la prensa en España, sufre las consecuencias de una censura rigurosa, ejercida por quienes no alcanzan a comprender la tragedia, el dolor intenso de todo un pueblo, ni la fuerza potencial inmensa que reconcentran millares de corazones oprimidos.

La aventura intelectual de Maeztu, está tan llena de peligros como la campaña guerrerrista de Primo de Rivera en Marruecos. El escritor español por un lado, y el militar dictador, por el otro, van reuniendo comentarios casi unánimes que realizan contornos de verdaderas condenaciones. Es que este siglo, no es, aunque así lo quiera Don Leopoldo Lugones, el más a propósito para el triunfo de la espada. Pueden algunas inteligencias cultivadas po-

nerse al servicio del privilegio y del militarismo, de la arbitrariedad o de las dictaduras del tipo actualizado por Mussolini, pero en el pueblo que calla, sin por ello testimoniar su conformidad a los gobiernos de opresión, y en los intelectuales que hacen culto de la dignidad, fermenta una poderosa corriente de ideas contrarias a la continuidad de un estado de cosas que alarma por la significación regresiva que contiene. Y puede creerse, que ni las teorías de Maeztu ni las de Primo de Rivera, tendrán la consagración del éxito perdurable, reservado a ideales de trascendencia y de sentido social ampliamente humano.

Entre tanto, Abd-El-Krim, prosigue su campaña en vista de imponer por la fuerza, la independencia que anhela el pueblo marroquí. Vanas resultarán, seguramente, las distintas combinaciones de España y Francia, orientadas a aniquilar al fuerte y heroico enemigo. Mientras los ejércitos franco-españoles se agotan sin entusiasmo y sin gloria en una lucha decididamente estéril, sin finalidad plausible, los hombres de Abd-El-Krim, llenos de fé en el porvenir, redoblan su esfuerzo épico y entregan sus vidas generosamente, en beneficio total del gobierno propio a que se consideran con derecho y para el que están capacitados.

Podrá la «técnica civilizadora», retrasar el reconocimiento de la nueva nación, libre e independiente; podrá continuar algún tiempo más la protección franco-española, dirigida según Maeztu, nada menos que a defender la civilización occidental, amenazada por los rifeños que constituyen un «nido de secuestradores corroídos por la tña y la lepra»; pero fuera insensatez pensar que sucumbirá por eso el espíritu de libertad e independencia que apasiona al esforzado pueblo marroquí. Abd-El-Krim, después de una hipotética derrota, no tardará en ser de nuevo el representante de la aspiración constantemente intensificada para la independencia y para la libertad; en una

palabra, Abd-El-Krim luchará sin descanso por la emancipación completa de su pueblo, para liberarlo de los opresores protectorados extranjeros.

Hora es que se termine la política de avasallamiento de la libertad. La humanidad no experimenta cansancio de libertad, no obstante la afirmación contraria de Mussolini. Existe sí, una permanente contradicción, nacida de la coexistencia de la libertad declarativa, meramente política y civil, y la iniquidad reinante en la organización económica. El cansancio no es de libertad, sino de liberalismo político-económico, de cuya arbitrariedad derivan las mil y una miserias materiales y espirituales que afligen a la humanidad.

En la marcha histórica de los pueblos, la libertad política y civil, es un paso que facilita el acercamiento a la equidad económica. Benito Mussolini lo entendió así cuando de hecho, frente al avance del proletariado que exigía equidad económica, suprimió las libertades políticas y civiles. Para su justificación, el dictador italiano inventó la teoría del cansancio de libertad. Y como la teoría fué sostenida con el ejército y por el Estado italiano, pronto Primo de Rivera, teatralmente, la introdujo en España. El dictador español tenía el convencimiento de que Don Ramiro de Maeztu y algún otro intelectual se apresurarían a justificar su golpe de Estado. No se equivocó ciertamente. Sin embargo, ha de evidenciarse pronto el error histórico de quienes auspician las dictaduras para perpetuar una organización político-económica infeccionada de gérmenes de descomposición que trabajan incesantemente sus más formidables pilares. Los hechos sociales, más elocuentes y categóricos que todas las teorías, revelarán a los ilusos que los pueblos pueden en su desarrollo histórico sufrir quebrantos, ser obligados a detener su marcha hacia el soñado estado ideal, estado de relativa armonía y felicidad humana, mas el mundo viejo, represen-

tante de valores muertos, no podrá evitar el advenimiento del nuevo, expresión de valores de vida.

En definitiva, el intelectualismo justificador de todos los abusos, surgido en Europa e imitado en América por intermedio de Lugones y Chocano, es un signo característico de decadencia de los gobiernos dictatoriales. Estos cantos de cisne, que oímos de cuando en cuando, se nos ocurren precursores de tiempos pocos venturosos para las dictaduras militares. ¿El anuncio de su próximo ocaso?

PEDRO A. VERDE TELLO

Carta de Vasconcelos al Dr. Palacios

Palma de Mayorca, Agosto 9 de 1925.

Muy querido amigo:

LEVO tres meses de constante variar de sitio por lo que me ha llegado con retraso su carta a Gabriela, a propósito de una declaración suya, en que se decía católica. Tengo la fortuna de conocer bien a la gran poetiza y a usted, el generoso maestro de juventudes, y esto me da ocasión de terciar con ventaja en el debate; aunque más bien no hay asunto a debate, porque veo en Gabriela y en usted dos grandes cristianos prácticos, cristianos de verdad que por lo mismo no pueden ser católicos. Usted procedió como verdadero cristiano cuando obtuvo del Congreso argentino, una ley protectora de los trabajadores explotados por terratenientes, que por lo general son excelentes, irreprochables católicos, pero viven de violar a diario la ley de Cristo. Así que yo vea, ya no digo la Iglesia, siquiera algún sacerdote que se pone en frente del explotador para defender a los débiles, creeré que ése hombre, aún siendo católico, está animado por el espíritu de Cristo. Los que absuelven a los terratenientes a la ho-

ra de la muerte a cambio de una dotación para el culto, son católicos, pero nó cristianos. Más cristiano fué usted en el momento que ya digo, que cualquier católico de la época. La esencia del cristianismo es la ternura para nuestros semejantes. Esa ternura apareció en San Francisco y por poco lo excomulgan.

Eso mismo sentían los católicos, respecto a Gabriela, cuando Gabriela comenzó a escribir; era entonces una literata peligrosa, pero como ahora se ha conquistado una merecida fama, la cercan y se le presentan como ovejas; Andan ahora haciendo el papel de perseguidos en Chile, después de que alentaron y aplaudieron el golpe de los militares chilenos. Aquí, en cambio, andan dichosos, insolentes. Al grado de que si no hay quién les pegue un golpe, volverán a establecer la Inquisición, para los asuntos religiosos tal y como ya hay censura en asuntos civiles. Creo poder aventurar que a Gabriela le pasa algo semejante a lo que a mí mismo me ocurre: la preocupación por el problema religioso, el interés por el dogma, nos llevan a coincidir con la doctrina católica en muchas cuestiones metafísicas; frecuentemente me he declarado yo católico en el sentido de que creo que la doctrina de la Iglesia, tal como se definió, por ejemplo, en Nicea, representa la mayor suma de verdad religiosa que han alcanzado los hombres. Pero me he convencido de que ésa convicción, aún siendo en mí, firme, más bien me aparta que acercarme a la Iglesia. La Iglesia católica contemporánea, es una obra bien organizada por el demonio para enfriar la piedad de las gentes.

Cuando desembarqué en España, hace unos dos o tres meses, me sentía casi completamente católico; deseaba rezar en el retiro de alguna vieja catedral; pero casi todos los templos españoles están profanados por la costumbre de poner en el sitio mismo del altar, los restos podridos de cada pícaro que algo ha sido dentro de la dinastía. La Iglesia española, tradicionalmente, es la sierva de los

reyes. En realidad lo mismo hace en todas partes: traiciona al humilde para congraciarse con el poderoso. No representa la religión sinó la liturgia, no posee sacerdocio sinó una burocracia cobarde y glotona. La Iglesia católica está en todos instantes, detrás de cada intento de reacción. El negro poder jesuita crece. La Iglesia se ha vuelto completamente jesuítica; ya no es católica, ya no es romana; ha llegado a ser jesuita. ¿Cómo no hemos de sentirnos emocionados cuando un hombre como usted levanta la voz contra el peligro formidable? Adelante mi querido amigo; soy uno de los que lo seguirán en nombre de Cristo, que no es monopolio de frailes. Nunca podrán entender los católicos que Cristo está más cerca del atormentado Carlos Marx, mucho más cerca que del iluminado Tomás de Aquino.

Creo que el socialismo moderno es un intento de aplicar la ley de Cristo; pero si así no fuese, si por no querer y no poder ser católicos nos niegan el derecho de creer en Cristo, nada importa que nos llamen anticristianos. Cuando yo sepa que la Iglesia ha librado una sola batalla en favor de los desheredados, pensaré que acaso Cristo vuelve a su seno. Pero, entretanto, me voy con los ateos, si los ateos imponen la justicia.

JOSÉ VASCONCELOS.

Aspectos de la Rusia de hoy

LA revista ultramoderna «Der Querschnitt», que se edita en Alemania, publica en su quinto número, del corriente año, una serie de interesantes artículos, debidos a escritores eslavos que, a través de pocas páginas, tratando los temas más diversos, dan una idea definida de la Rusia actual, con sus grandes transformaciones, que la conducen hacia una era de civilización y cultura superior, por la que parecería destinada a marchar a la vanguardia de las naciones,

de oriente y occidente, por sus libertades democráticas y espirituales, las innovaciones felices que se realizan, el deseo vigorosamente sentido, de mejorar las condiciones del ser humano, encontrar los medios de dar a cada cual lo suyo, favoreciendo a todos sin detrimento de nadie; eso es lo que trata de ser Rusia, lo que se refleja en las páginas de sus escritores, que consideran efectivamente, como es necesario, pasajeras las tristes horas de desolación, inevitables en la marcha hacia el progreso, después de la sangrienta aurora revolucionaria.

Inician el número, que mencionamos, dos novelas, con sus argumentos originalísimos, tomados de la vida del ejército rojo, con sus aventuras extraordinarias y sus complicados problemas psicológicos a los que los eslavos nos tienen acostumbrados. Se titulan, «La mano en la ventana», de Lejeonid Ljeonow, y «Sal», de J. Babeij.

Luego encontramos un trabajo de Víctor Schklowoskij, sobre «El camino a Rusia». Dos son esos caminos: los estados bálticos y limítrofes; y el mar y Leningrado. Con natural sencillez, no exenta de humorismo, nos pinta el autor, los afanes de emoción, de los habitantes de «piter» (así llaman a Petrogrado, ahora, a pesar del nombre oficial) que, ávidos de espectáculos, no saben elegir, entre la revolución y las inundaciones del Nawa. Al hablar de Moscú Schklowoskij se refiere, detenidamente, a la moda particular que allí impera, hablando enseguida de los «pioneers», una creación que caracteriza a la Rusia del Soviet: Los pioneers son niños de 8 a 12 años, la mayor parte, que al estilo de los boy Scouts, se dedican a la vida militar, hacen deporte, en verano andan descalzos, en invierno se reúnen, alrededor de los fuegos del vivac. Su actuación política es muy importante, tienen sus «clubs» y bibliotecas, donde van formando su ideología revolucionaria. Schklowoskij define así a los pioneers, «en la fábrica están en su casa, en la calle están en su casa, en el estadio están en su casa, en todas partes están en su

casa, menos en su casa”, frase, que, no por larga y pesada, es menos gráfica.

El cuarto artículo nos presenta un cuadro tristísimo, de los primeros años de la revolución. En el “Comisariato de educación” seis niños esperan, que se encuentre albergue y alimento para ellos; que aparezca algún alma caritativa, que les ayude. Y pasa el tiempo, entre risas y lágrimas, mientras a intervalos se hace oír la voz quejumbrosa, dolorida de cada uno, pidiendo pan. Terminan las horas hábiles, se cierra la oficina, sin haberse encontrado a nadie, para ampararlos, para darles un poco de pan. Y los niños se van tristes, acongojados a merodear por los mercados, donde tal vez encuentren algo que comer. Con extraña resignación, pintada en los rostros infantiles, se alejan para volver al día siguiente a esperar...

Tres aspectos interesantes del teatro ruso son tratados a continuación, por articulistas de indiscutibles méritos y autoridad. Encontramos primero un estudio sobre el teatro de “fonda”. Su influencia política y educadora se llega a comprender rápidamente, cuando se revelan las leyes inexistentes, que rigen éste teatro. Su creación, una novedad universal según creo, es debida a la “Mosselprom”, una institución de vastísimos intereses, vinculada a las asociaciones agrícola-industriales. Los fines políticos que se persiguen no quitan interés al tema, por que se trata efectivamente de un arte escénico nuevo, excepcional, con necesidades y exigencias completamente distintas de las comunes. Es ante todo un teatro original, en que las obras dramáticas ordinarias no son aceptables, que debe tener su escenografía propia, reducida a la más estricta simplicidad, donde a veces cartelones y affiches sustituyen al telón, e ilustran la obra con mayor propiedad, que debe ser sin límites; para convencer y ganar fácilmente al público, heterogéneo que concurre a las funciones. Los argumentos con sus motivos, así como el desarrollo y la representación, deben responder a la ideología y al concep-

to proletario de la vida, estar en relación inmediata con los problemas políticos del momento. La única ley que debe respetarse es esa: actualidad a cada instante, bajo toda forma. El público que asiste quiere que sean tratados allí, en el tiempo que se tarda en tomar medio litro de cerveza, las últimas cuestiones que atañen al interés ciudadano. La mayor parte de las obras son representadas al son de la música, antigua muchas veces, pero con letra recompuesta, respondiendo a los deseos de los concurrentes. Y para apreciar en forma definitiva y compenetrarse del verdadero significado del teatro de “fonda”, y el grado de cultura alcanzado por el proletariado, a pesar de no haberse mejorado el lenguaje, es reseñar algunos de los temas tratados, tales son: “La productividad del trabajo”, “La lucha contra el analfabetismo”, “La cuestión china”, “Los gremios”.

Alejandro Taióff, se refiere en el artículo siguiente, a su teatro, en el que ha dado gran valor como director y organizador, a la escenografía, cuya gran fuerza emotiva y principalísima importancia para la representación de las obras, hace destacar convenientemente.

La Dra. Fannina Halle, trata enseguida otro tema de gran transcendencia por sus virtudes pedagógicas de escuela voluntaria y amena: el teatro de los niños, que ha sido organizado en el cinematógrafo “Ars” de Moscú; bajo la dirección de la señora Natalja Ssatz, una mujer de vastos conocimientos, que ha emprendido con cariño la obra encomendada, organizando el teatro de un modo original, haciendo posible que sirva no solo de diversión, sino también para ilustrar a los pequeños, al mismo tiempo que ofrece un ancho campo de observación, que permite conocer las cualidades de carácter de los niños, y realizar un estudio detenido, que sirva de base a una pedagogía, con fines artísticos, toda vez que en ese teatro trátanse inmensa variedad de motivos, para que sean comentados por los niños en correspondencias, dibujos y músicas.

W. Ardoff, ofrece a continuación una humorada sobre las dificultades en que se encuentra el traductor que debe adaptar una película americana, para que sea pasada en la Rusia roja, en la que no tienen aceptación los héroes, que en vez de proletarios cuentan con millones de dólares, dan fiestas suntuosas y visten frac, sin dejar de ser por eso perfectos hidalgos.

“El crimen de Pelageja Orloff” es una parodia, en forma de cuento, que ridiculiza los métodos burocráticos, seguidos en sumarios judiciales, originados por los motivos más insignificantes. Pelageja Orloff es una vieja septuagenaria, que huye del pueblo natal por no querer cumplir con la disposición que ordena a los analfabetos concurrir a las escuelas. La oposición a estas disposiciones, se comprueba con una pequeña nota marginal, agregada más adelante: En Ipatow, a 50 kilómetros de Moscú, un paisano recibe la visita de la maestra, que le dice. “Le voy a enseñar a leer y escribir a tu hijo Waskja”. El paisano reflexiona un rato y luego dice: “Está bien. Tres rublos”.—“¿Que tres rublos?”—“¡Sí, si, me vas a pagar tres rublos por mes”.—¿Para que?—Por Waskja!—Pagar, pagarte? Sí, le enseñaré a leer y escribir, lo haré un hombre! El paisano sonríe y dice: “Ya comprendo. Tu tienes interés en enseñarle, paga entonces. Yo no tengo interés”.

HELLMUT SIMONS.

Septiembre, 1° de 1925.

Cosas del Perú

10 de Setiembre de 1925.

Queridos Directores de SAGITARIO:

ME parece inútil insistir, al comenzar esta carta, en la expresión de mi simpatía bien viva y bien sincera para la revista de ustedes. Y digo que me parece inútil porque no les ha de ser extraño que gentes de izquierda les saluden. Lo extraño sería lo otro: que no lo hicieran

y que no contribuyeran en algo al movimiento de intercambio y de renovación intelectual que ustedes están realizando desde las páginas de SAGITARIO. Es cierto que yo no he hecho nada en este sentido, por más que nada valga una contribución como la mía, pero es cierto también que, a pesar de considerarme desde ya colaborador de la revista por dirigirla quienes la dirigen, la labor pesada de todos los días no me ha permitido hasta hoy escribir para ustedes algunas líneas que les llevaran encubierta la insignificancia por la buena intención.

Sin embargo, rompo el silencio con esta carta, que no es un artículo sino simplemente una carta. Me la sugiere una nota publicada en el número de Julio-Agosto sobre El Mercurio Peruano, revista de los intelectuales de Lima. No pretendo discutir la nota porque ella no ha hecho sino despertar en mí la sugerencia de esta carta que ha de contener una opinión sobre El Mercurio Peruano y los grupos que representa.

Ustedes saben bien que Mercurio Peruano se llamó a una revista de los intelectuales de Lima, hace un siglo, si no me equivoco. Muerta por largos decenios, un grupo de intelectuales conservadores, encabezados por el señor Víctor Andrés Belaunde decidió resucitarla. En el Perú,—y esto ustedes lo saben también—los intelectuales han seguido dos tendencias: la tradicionalista de Palma (Ricardo) o la avancista de González Prada nuestro más alto apóstol. En torno de Palma se agruparon los señoritos de la intelectualidad aristocrática limeña; con Prada se fueron los provincianos, los modestos y los «huachafos», como les llaman los otros, dejando resbalar este vocablo por sobre cualquiera de los hombros.

Personalmente, creo que Palma fué tradicionalista pero no un tradicionalista. Creo que Palma hundió la pluma en el pasado para luego blandirlo en alto y reirse de él. Ninguna institución u hombre de la colonia y aun de la república escapó a la mordedura tantas veces tan certera

de la ironía, el sarcasmo y siempre el ridículo de la jocosa crítica de Palma. Bien sabido es que el clero católico tuvo en la literatura de Palma un enemigo y que sus «tradiciones» son el horror de frailes y monjas. Pero por una curiosa paradoja, Palma se vió rodeado, adulado y desvirtuado por una troupe de «gente distinguida», intelectuales católicos, niños bien y admiradores de apellidos sonoros que, fustigados por la palabra de oro de González Prada,—enemigo personal de Palma,— fueron a refugiarse bajo la levita de éste y a empujarle contra aquel,

Si Palma había puesto en ridículo al pasado peruano, González Prada lo atacaba despiadadamente. Implacable, como los viejos profetas, Prada ha sido el único hombre del Perú en el siglo XIX que ha dicho la verdad desnuda. Por eso le temían quienes debían temerle y por eso nadie osó sino morderse la lengua cuando lanzó aquella lapidaria afirmación: «el Perú es hoy un organismo enfermo, donde se pone el dedo brota pus». Pero entre Palma que se burlaba y Prada que azotaba, los hijos de ese pasado y de aquellas castas doblemente zaheridas prefirieron el alfilerazo al látigo, y aprovechándose de la mala voluntad de Palma hacia Bolívar, José de la Riva Agüero y Osma, nieto del general y presidente peruano a quien el Libertador comprobó en traición, inició el desfile de los señoritos de la aristocracia intelectual limeña hacia los pies de don Ricardo Palma, de cuya vejez se aprovecharon tanto. En 1812 el presidente Leguía arrojó de la Dirección de la Biblioteca Nacional de Lima a don Ricardo Palma y a su hijo Clemente, actual diputado leguista, quien por entonces llamaba a Leguía «tiranuelo de petipieza». Destituído Palma, el gobierno rogó a González Prada aceptara la dirección de la Biblioteca. Prada aceptó y muchos miraron y miran esta actitud de hombre sin mancha como la única falta de su vida. Hoy podemos decir que el Perú tuvo el honor de un director de la Biblioteca Nacional de las calidades de González Prada. Pero

entonces, la oposición antileguista explotó por sus dorados retoños: Riva Agüero, Barrera y Lavalle consanguíneos del «pardismo», la rama del «civilismo» opuesta a la de Leguía, organizaron un homenaje público. Ahí habló también Sassone, hoy escritor al servicio de Leguía, y un hombre sincero, el único *palmista* sincero: José Galvez. Palma recibió los aplausos políticos de todo el antileguismo y el antigonzález-pardismo en masa. Por más que Prada no tuviera nada que ver con Leguía,—a quien seguramente conocía muy bien,—por un instante en su vida «el tiranuelo de petipieza» se vió junto a un gran hombre. Pero sólo por un instante: la noche del homenaje a Palma en el Teatro Municipal de Lima.

Desde entonces Palma arrastró el séquito de los intelectuales conservadores y Prada, como todos los hombres inflexibles, se fué quedando sin séquito, y apenas lo tuvo la tarde en que unos cuantos muchachos, muy muchachos, y unos cuantos viejos, muy viejos, nos juntamos a otros tantos obreros para enterrarle. El cenáculo de los señoritos del palmismo literario fundó un Partido político,—por su puesto. Por un instante se creyó que ése era el partido de la juventud de aquella época. Los apellidos más sonoros retumbaban en la casa política que era a su vez la casa familiar del solemne jefe de la agrupación: don José de la Riva Agüero y Osma, quien acaba de pagar algunos miles de libras por la revalidación de un título de marqués en España. Aunque el Partido dió en llamarse Nacional Democrático, y los señoritos, sus líderes, se hacían llamar futuristas (?), la agrupación no era sino la *rama joven* de la gran casta de terratenientes y burgueses del Perú que como organización política se titula «civilismo». Ahí los Miro Quezada, los Lavalles, los Osma, los Belaunde, etc., etc., ahí la *jeunesse dorée* de la Lima virreyenal, señora del Perú abandonado.

El partido tuvo poca vida. Los niños bien no pudieron imponerse disciplina ninguna. Acordada la abstención, en

cierta oportunidad, algunos de sus adeptos aceptaron participación en el gobierno o empleos públicos contra las ordenes del Partido, opuesto a toda ingerencia en la política de la rama «partidista» del civilismo. Un señor Escardó fué ministro de Estado, el señor Belaunde Ministro del Uruguay, un señor Uceda diputado, todos echándose a la espalda la disciplina del partido. Raúl Porras Barrenechea me ha contado que a esta distribución de empleos le llamaba Belaunde los «comederos». Pues por los «comederos» murió el Partido y terminado el período del «pardismo», otra rama civilista, la de Leguía asaltó el poder. Era la demagogia. El señor Rivagüero, horrorizado, se escapó del Perú santiguándose; Belaunde continuó algunos meses en su «comederio» de Montevideo, hasta que las medidas violentas de Leguía contra todas las otras ramas del civilismo,—inclusive con la «futurista»—impuso a las gentes del conservatorismo de todos los grupos antigobiernistas diferente actitud.

Pero el fracaso definitivo de aquella agrupación de señoritos vino pronto. Belaunde pretendió dar nueva vida al embrión ya descompuesto y quiso por lo menos intentar un empujón, apoyado naturalmente por las otras ramas civilistas. A principios de 1921 se inició una campaña de defensa de los fueros del poder judicial del que Leguía se burlaba con cinismo. Todos sabemos, inclusive el señor Belaunde lo que es el poder judicial en el Perú. Como en ninguna parte quizá, se cumple aquello de Lope de Vega en una de sus más bellas comedias:

«los jueces también son hombres
y es el poder quien los manda»

Y creo que uno de ustedes mismos, Sánchez Viamonte, si no me equivoco, ha reproducido las palabras que en nombre de la Corte Suprema de Justicia dijo su presidente a Leguía, palabras de la más baja humillación. Pero esto no llama a nadie la atención ni la habrá llamado al mismo

Belaunde, que bien lo sabía, puesto que un vocal de la Suprema Corte era el ministro responsable de todos los atropellos, en aquella época. Sin embargo, era necesario un pretexto para pronunciar un discurso y Belaunde lo da todo—hasta un comedero—por un aplauso. Se realizó una reunión pública aunque amparada en la Universidad, cuyo rector esquivó cobardemente la responsabilidad del acto. Como es de suponer, y como bien lo suponía Belaunde, Leguía mandó atacar a los oyentes del discurso político de Belaunde en pleno patio de la Universidad. Hubo golpes y rasguños y los catedráticos—casi todos del civilismo partidista o del civilismo futurista—se declararon en huelga por un año. Los otros catedráticos del civilismo leguista y los independientes quisieron reabrir la Universidad sin resultado. Belaunde satisfecho, después de su discurso, fué perseguido. Y el gobierno cometió la tontería de deportarlo. Los estudiantes fuimos los únicos perjudicados por esta aventura del último líder del partido político de los señoritos bien en el Perú.

Y basta de historia política. Era necesaria para hablar de Mercurio Peruano revista de la que es director «in partibus» el señor Belaunde. Era necesaria para que, dando una idea del hombre se pueda tener una idea del intelectual. Tanto en literatura como en política, el señor Belaunde es un oportunista, pero un oportunista retrasado y católico. Y ya sabemos cómo se llama al oportunismo católico después de la muerte de San Ignacio. El señor Belaunde no ha sido, ni es ni puede ser un representante intelectual de la juventud peruana. La juventud peruana de hoy ve desde su limpieza muchas manchas de pecado y de ignorancia en el señor Belaunde. Después de la muerte de González Prada ha surgido una generación mucho más sincera,—muchísimo más porque es discutible si la otra tuvo sinceridad—que aquella ya pasada y envejecida generación que se llamó de Rivagüero. La juventud de hoy no tiene blasones, ni dinero, ni grandes diarios que le ha-

gan el reclame; es la juventud sufrida y heroica que ha luchado frente a frente con el mal, que ha escuchado la voz dolorosa de nuestro pueblo y ha acusado. Por eso anda dispersa y perseguida bajo el odio, no sólo de los grupos del civilismo que hoy tienen el poder sino de aquellos que, en los rincones de la oposición esperan el turno para recuperarlo.

En Mercurio Peruano hay dos clases de firmas y dos grupos de intelectuales: los de la vieja generación y los de la nueva. José Carlos Mariátegui, el verdadero representante del grupo de intelectuales nuevos del Perú, Jorge Basadre y Raúl Porras y Manuel Beltroy no pueden confundirse con los otros Belaunde y Compañía. Los grupos de nuevos intelectuales van a Mercurio Peruano para usar la tribuna. Nuestra revista «Claridad» ha sido clausurada por el gobierno de Leguía. En ciertos momentos no importa usar los púlpitos para dar el grito de revolución. Mercurio Peruano es una revista bien apoyada económicamente que puede servir y sirve al grupo de intelectuales de vanguardia. Por eso la utilizan y hacen bien. No importa que el señor Belaunde diga un día oprobios contra el socialismo y otro se declare socialista cristiano (?). No importa que siga escribiendo artículos retóricos y vacuos. Los señores Belaunde y Compañía van siendo poco a poco desplazados de Mercurio Peruano. Además, los lectores inteligentes buscan la firmas de la nueva gente de letras que con tanto honor para el Perú representa José Carlos Mariátegui. Por su parte, Mercurio Peruano habría muerto por falta de circulación — a pesar de su base económico-burguesa —, si nuevas firmas no lo vivificaran. Un artículo de los viejos redactores de Mercurio se cae de las manos cuando hay tanto que leer en el mundo. Comprendiéndolo así, se ha abierto las puertas al grupo nuevo, después de serias discusiones y disputas en el cenáculo.

Pero Mercurio Peruano no es el órgano de la verdadera y nueva intelectualidad del Perú. Es su instrumento. Es



PETTO RUTI 917

EMILIO PETTORUTI

AUTORETRATO

el órgano de los conservadores y envejecidos intelectuales de la generación retórica que fué joven hace más de trece años. El grupo brillante y capaz de la nueva juventud intelectual lo usa como tribuna, aunque no todos los que forman la avanzada literaria nacional tengan entrada ahí.

No soy literato ni crítico literario. Diré con ese gran poeta, el indio César Vallejo, que más me interesa lo vital. Y de vital hay muy poco entre los viejos y mucho entre los jóvenes: Mariátegui, Orrego, Spelución, Garrido, Urquieta, Basadre, Porras, Bazán, Hurtwitz, Falcón, Verinssoni, Vallejo y tantos otros de nuestra generación, tienen, para los que no somos literatos, esa fuerza, como en la otra: Eguren, Gibbson, Rodríguez, López Albuja y Elmore.

Que ya Chocano y su escuela y Belaunde y la suya son otro cantar...

Y nada más, por hoy, que gracias a ustedes por la acogida a esta carta; y perdón porque, al escribir, me acuerde de González Prada, que tan fuerte decía: «rompamos el pacto infame de hablar a media voz...»

Les estrecha cordialmente las manos.

HAYA DE LA TORRE.

Londres, Agosto, 1925.





Pablo Vrillaud

UN enorme pesar embarga los espíritus jóvenes del país. Uno de sus más autorizados y eficaces, Pablo Vrillaud, ha muerto.

Apenas pasaba los cinco lustros y ya deja, en el corazón de sus conciudadanos, honda huella de gratitud y de dolor.

Su vida no por corta dejó de ser fecunda. Pablo Vrillaud, estudiante no muy aplicado en la Facultad de Derecho de Santa Fe, era uno de los más distinguidos universitarios del país. Pocas figuras tan diáfanas como la suya, cruzaron el ambiente de nuestro movimiento estudiantil.

Su acción universitaria siempre marcó rumbo a sus compañeros. Su palabra elocuente, su espíritu inquieto y vivaz, su cálido entusiasmo comunicativo, lo destacaron como el animador fecundo en aquellos momentos.

Puede decirse que fué uno de los iniciadores verdaderos e inteligentes del movimiento reformista. En 1918 forma parte del Congreso de Córdoba, luego, como presidente de la Federación de Santa Fé, fué cabeza dirigente de aquella jornada del litoral, cuyo fruto, la Universidad Nacional, vió la luz bajo los mejores auspicios reformistas. Integró la delegación Argentina al Congreso

Internacional de México, junto con Ripa Alberdi, aquel otro espíritu selecto. Comisionado después, por ese mismo Congreso, a los países de Europa a gestionar la concurrencia de delegados al segundo Congreso que debió realizarse en Buenos Aires; y, en esta gira, a su paso por España, le cupo el honor de ocupar la tribuna del Ateneo de Madrid.

Vuelto a su país en épocas de honda crisis universitaria, 1923, sus compañeros lo eligen Presidente de la Federación Argentina, puesto de combate y de gran responsabilidad en aquellos días, que asume con el mismo entusiasmo e igual sinceridad de los primeros momentos.

La Facultad de Derecho de Santa Fé le confió últimamente la dirección de su biblioteca, donde, en breve tiempo, se destacó netamente, dejando una honrosa obra realizada.

Reunía, Pablo Vrillaud, cualidades que raras veces se observan en un hombre de acción: una facultad ejecutiva unida a una delicada sensibilidad literaria y vasta cultura. De exquisito temperamento lírico, sabía, al propio tiempo, convertir su prédica en realidad. Su ademán decidido y los perfiles enérgicos de su fisonomía, ya daban la impresión de un hombre seguro de sí mismo, que sabe lo que tiene que hacer.

Poeta delicado y varonil, sus composiciones bellas y llenas de ingenio, se hallan dispersas en periódicos y revistas, y, es de esperar que algún día, una mano bondadosa, que ame mucho al muerto, las ofrezca, a los que tanto lo quisieron, en un volumen que será hermoso.

Pablo Vrillaud poseía el doble influjo de su inteligencia brillante y de su pureza moral intachable. Nuestra generación pierde con él una de sus seguras promesas. Era para nosotros la esperanza del litoral.

J. L.

El estudiante peruano Manuel Seoane en Bolivia

CON ocasión del centenario de la independencia política del país hermano, Manuel Seoane, desterrado por el gobierno leguista, y hoy residente entre nosotros, fué a La Paz para estrechar vínculos con la juventud estudiosa y obrera de Bolivia. El sentido de su visita de solidaridad estuvo inspirado en los mismos ideales y con los mismos distingos bajo los cuales «Sagitario» se adhirió a la festividad conmemorada. Por esa causa varios centros estudiantiles e intelectuales de la Argentina — en primer término de entusiasmo esta revista — le confiaron su representación. Igual encargo le dieron los estudiantes de su país y algunos grupos universitarios del Uruguay.

A pesar de algunos esfuerzos de bastidores de la diplomacia peruana en Bolivia, Seoane pudo llegar hasta La Paz. Acogido fraternalmente por la juventud hermana, fué objeto de cálidos agasajos. En el aula magna de la Universidad pronunció una conferencia sobre «La juventud y los problemas latinoamericanos» que fué recibida con especiales muestras de adhesión a las doctrinas sustentadas. Pocos días después habló en el Congreso Obrero de Bolivia sobre «Sindicalismo y los valores convencionales de la burguesía», conferencia que produjo un gran revuelo, hasta el extremo de haberse impedido su publicación en los diarios de la localidad. Las actividades de Seoane, gratamente acogidas y auspiciadas por la juventud libre de La Paz, le valieron la honrosa enemistad del gobierno despótico que tiraniza el país del altiplano. Por tal causa se le impidió su viaje a Sucre, ciudad donde está la vieja Universidad de Charcas, hogar legendario de la intelectualidad rioplatense, y en donde en el presente brega una juventud revolucionaria, sangrientamente perseguida por los esbirros de Saavedra.

Hemos conversado largamente con Seoane quien viene

pleno de fé en la pujanza de ese sector de juventud latinoamericana. Nos ha relatado con minuciosidad las durezas de la tiranía imperante. Nos ha descrito la pavorosa condición social del indio y la mediocridad de la lucha entablada entre las dos fracciones opuestas del criollismo usufructuador. Lo único valioso allí, nos ha dicho, son los jóvenes que se han librado de los viejos prejuicios y los obreros que están realizando una rápida y bien orientada obra de organización. Dentro de estas actividades cabe destacar el último gesto de la Federación Universitaria de la capital, adhiriéndose a las conclusiones arribadas por el Congreso Obrero, y la campaña de mútuo apoyo que realizaron ambas instituciones con motivo de la prisión de algunos obreros y estudiantes. Nos refirió con entusiasmo la obra izquierdista del grupo «Claridad» cuyos animadores principales son: Abraham Valdez, Oscar Cerruto, Felix Eguino y Rafael Reyeros. Igualmente ensalzó el esfuerzo integral de Juan Paz Rojas el editor de «La Raza» el valiente periódico que comentáramos en nuestro número anterior. Alabó la ponderación y el dinamismo de Enrique Baldivieso, el presidente de la Federación Universitaria, así como a Julio Alvarado, presidente de la Universidad Popular de Sucre, hoy cruelmente perseguido. Finalmente nos expuso su optimismo en el obrero organizado de Bolivia, cuyo animador inteligente, es Carlos Mendoza M., actual secretario de la institución representativa.

Seoane se propone escribir sus impresiones sobre Bolivia en una serie de artículos que se publicarán en las revistas universitarias del país.



Noticias

Temas de nuestra América (1)

Los problemas de México

I

Los que desconfían de la oratoria por el peligro que ella entraña de vencer más con la palabra que con el razonamiento, deben estar tranquilos en esta ocasión. Ni discurso ni conferencia será lo que vais a oír, sino plática sencilla que bien pudiera pronunciarse al oído de los que interesados por las cosas de América y deseosos de darse cuenta de sucesos mal conocidos y de problemas mal enunciados, preguntaran, a quien tiene la obligación de saberlo, qué hay de verdad en la situación mexicana y cómo es posible orientarse en medio del torbellino de las contradicciones. Por ignorancia a veces, y más frecuentemente por mala fe, el caso de Méjico ha menester como ningún otro graves ractificaciones; y mientras llega el día de hacerlas amplias y fundamentales, no es inútil iniciarlas, aunque sea someras, y preparar el ánimo a más complicados estudios. Yo doy las gracias a la Sociedad Económica Matritense de haberme concedido su hospitalidad para conversar un poco de mi patria.

¿Hay en este ilustrado concurso muchas personas que conozcan de verdad la situación de México durante los últimos quince años? Debe de haberlas, pero no va dirigido a ellas este ligero trabajo de divulgación, como no sea a título recordatorio o como estímulo para que ayuden con su cultura a desvanecer cargos infundados y a enaltecer conquistas indiscutibles. Mis palabras van directamente a los que profesando hispanoamericanismo sentimental, creen que basta la fe sin la claridad y las buenas obras; a los que en su actitud contemplativa ante el ideal hispanoamericano, y sin un solo dinamismo que fecunde la contemplación, se extrañan de que su éxtasis no dé más frutos que aumentar el número de incrédulos. Mis palabras van en busca de atención y no de aplauso, y lo digo con tal sinceridad, que un aplauso me sería

(1) Conferencia pronunciada en la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, de Madrid, por nuestro eminente colaborador y amigo Don Enrique González Martínez. L. D.

penoso, ya que me haría temer que una frase efectista o un recurso retórico se hubiera deslizado contra mi voluntad en mi exposición llana, que sólo aspira a no ser fatigosa.

Que no os prevenga en contra mía el carácter diplomático con que el Gobierno de mi país ha tenido a bien honrarme ante el vuestro. Aparte de que la diplomacia mexicana, y pudiéramos decir la del mundo después de las grandes sacudidas que todavía lo conmueven, tiende a ser clara y limpia y abandona cada día más la reserva fría y el disimulo cortésano para sustituirlos con la contenida discreción y la decorosa franqueza, yo procuraré sortear los riesgos a fuerza de buena voluntad y de nobleza de propósitos. Porque la verdad hay que decirla por mandato de imperioso deber, so pena de que el ocultar las faltas nos vede ensalzar los merecimientos.

Ha pocos días que al contestar un interrogatorio de una gran empresa informativa sobre los medios más eficaces de propaganda hispanoamericanista, hacía yo hincapié en varios puntos esenciales. Comencé por decir que España, como todos los países hispanoamericanos, comprende la necesidad de acercamiento entre los pueblos que forman la familia española; pero que sería injusto dejar formidable tarea en las solas manos de España. La nación que fué creadora de cultura en aquellas regiones por ella descubiertas y conquistadas, no podría, por más voluntad que pusiese en ello, hacer sin auxilio, lo que de suyo es labor colectiva y esfuerzo de conjunto. Cada pueblo español de América, después de adquirir su autonomía, ha forjado su vida propia, ha definido su personalidad o está en vías de definirla, ha tomado caracteres inconfundibles, lo cual no es menguar el patrimonio español, sino enriquecerlo y modificarlo. Si la herencia común se ha acrecentado y los intereses de aquí y de allá se desarrollan y complican, sería infantil esperar que la dirección aislada de un país, así fuera de tan grande abolengo histórico como España, resolviera con una orientación política bien dirigida, pero simplista, el problema enmarañado de estrechar lazos espirituales y reconquistar lo perdido en asuntos económicos. En materia de política hispanoamericanista, tanto España como las repúblicas hispanoamericanas se encuentran en un período que, no por ser el de iniciación, es el menos importante.

A pesar de sus matices diferenciales, forman un indiscutible conjunto étnico y cultural, y están ya convenciéndose de la necesidad de vivir juntas, de hacer juntas algo trascendental, y sumar desde hoy y para mañana sus esfuerzos, si no quieren perderse en el dinamismo poderoso de otras razas y otras culturas, no enemigas de la nuestra, pero diversas, y, en cierto sentido, eliminatorias.

Por esto consideraba yo que uno de los medios más eficaces de unirnos, es ensanchar nuestro menguado concepto de nacionalismo, hasta hoy estrecho y separatista. Si hemos de mantener un programa de fusión espiritual, jurídica y económica, lejos de sentirnos celosos los unos de los otros, debemos considerar como propia conquista y bien común lo que cada uno de estos pueblos persiga y alcance. Nuestro progreso y nuestra civilización — que ya también comenzamos a crear esta última — deben pertenecernos un poco a la manera como el catolicismo entiende la comunión de los santos, es decir, que todos tengamos parte en los bienes de los otros como miembros de un mismo cuerpo. Mientras subsistan en nuestra colectividad odios de fronteras, celebración de fiestas por victorias bochornosas y envidias insensatas por mayor o menor preeminencia en ferrocarriles, comercio o densidad de población; mientras forjemos, manchando la pureza de los números, estadísticas falsas

con intentos agresivos, todos los esfuerzos en pro del hispanoamericanismo se verán malogrados.

Aquí es donde cabe hablar de la política de verdad, abierta y franca, que nos mantenga en un conocimiento recíproco y en una estimación fundada en hechos incontrovertibles. Decir la verdad para nosotros, para nuestros hermanos, para todo el que quiera asomarse a nuestra vida, sin ocultar errores y sin envanecernos de que hayamos logrado antes que otros; condenar al fuego los textos escolares que establecen la mentira oficial como fuente de exaltación patriótica y mantienen vivos los odios fraternales; borrar de una vez para siempre las estadísticas engañosas, especie de anuncios de mercaderías averiadas; y reducir a proporciones justas los homenajes a nuestros héroes, limpiando su culto de hipérbolos propias de oratoria de callejuela.

No menos importante es para todos vivir al día, y en noble compañerismo de organización social y de construcción jurídica, cualesquiera que sean las diferencias de estructura política y de programas administrativos. Coincidiendo en esto con un escritor de los que mejor entienden y practican el hispanoamericanismo, creo que es urgente mantener una noción común sobre el derecho, y que mientras nos distancie el desacuerdo sobre el concepto de la libertad, nuestra confusión será peor que la de las lenguas.

Conviene no olvidar que junto a las ideas impulsoras de una verdadera campaña hispanoamericanista, hay medios prácticos y concretos de fomentar el acercamiento espiritual y económico, que nos obliguen a interesarnos por lo nuestro, a aplaudir y propagar lo que hayamos tenido la suerte de conseguir en cualquiera de los órdenes de la cultura, y a darnos, como de propio mal, del peligro que amenace a cualquiera de nosotros. Tengo ejemplos recientes de que el organizar excursiones de gente moza y bien preparada, es decir, grupos de estudiantes y de escritores jóvenes que vayan de un país a otro con fines de asistir a congresos o con el solo intento de apreciar las cosas por sí mismos, es algo que realiza en poco tiempo y con mayor eficacia lo que la propaganda desinteresada, henchida de entusiasmos, como es todo aquello en que la juventud pone la mano. Los estudiantes argentinos que han ido a México, que ha correspondido las visitas en la república del Plata han hecho más por el conocimiento recíproco de los dos países, que muchos trabajos oficiales, bien orientados, pero sin el brío de lo que es ímpetu juvenil y movimiento espontáneo del espíritu.

No se me oculta que no todos creen en aspiraciones comunes hispanoamericanas y que no faltará quien sostenga que no existe un ideal preciso que satisfaga las tendencias de todos aquellos pueblos, en concordia de acción con la que fué su metrópoli. Claro que faltan la obra común y la empresa colectiva; pero si no las hemos encontrado, culpa es de que andamos todavía en trabajos de formación interior, más urgentes y apremiantes que lo que pertenece a un período más avanzado de civilización. Mi experiencia personal de cinco años de residir en tierras hispanoamericanas, es ampliamente consoladora. Confieso que al través de las divergencias innegables, mi paso por Cuba y Panamá, por el Ecuador y por la República Peruana, y mi residencia de dos años en Chile, de dos años y medio en la Argentina y de unos cuantos meses en tierra española, me dejan la impresión de que no he salido de una misma y grande patria. Hay hechos que a cada instante patentizan nuestra alianza fraterna, y esta misma corporación vió, no hace muchos días, el interés con que escuchamos al Señor Encargado de Negocios del Salvador cuando nos habló de su patria; como todo Madrid fué testigo de

que en un homenaje de desagravio rendido por España a un hijo ilustre de Colombia, los miembros de esta misma agrupación de hispanoamérica tomamos para nosotros la significativa solemnidad. El sentimiento existe, y todo sentimiento que perdura, acaba por ser fecundo. Habrá que albergarlo y robustecerlo. Y como creo en él y en él confío, he venido a dirigiros la palabra.

Sería ocioso comenzar con una enumeración de datos y con una exposición de cifras esta breve síntesis de la situación mexicana si no hubiera entre España y los países latinos de América un desconocimiento tan completo. Y como deseo partir de bases conocidas y de informes precisos, no creo impertinente este preámbulo en que se barajan números y anotaciones elementales sobre el país lejano y mal entendido que lleva oficialmente el nombre de Estados Unidos Mexicanos. Además, tiene este preliminar un propósito de estrategia expositiva. Los problemas mexicanos, aún surgidos en un país mucho menor que México, más pobre y más despoblado, serían de alta significación social; pero abundan los espíritus que se apartan con desdén de todo lo que atañe a los pueblos sin riqueza y sin poderío, creyendo que no vale la pena de tomarlos en cuenta como factores de esfuerzo humano, y para tales espíritus van estas notas que les mostrarán que México es un país poblado y opulento, que tiene un pasado maravilloso, un presente digno del más cuidadoso de los estudios y un futuro grande y envidiable.

Posee la República Mexicana dos millones de kilómetros cuadrados de superficie, y en este concepto sólo es superada por dos países del grupo latino de América: El Brasil, de cuádruple extensión, y la República Argentina, que lo aventaja en una tercia parte. Cálido en sus costas, su situación tropical le daría un clima poco benigno si no tuviera la preciosa compensación de sus grandes altiplanicies, que constituyen la mayor parte de su territorio. Para formarnos una idea de la extensión de las tierras altas, bastará consignar que si el mar subiera de nivel quinientos metros o el país se hundiera en la misma proporción, aún quedarían sobre la superficie del océano las dos tercias partes de la tierra mexicana. El clima de México en la antiplanicie es de una suavidad incomparable, y a ello se debe que sus más densas agrupaciones urbanas estén situadas a más de quinientos metros sobre el nivel del mar. En sus costas y partes bajas se asientan las ciudades cuya vida depende de la agricultura del trópico y los puertos que se dedican al comercio exterior.

El desarrollo del litoral es enorme, muy cerca de diez mil kilómetros, y su situación entre dos océanos facilita en forma privilegiada su tráfico extranjero. Añádanse a esto sus grandes puertos artificiales, Veracruz, Puerto México, Salina Cruz, y sus bahías naturales como Acapulco, Manzanillo, Guaymas y Topolobampo, algunos de ellos puertos libres, y se tendrá una idea de las condiciones del país para un gran desarrollo comercial cercano.

Para su tráfico interior, México, nación pobre en vías navegables, ha tenido que construir una importante red ferrocarrilera conforme a un vasto plan de conjunto realizado ya en buena parte, y que llega a cerca de veintiocho mil kilómetros.

(Continuará)

Enrique González Martínez

Homenaje a Zorrilla de San Martín

Discurso de Rafael Alberto Arrieta

HABLO en nombre de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata. ¿Cómo no habría de vibrar con vosotros el corazón de nuestra joven ciudad universitaria? ¿Y en qué lugar de mi patria no habrá una resonancia cordial en esta hora? ¿Qué alegría, qué gloria, qué dolor de esta tierra no encontrará un latido fraternal en la Argentina?

Ciudad heroica y dulce que tienes la bravura viril y la gracia femenina del mar que te acompaña; ciudad sublimizada por el sacrificio y la hospitalidad, como Argos, en la tragedia helénica; ciudad profundizada en bahía, que ofreces refugio de madre; Montevideo que diste el pan y el sueño al desterrado de mi patria: que no parezca extraña, en el homenaje a tu Poeta, la voz de un argentino! Saludamos en él, con veneración y júbilo, la encina hermana de aquellas que perdimos. Ya no queda en nuestro huerto lírico ninguno de los troncos amados. Ya cayeron los últimos: el armonioso Guido, con el panal entre el follaje, y Almafuerte, con el soplo de los profetas entre las ramas nudosas, y Obligado, con su perfume de pampa y río.

Maestro:

En vuestros cantos cívicos y humanos, la juventud argentina vuelve a escuchar el ímpetu épico de Andrade mezclado a la dulzura cristiana de Ricardo Gutiérrez. En toda vuestra obra reconoce la estirpe de sus grandes poetas nacionales. Habéis fijado, en un poema grandioso, gema inmortal del romanticismo de nuestra América, al héroe autóctono y a su paisaje nativo; habéis exaltado, en versos que el niño y el anciano dicen fervorosamente, la gesta de los libertadores; sois la voz solitaria que en el ámbito rioplatense sobrevive al coro de aquellos varones que cantaron la patria todavía infantil en su fragilidad de madre joven, haciendo relampaguear la estrofa con el brillo de las espadas del bien y ajustado el pensamiento al decoro de la legislación reconstructora. Pero a la admiración que despertáis en nosotros únese la gratitud que debemos al grande y leal amigo. En horas de júbilo y de duelo, estuvisteis a nuestro lado.

Desde la capital de España, en días ya lejanos, al abrazar con verbo elocuentísimo a todas las repúblicas hermanas, reservasteis para la Argentina el sitio más próximo a vuestro corazón; y al inhumar a Mitre, el epicedio tuvo en vuestros labios la majestad del amor.

Maestro:

Al pie del monumento del Héroe epónimo, ante el ágora que reúne un pueblo que os aclama, entre las voces que con tanta belleza y emoción celebran vuestra gloria, acoged en la intimidad del alma la ofrenda espiritual que os traigo. Y tú, Ciudad, que así lo honras, bañándote en la luz de Atenas al honrar a Sófocles. ¡Bendita seas, porque consagras al Poeta, y con él al Espíritu, en el más alto de tus pedestales!

Índice del tomo I

(NUMEROS 1, 2 y 3)

	Núm.	Pág.
<i>Astrada, Carlos</i>		
La deshumanización de Occidente	II	193
La estética de Croce	III	291
<i>A, C. A.</i>		
La sinergia social argentina de Raul A. Orgaz.	III	365
<i>Arrieta, Rafael Alberto</i>		
Homenaje a Zorrilla de San Martín	III	
<i>Bonet, Carmelo M.</i>		
Las ideas estéticas en la literatura argentina de Rohde	I	75
<i>Bose, M. H. de</i>		
La teoría de la relatividad de Einstein y sus fundamentos físicos	I	91
<i>Berman, Gregorio</i>		
La disciplina mental de Ramón Turró	I	
<i>Barreto, Francisco L.</i>		
Pierre Louys	II	240
<i>Cichero, Félix E.</i>		
La nave de los locos de Pio Baroja	II	221
La vejez del ensueño... (a la manera de Azorin)	III	335
<i>Caraffa, Brandán</i>		
Inquisiciones de Jorge Luis Borges	II	229
<i>Comentarios</i>		
Unión Latino-Americana	I	102
El próximo congreso Latino-Americano	I	104

	Núm.	Pág.
Tribulaciones de un poeta cartagines	I	108
Intolerancia siglo XX	II	247
Abd - El - Krim	II	248
Snobismo o cortesanía	II	251
España nueva «El Estudiante»	II	253
<i>Del Mazo, Gabriel C.</i>		
Al señor Presidente de la Universidad de La Plata	I	115
<i>Doncel, Salvador A.</i>		
Bestias, hombres, dioses de F. Ossendowski	II	236
<i>Dotor, Angel</i>		
Las ciudades españolas — Visión de Segovia	III	285
<i>De Carvalho, Ronald</i>		
Destruyendo dogmas	III	370
<i>Furt, Jorge M.</i>		
Mauricio de Guérin	I	10
Cantos y cuentos del antiguo Egipto	III	360
<i>Fernández García, A.</i>		
Un Juez rural de Pedro Prado	I	81
La colina del pájaro rojo de E. Oribe	II	233
Alcándara (Imágenes) de F. L. Bernardez	III	357
<i>Guillen, Alberto</i>		
Del libro «Pausa»	I	50
Del libro «Larvas»	III	340
<i>Gonzalez, Martinez Enrique</i>		
Temas de nuestra América (Los problemas de México)	III	398
<i>Haya de la Torre, V. Raúl</i>		
El último Congreso científico de Lima	I	131
Mis recuerdos de Gonzalez Prada	III	329
Cosas del Perú	III	386
<i>Ibérico y Rodriguez, M.</i>		
La crisis de la historia etc.	II	159
<i>Korn Villafañe, Adolfo</i>		
Matemática de la Personalidad	I	46
La triple revolución, etc. de Walter Rathenau	III	355

	Núm.	Pág.
<i>Lopez Merino, Francisco</i>		
Crítica literaria de Paul Groussac	I	84
El dolor pensativo de Alberto Ureta	II	238
<i>Lopez Palmero, M.</i>		
Las señales furtivas de E. Gonzalez Martinez	II	226
Poesias (opera omnia lírica) de M. Machado	III	352
<i>Licitra, Angel</i>		
El genio de Leonardo Da Vinci	III	303
<i>Luisi, Luisa</i>		
Carta abierta a Carlos A. Amaya	II	243
<i>J. L.</i>		
Pablo Vrilland	III	394
<i>Lynch, Benito</i>		
De «El romance de un gaucho»	II	140
<i>Lles, Fernando</i>		
En elogio de la inteligencia utilitaria	III	321
<i>Martinez Estrada, Ezequiel</i>		
La serenidad de Goethe	I	26
<i>Marasso, Arturo</i>		
Poesia juglaresca y juglares de Menéndez Pidal	I	71
<i>Marquez Miranda, F.</i>		
Tartessos, la legendaria	II	165
<i>Mariátegui, José Carlos</i>		
La emoción de nuestro tiempo	II	178
Panait Istrati	III	346
<i>Méndez Calzada, E.</i>		
Política y humanismo	II	210
<i>Noticias</i>		
Amistad Americana	II	266
México	II	267
La Raza	II	267
Mercurio Peruano	II	268
El Libertador	II	270
El momento mundial	II	271
En viaje a Europa	II	274
En viaje a Rio Janeiro	II	274

	Núm.	Pág.
<i>Orgaz, Raúl A.</i>		
Filosofía de la religión y sociología	III	281
<i>Palcos, Alberto</i>		
Ideas para una concepción biológica del mundo de J. Von Ueshüll	I	97
<i>Palacios, Alfredo L.</i>		
A. Gabriela Mistral	I	128
<i>Pettoruti, Emilio</i>		
Goethe (retrato)	I	24
Menéndez Pidal (retrato)	I	64
Einstein (retrato)	I	96
Benito Lynch (retrato)	II	148
Desnudo	II	188
Croce (retrato)	III	297
Haya de la Torre (retrato)	III	329
Pettoruti (autoretrato)	III	393
<i>Rizzi, José María</i>		
Rome et l'organization du droit de Declareil	II	216
<i>Rodriguez, Sislán</i>		
La política exterior Nort-Americana de la post guerra de C. Barcia Trelles	III	361
<i>Semich, Rodolfo L.</i>		
Problemas actuales de las secreciones internas	I	32
<i>Sanchez Viamonte, Carlos</i>		
En torno del facismo italiano de Francisco Cambó	I	89
El aporte de la vieja generación	III	137
<i>Sanin Cano, Baldomero</i>		
Las revoluciones Hispano-Americanas	I	118
El interés y la justicia	II	152
<i>Suarez Calimano, E.</i>		
Calcomanías de Oliverio Gironde	II	232
<i>Simons, Hellmut</i>		
Aspectos de la Rusia de hoy	III	382
<i>Universitarias</i>		
Mensaje de los estudiantes búlgaros	I	112
La lucha por la reforma	II	255
Definición social de la Reforma Universitaria	II	262

	Núm.	Pág.
Del movimiento estudiantil peruano	II	264
El estudiante peruano M.Seoane en Bolivia	III	396
<i>Vazquez Cey, Arturo</i>		
Poemas y coloquios de Arturo Maraso	I	79
I canti dell'Isola, de Ada Negri	III	349
<i>Vasconcelos, José</i>		
Poetas y bufones	II	272
Carta al Dr. Palacios	III	380
<i>Verde Tello, Pedro A.</i>		
El canto del cisne (Intelectualismo justificador)	III	375
<i>Windelband, G.</i>		
El objeto del conocimiento (traduc. de Fco. D'Andrea)	I	54
Dibujos de Emilio Pettoruti, Faustino Brughetti, Rinaldo Lugano, Cleto Ciocchini, José Speroni, Salvador Calabrese, Adolfo Travascio, Arturo Gonzalez, M. Rodriguez Lozano, Julio Castellano, Cora Levy, Octavio Pinto, A. Panozzi.		



CeDInCl

LECTURAS SELECTAS

COLECCION

Musas Lejanas

- I.—El Decamerón negro \$ 3.—
- II.—Cantos y cuentos delantigo Egipto. Prólogo de J. Ortega y Gasset. \$ 2,50
- III.—Cuentos Populares de China \$ 2,50

COLECCION

Nuevos hechos, Nuevas ideas

- I.—¿Que es la materia? por HERMAN Weyl. \$ 2,50
- II.—Lo Santo (Lo racional y lo irracional en la idea de Dios) por RODOLFO OTTO. . . \$ 4.—

Figuras del Mundo Antiguo

por EDUARDO SCHWARTZ \$ 3 m/n.

COLECCION

Los grandes pensadores

- I.—La filosofía presocrática y Sócrates (en prensa)
- II.—Platón - Aristóteles por P. NATORP y F. BRENTANO \$ 2,50
- III.—San Agustín, Santo Tomás, Giordano Bruno por M. BAUMGOSTERES y R. HANISGWALD. \$ 2,50

COLECCION

Breviario de Ciencias y Letras

- I.—Neuman. Introducción a la Estética actual \$ 2.—
- II.—Neuman Sistema de Estética . . . \$ 2.—
- III.—T. Birth. La Cultura romana \$ 2.—

Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española

15a. EDICION OFICIAL:

Un tomo } pasta española \$ 25.
 } 1/2 pasta tela \$ 24.

929536

SUIPACHA 558

CALPE

BUENOS AIRES

GUIA PROFESIONAL - Bs. AIRES

Dr. Eduardo Sarmiento Laspiur
ABOGADO

Rivadavia 814 Buenos Aires

Fernando Márquez Miranda
ABOGADO

Perú 71 Buenos Aires

Dr. Alejandro Ruzo
ABOGADO

Cangallo 499 Buenos Aires

Alejandro Lastra
ABOGADO

Galería General Güemes - Dto. 316
U. T. 6900 Avda. Buenos Aires

Dr. Arturo González Arce
ABOGADO

San Martín N.º 195 Bs. Aires

Jorge Lascano
ABOGADO

Sarmiento 517 Buenos Aires

Dr. Carlos Alberto Acevedo
ABOGADO

Talcahuano 1260 Buenos Aires

Dr. Osvaldo Eckell
MEDICO VETERINARIO

Humberto 1º. N.º. 1553 — Buenos Aires

Julio V. González
ABOGADO

Cangallo 499 Buenos Aires

Dr. Julio Noé
ABOGADO

Cangallo 315 Buenos Aires

Dr. Alejandro E. Shaw
ABOGADO

Sarmiento 643 Buenos Aires

Dr. Eusebio Gómez
ABOGADO

Av. de Mayo 1370 Bs. Aires

Germán E. Sempé
ABOGADO

Sarmiento 643 Buenos Aires

**Dres. Félix Martín y Herrera
y Mariano J. Drago**
ABOGADOS

Victoria 486 Buenos Aires

Dr. Lizardo Molina Carranza
ABOGADO

Rodríguez Peña 1529 Bs. Aires

Florentino V. Sanguinetti
ABOGADO

Lavalle 1268 Buenos Aires

Dr. Alfredo L. Palacios
ABOGADO

Viamonte 1533 Buenos Aires

Dr. Alberto J. Rodríguez
ABOGADO

Sarmiento 459 Buenos Aires

Dr. David Lascano

ABOGADO
Lavalle 1312 Buenos Aires
48-716 La Plata

Dr. Clodomiro Cordero
ABOGADO

Lavalle 1556 U. T. 37, Riv. 2292
— Buenos Aires —

ESTUDIO JURIDICO
DEL

Dr. Gabino Salas

Tucumán 1353, U. T. 326 Riv.
La Plata, Calle 57-618, Tel. 2263

Representante
Francisco Oleastro
ABOGADO

Gabriel Del Mazo

ARQUITECTO
Sarmiento 1757 Buenos Aires

Juan Carlos Lomazzi

CONTADOR PUBLICO NACIONAL
Perú 151, Escritorio 32 Bs. Aires

Carlos Falchi y J. J. Pippo

ESCRIBANOS
Piedras 75 Buenos Aires

F. Ratto y A. Pita

ESCRIBANOS
San Martín 296 Buenos Aires

P. Luis Boffi

ESCRIBANO NACIONAL
Maipú 286 Buenos Aires

Hiram Pozzo

Escribano Nacional - Asuntos judiciales
Sarmiento 829 Buenos Aires

Escribanía Haedo

Av. de Mayo 651 Buenos Aires

J. C. Freire Señorans

Escribano del Banco Español. Anexa
a la oficina funciona la sección
Crédito Hipotecario e Inmuebles,
que dispone de partidas hasta la
suma de cien mil pesos. Sobre ca-
sas y campos. Sin comisión. :: ::

Oficinas:

Calle 48 N.º 580 T. 1102 La Plata
Perú 84. Buenos Aires

Francisco Murcho

MARTILLERO PUBLICO
Alsina 385 San Fernando

Ponico, Guyot y Cía.

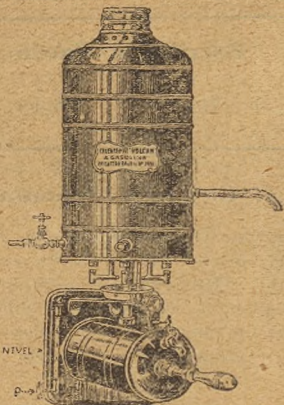
CONTADORES REVISADORES
Sarmiento 829 Bs. Aires

Manuel Alberto Díaz

Asuntos Judiciales y Administrati-
vos; Comisiones y Consignaciones;
Administración de Propiedades; Di-
nero en Hipoteca. :: :: :: :: ::
Sarmiento 517 (2.º piso C) Bs. Aires

"LA YALE"

Ferretería, Pinturería, Bazar
y Máquinas Agrícolas



50-681, TELEFONO 1819
LA PLATA

Imprenta, Papelería
Encuadernación

— DE —

M. Alfredo Crespo

CASA ESPECIAL PARA PARTES
DE ENLACES Y TARJETAS DE
: : : VISITA : : :

Calle 5-49 y 50 - U. T. 296
LA PLATA

FARMACIA

DE

JUAN FELIX MAESTRI

SECCION OPTICA - OCULISTICA
ANEXA A LA FARMACIA

UNIÓN TELEFÓNICA 526

CALLE 49 Y 8

LA PLATA

D'Angelo
Calzado de Lujo 51-7 y 8

La única casa que
hace trabajos fi-
nos a medida a
precios a la altura
de las mejores ca-
sas de la Capital.

51-7 y 8 U. T. 3291

LA PLATA

D. M. Malagamba

Explotación de Bosques
Aserradero y Corralón de Leña
y Carbon

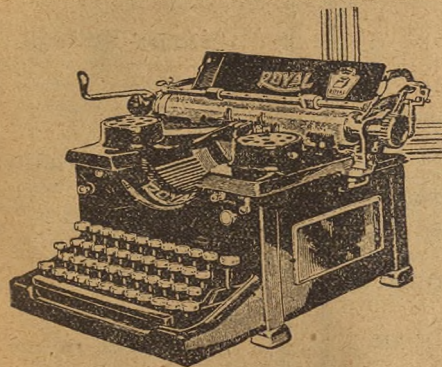
Escritorio y Depósito

Calle 37 115 y 116 - U. T. 166

LA PLATA

Viuda de GAYOSO e Hijos

ESPECIALIDADES PARA ESCRITORIOS



Representantes

exclusivos de las
máquinas de escribir

"Royal"

"Corona"

y de calcular

"Monroe"

Diagonal 80, N 846 (frente al diario "El Día") **LA PLATA**

Basilio Rodrigo

**Alfombras y Tapicería
Artículos**

generales

Importación

y exportación

51 y 5 - LA PLATA - U. T. 196

The Piccadilly

SASTRERIA

**DE
MODA**

Unico Agente de la
renombrada casa
BURBERRYS Lda.

**CASIMIRES IMPORTADOS
DE LONDRES**

SOLICITE UN CRÉDITO

Calle 7 Núm. 1037 - U. Tel. 2612

LA PLATA

LUIS FERRARIO

IMPORTADOR

49 N° 484/88 - U. T. 29 - LA PLATA

Sección SANIDAD

Bañaderas, Lavatorios, Bidets, Calentadores de baño, Artefactos niquelados y todo lo relacionado con la higiene moderna.

Sección ELECTRICIDAD

Instalaciones eléctricas, Arañas, Brazos, Estufos, Lámparas, Planchas, Material eléctrico, etc.

VARIOS

Materiales para obras sanitarias.

**Se acuerdan créditos
a pagar por mensualidades**

"EL BUDA"

ANTIGUEDADES

**ARTE Y DECORACIÓN
ALHAJAS DE ESTILO**

Unica casa en su estilo
en Sudamérica

**SE COMPRAN Y SE CANJEAN ALHAJAS
POR SU VERDADERO VALOR**

SUIPACHA 696 B. AIRES

U. T. RIVAD. 2424

**CASIMIRES
y MERCERIA**

Gabardinas Perramus

Kashas-Reps

Tornasoles

Sedas

POGGIO Hnos.
47.665 entre 8 y 9 U. T. 5650

Lanas

Sedas

Filos para

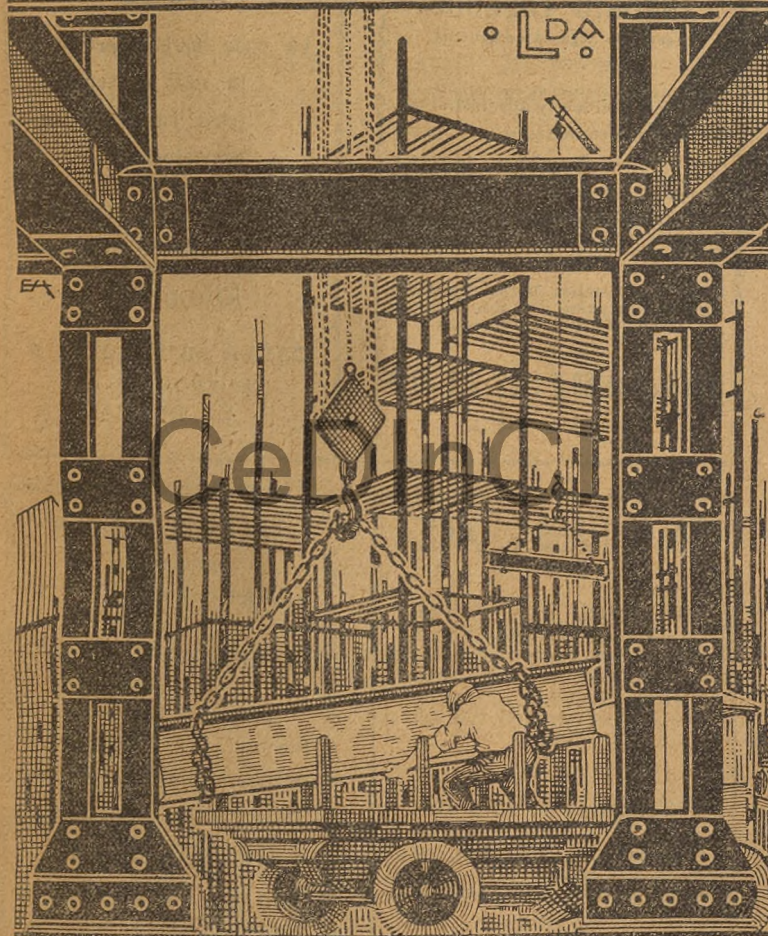
tejer y bordar

Telas de hilo

Botones de Fantasía

CIA INDUSTRIAL Y MERCANTIL

- THYSSSEN -



CONSTRUCCIONES METALICAS

901-BELGRANO-907 - BUENOS AIRES

ADMINISTRACION DE PROPIEDADES
"LA COMERCIAL"

— DE —
ANTONIO LOFEUDO
Agente de Seguros en general

Se aceptan toda clase de operaciones Comerciales, Judiciales y Administrativas.

Se reciben propiedades en alquiler

Arrendamiento de campos - Compra y venta de casas y terrenos - Operaciones hipotecarias y garantía de alquileres.

Se anticipa dinero sobre alquileres y construcciones - Confección de planos de toda clase - Se pagan derechos e impuestos.

Se gira el importe de los alquileres a cualquier parte del mundo a satisfacción del interesado.

Calle Diagonal 80 N. 1065 - U. T. 3710
LA PLATA

Dr. EDUARDO C. ARCE

MÉDICO DEL HOSPITAL TEODORO ALVAREZ, SUB-DIRECTOR DEL SANATORIUM RIVADAVIA, ENFERMEDADES MENTALES, INTERNAS Y NERVIOSAS, TRATAMIENTO DE LA SIFILIS.

Consultas de 16 a 18

Esmeralda 785 - U. T. Ret. 2291

SOCIOS:

Vicente Espeche — Nicolás Rocca
Gomez — Miguel Angel Espeche

ESPECHE Y ROCCA GOMEZ

Remate - Hipotecas - Tasaciones

U. T. 642 — LA PLATA — 49-539

ALMACEN

"EL PORVENIR"

La casa mejor surtida y la más conveniente para hacer Vd. sus provisiones.

Ciruelas Francesas grandes y jugosas
kilo \$ 0.50

CALLE 53ª ESQUINA 5
TELÉFONO N. 687
LA PLATA

NOSOTROS

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI
Y
ROBERTO F. GIUSTI

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Libertad, 543 Buenos Aires

RENOVACIÓN

ORGANO DE LA UNION LATINO-AMERICANA

DIRECTOR:

GABRIEL S. MOREAU

Casilla de Correo, 1625

B. AIRES

LIBRERIA DE DERECHO Y JURISPRUDENCIA

RESTOY & DOESTE

LIBREROS EDITORES

Corrientes 556, Buenos Aire. U. T. 31. Retiro 2870

NUESTRAS EDICIONES:

- G. Garbarini Islas. — DERECHO ARGENTINO . . . \$ 12.—
J. C. CARLOMAGNO. — MANUAL DE DERECHO MARITIMO „ 15.—
J. A. VILLOLDO. — CUADROS SINOPTICOS DE DERECHOS REALES. Enc. „ 5.—
S. Arteaga. — SINOPSIS DE DERECHO ROMANO. Obligaciones. Contratos. Derecho Hereditario „ 5.—
L. Melo. — EL REMOLQUE „ 4.—
J. A. Torres. — LA TEORIA DE LOS TIPOS SOCIALES. Del Profesor A. E. Pots „ 7.—
C. Zavalia. — JURISPRUDENCIA DE LA CONSTITUCION ARGENTINA. 2 Tomos „ 10.—
L. E. PELUFFO. — APUNTES DE DERECHO COMERCIAL, tomados al Dr. Castillo. Enc. „ 10.—
L. E. PELUFFO. — APUNTES DE FINANZAS. De las clases del Dr. F. S. Oliver. Enc. „ 12.—
J. H. Attwell de Vega. — FUNDAMENTOS DE LA ARISTOCRACIA. TRATADO ISAGOGICO DE POLITICA GENERAL „ 6.—
F. Engels. — ORIGEN DE LA FAMILIA, DE LA PROPIEDAD PRIVADA Y DEL ESTADO „ 2.50
CODIGO PENAL DE LA UNION RUSA DE LAS REPUBLICAS DEL SOVIET. — Traducción directa del ruso por el Dr. Marcos Rabinovich „ 2.—

UNICA CASA QUE SE DEDICA A LA VENTA

— Y EDICION DE OBRAS JURIDICAS —

ESTUDIO DE ARTE FOTOGRAFICO

R. DEZZA

Primer Operador Señor Carlos Aymasso

Instalación Eléctrica tipo Norte-Americano. — Imitación perfecta de la luz del día. — La única que permite sacar retratos en cualquier hora del día y de la noche, sin perjuicio de la lluvia o del mal tiempo.

La Casa ejecuta todos los trabajos del ramo Fotográfico y Cinematográfico sea artísticos o comerciales, con los procedimientos mas moderno y con esmero inmejorable.

LOS PRECIOS QUE RIGEN SON LOS PRECIOS CORRIENTES
La Casa cuenta con equipo completo para sacar retratos a domicilio con los resultados propios de la Galeria de pose

**Todo pedido será entregado imprescindiblemente
a los 15 días de encargarlos.**

En breve la Casa hará público un nuevo procedimiento de retrato artístico de alta novedad, de su invención (Patentado) en

Foto - Cine - Grafico:

GALERIA DE POSE: Avenida 51 N. 739 U. T. 3601 LA PLATA

(ANEXOS: TALLERES DE LA PLATENSE FILM)

CeDInCi

Talleres Gráficos: OLIVIERI y DOMINGUEZ

FUNDADOS EN 1882

Premiados con Diploma y Medalla de Oro, en la
Exposición Nacional de Artes Gráficas - Julio 1916

...

:: Impresión esmerada de Tricomías, Fotograbados ::

:: Fotolitografías, Tesis, Revistas - Especialidad en ::

::: Catálogos, Afiches, etc., etc. :::

...

CALLE 4 ENNRE 42 Y 43 — TELEFONO 273 — LA PLATA



Buenos Aires

CeDInCi

DATES Y HUNT

INGENIEROS-CONSTRUCTORES

SAN MARTIN 232 — U. T. 33 AVENIDA 3093

BUENOS AIRES

Constructores de los ramales
del Ferrocarril Provincial
de Buenos Aires

OFICINAS EN LA PLATA:

Calle 53 N°. 712 U. T. 3057
LA PLATA

CONSTRUCCIONES DE PUERTOS, FERROCARRILES,
CAMINOS Y OBRAS EN GENERAL

